

ESCOGIDO POR DIOS



RC SPROUL

SI DIOS ES VERDADERO, ES SOBERANO —SOBRE

TODAS LAS COSAS, SOBRE TODAS LAS DECISIONES—

SI DIOS ES VERDADERO DIOS, ENTONCES EL

ESCOGE QUIEN HA DE IR AL CIELO Y QUIEN NO.

Aquí tenemos la clásica doctrina de la predestinación —explicada e ilustrada por el erudito, teológo y escritor R.C. Sproul.

La predestinación no es sólo para los calvinista, dice Sproul. Es para todos los cristianos bíblicos. Esto no crea un concepto caprichoso o tiránico de Dios, sino que le presenta como el Dios amoroso que provee redención para los radicalmente corruptos seres humanos.

Sproul sugiere que aquí hay un misterio, pero no contradicción. Punto por punto, él examina las Escrituras y refuta las contradicciones . Nosotros escogemos a Dios, pero sólo porque El nos ha abierto los ojos para ver su hermosura.

Le amamos porque El nos amó primero.



Producto 490272
Categoría: Doctrina/Teología



ESCOGIDO POR DIOS



RC SPROUL



ESCOGIDOS POR DIOS

Publicado por
Editorial **Unilit**
Miami, Fl. U.S.A.

Primera edición 1993

Publicado en inglés con el título de:
Chosen by God por Tyndale House Publishers
Wheaton, Illinois, EE.UU.

Traducido al español por: Demetrio Cánovas Moreno
Cubierta diseñada por: Héctor Lozano

Impreso en Colombia
Producto 490272
ISBN 1-56063-378-6
Printed in Colombia

Indice

1. El conflicto 7
2. La predestinación y la soberanía de Dios 14
3. La predestinación y el libre albedrío 35
4. La Caída de Adán y la mía 54
5. Muerte espiritual y vida espiritual: nuevo nacimiento y fe 69
6. Presciencia y predestinación 86
7. ¿Existe la doble predestinación? 94
8. ¿Podemos saber que somos salvos? 109
9. Cuestiones y objeciones acerca de la predestinación 128

1.
El conflicto

Las reglas se hacen para quebrantarlas. Quizá no haya regla que con más frecuencia se quebrante que la que tiene que ver con no discutir de religión o política. Repetidamente nos embarcamos en tales discusiones. Y cuando el asunto tiene que ver con la religión, éste gira con frecuencia en torno al tema de la predestinación. Tristemente, eso significa a menudo el fin de la discusión y el comienzo de la disputa, produciendo más calor que luz.

Argüir acerca de la predestinación es virtualmente irresistible. (Perdón por el juego de palabras.) ¡El tema es tan jugoso! Provee una oportunidad para estimular todos los asuntos filosóficos. Cuando se aviva el tema, nos volvemos súbitamente superpatrióticos, guardando el árbol de la libertad humana con gran celo y tenacidad. El espectro de un Dios todopoderoso eligiendo por nosotros, y quizá aun contra nosotros, nos hace chillar: "¡Dame libre albedrío o me muero!"

La palabra misma *predestinación* conlleva un tono ominoso. Está vinculada a la desesperante noción del fatalismo y, de alguna manera, da a entender que dentro de su esfera nos vemos reducidos a necias marionetas. La palabra conjura visiones de una deidad diabólica que juega caprichosamente con nuestras vidas. Parecemos estar sujetos a los antojos de horribles decretos que fueron determinados mucho antes de que naciésemos. Mejor sería que nuestras vidas estuvieran determinadas por las estrellas, pues entonces al menos podríamos encontrar pistas con respecto a nuestro destino en los horóscopos diarios.

Si añadimos al horror de la palabra *predestinación* la imagen

pública de su más famoso maestro, Juan Calvino, nos estremeceremos más aún. Vemos a Calvino representado como un tirano severo y ceñudo, un Ichabod Crane del siglo XVI que encontraba un diabólico deleite en la quema de los herejes recalcitrantes. Es suficiente para hacernos retirarnos de la discusión completamente y reafirmar nuestro compromiso de no discutir jamás de religión y política.

Con un tema que la gente encuentra tan desagradable, es de maravillarse que lo discutamos en absoluto ¿Por qué hablamos del mismo? ¿Porque disfrutamos de lo desagradable? En absoluto. Lo discutimos porque no podemos evitarlo. Es una doctrina claramente expresada en la Biblia. Hablamos acerca de la predestinación porque la Biblia habla acerca de la predestinación. Si deseamos construir nuestra teología sobre la Biblia, nos tropezamos con este concepto. Pronto descubrimos que no lo inventó Juan Calvino.

Virtualmente todas las iglesias cristianas tienen alguna doctrina formal de la predestinación. Sin duda, la doctrina de la predestinación en la Iglesia Católica Romana es diferente de la que sostiene la Iglesia Presbiteriana. Los luteranos tienen un punto de vista sobre el asunto diferente al de los episcopales.

El hecho de que abunden tantas opiniones distintas de la predestinación sólo sirve para subrayar el hecho de que, si somos bíblicos en nuestro pensamiento, debemos tener alguna doctrina de la predestinación. No podemos ignorar pasajes tan bien conocidos como:

Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad... (*Ef. 1:4,5*).

En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad... (*Ef. 1:11*).

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos (*Ro. 8:29*).

Si hemos de ser bíblicos, pues, la cuestión no es si debemos tener una doctrina de la predestinación o no, sino qué clase debemos

abrazar. Si la Biblia es la Palabra de Dios, no mera especulación humana, y si Dios mismo declara que existe tal cosa como la predestinación, entonces se sigue irresistiblemente que debemos abrazar alguna doctrina de la predestinación.

Si hemos de seguir esta línea de pensamiento, pues, desde luego, debemos dar un paso más. No es suficiente tener simplemente cualquier idea de la predestinación. Es nuestro deber buscar la idea correcta de la predestinación, no sea que nos hagamos culpables de distorsionar o ignorar la Palabra de Dios. Es aquí donde comienza el verdadero conflicto, el conflicto por clarificar con exactitud todo lo que la Biblia enseña acerca de este asunto.

Mi conflicto con la predestinación comenzó al principio de mi vida cristiana. Conocía a un profesor de filosofía en la facultad que era un convencido calvinista. El expuso la llamada idea "reformada" de la predestinación. No me gustaba. No me gustaba en absoluto. Luché con uñas y dientes contra ella todo el tiempo que pasé en la facultad.

Me gradué de la facultad sin estar persuadido de la idea reformada o calvinista de la predestinación, sólo para ir a parar a un seminario que incluía en su claustro al rey de los calvinistas, John H. Gerstner. Gerstner es a la predestinación lo que Einstein es a la física o lo que Arnold Palmer es al golf. Habría preferido desafiar a Einstein acerca de la relatividad o haber jugado un partido con Palmer antes que vérmelas con Gerstner. Pero... «los necios se precipitan donde los ángeles temen pisar».

Desafié a Gerstner en la clase una y otra vez, convirtiéndome en una plaga total y absoluta. Resistí durante más de un año. Mi rendición final vino por etapas. Penosas etapas. Comenzó cuando empecé a trabajar como pastor estudiante en una iglesia. Escribí una nota para mí mismo que guardaba en mi escritorio en un lugar donde siempre podía verla.

SE TE REQUIERE QUE CREAS, PREDIQUES Y ENSEÑES LO QUE LA BIBLIA DICE QUE ES VERDAD, NO LO QUE QUIERES QUE LA BIBLIA DIGA QUE ES VERDAD.

La nota me perseguía. Mi crisis final llegó en el curso superior. Me hallaba realizando un curso en el estudio de Jonathan Edwards. Pasamos el semestre estudiando el libro más famoso de Edwards, *The freedom of the will*, bajo la tutela de Gerstner. Al mismo tiempo realizaba un curso de exégesis griega en el libro de Romanos. Era el único estudiante en aquel curso, a solas con el profesor de Nuevo Testamento. No había donde pudiera esconderme.

La combinación era demasiado para mí. Gerstner, Edwards, el profesor de Nuevo Testamento y, sobre todo, el apóstol Pablo, eran un equipo demasiado formidable para que yo lo resistiese. El capítulo 9 de Romanos fue el punto crucial. Simplemente, no podía encontrar la manera de evitar la enseñanza del apóstol en ese capítulo. A regañadientes, suspiré y me rendí, pero con la cabeza, no con el corazón. "Vale, creo en esto, ¡pero no tiene que gustarme!"

Pronto descubrí que Dios nos había creado para que se suponga que el corazón sigue a la cabeza. No podía amar impunemente con la cabeza algo que odiaba en el corazón. Una vez que comencé a ver la coherencia de la doctrina y sus más amplias implicaciones, mis ojos fueron abiertos a la benevolencia de la gracia y al gran consuelo de la soberanía de Dios. Comenzó a agradarme la doctrina poco a poco, hasta que recibí en mi alma la impresión de que la doctrina revelaba la profundidad y las riquezas de la misericordia de Dios.

Ya no temía a los demonios del fatalismo o al desagradable pensamiento de ser reducido a una marioneta. Ahora me regocijaba en un benévolo Salvador, que era el único inmortal e invisible, el único y sabio Dios.

Se dice que nada hay más ofensivo que un bebedor convertido. Haz la prueba con un arminiano convertido. Los arminianos convertidos tienden a volverse fervorosos calvinistas, entusiastas de la causa de la predestinación. La obra que estás leyendo es de uno de esos convertidos. Mi conflicto me ha enseñado algunas cosas a lo largo del camino. He aprendido, por ejemplo, que no todos los cristianos son tan celosos acerca de la predestinación como yo. Hay mejores hombres que yo que no comparten mis conclusiones. He aprendido que muchos malentienden la predestinación. He aprendido también el dolor de estar equivocado.

Cuando enseño la doctrina de la predestinación, frecuentemente me siento frustrado ante aquellos que rehúsan obstinadamente someterse a la misma. Siento ganas de gritar: "¿No te das cuenta que estás resistiendo la Palabra de Dios?" En estos casos soy culpable de al menos uno de dos posibles pecados. Si mi entendimiento de la predestinación es correcto, entonces, en el mejor de los casos, estoy siendo impaciente con personas que están meramente en un conflicto como en el que yo estuve en tiempos y, en el peor de los casos, estoy mostrando una condescendencia arrogante a aquellos que no están de acuerdo conmigo.

Si mi entendimiento de la predestinación no es correcto, entonces mi pecado es peor aun, puesto que estaría calumniando a los santos que, por oponerse a mi idea, están luchando por los ángeles. Los riesgos, pues, que corro en este asunto son elevados.

El conflicto acerca de la predestinación es tanto más confuso debido a que las mayores mentes en la historia de la Iglesia han estado en desacuerdo acerca de la misma. Los eruditos y dirigentes cristianos, pasados y presentes, han adoptado diferentes posiciones. Un breve vistazo a la historia de la Iglesia revela que el debate acerca de la predestinación no tiene lugar entre liberales y conservadores o entre creyentes e incrédulos. Es un debate entre creyentes, entre cristianos piadosos y fervientes.

Puede ser de ayuda el ver cómo los grandes maestros del pasado se alinean con respecto a la cuestión.

Idea reformada	*Ideas opuestas*
San Agustín	Pelagio
Santo Tomás de Aquino	Arminio
Martín Lutero	Felipe Melanchthon
Juan Calvino	John Wesley
Jonathan Edwards	Charles Finney

Debe parecer que "estoy arrimando el ascua a mi sardina". Los pensadores que son más ampliamente considerados como los titanes de la erudición cristiana clásica se hayan claramente en el bando reformado. Estoy convencido, sin embargo, que éste es un hecho de la Historia que no debe ser ignorado. Sin duda, es posible que Agustín, Aquino, Lutero, Calvino y Edwards estuviesen todos equivocados en este asunto. Estos hombres ciertamente están en desacuerdo entre sí en otros puntos doctrinales. No son infalibles ni individual ni colectivamente.

No podemos determinar cuál es la verdad por los números. Los grandes pensadores del pasado pueden estar equivocados. Pero es importante que veamos que la doctrina reformada de la predestinación no fue inventada por Juan Calvino. Nada hay en la idea de Calvino sobre la predestinación que no fuera anteriormente propugnado por Lutero y Agustín antes que él. Más tarde, el luteranismo no siguió a Lutero en este asunto, sino a Melanchthon, que cambió de opinión tras la muerte de Lutero. Es también digno de notarse que en su famoso tratado teológico, *La institución de la*

religión cristiana, Juan Calvino escribió escasamente sobre el tema. Lutero escribió mucho más acerca de la predestinación que Calvino.

Dejando a un lado la lección de la Historia, debemos tomar seriamente el hecho de que tales eruditos estuvieron de acuerdo en este difícil tema. Una vez más, el que estuvieran de acuerdo no prueba que sea cierta la predestinación. Podían haber estado equivocados. Pero reclama nuestra atención. No se puede desechar la idea reformada como una noción peculiarmente presbiteriana. Sé que durante mi gran conflicto con la predestinación estaba profundamente preocupado por las voces unidas de los titanes de la erudición cristiana clásica acerca de este punto. Ciertamente, no son infalibles, pero merecen nuestro respeto y ser escuchados honestamente.

Entre los dirigentes cristianos contemporáneos encontramos una lista más equilibrada de acuerdos y desacuerdos. (Téngase en cuenta que estamos hablando aquí en términos generales y que hay diferencias significativas entre los que se encuentran en cada bando.)

Idea reformada	*Ideas opuestas*
Francis Shaeffer	C.S. Lewis
Cornelius Van Til	Norman Geisler
Roger Nicole	John Warwick Montgomery
James Boice	Clark Pinnock
Philip Hughes	Billy Graham

No sé la posición de Bill Bright, Chuck Swindoll, Pat Robertson y muchos otros dirigentes acerca de este punto. Jimmy Swaggart ha dejado claro que considera la idea reformada como una herejía demoníaca. Sus ataques contra la doctrina carecen de sobriedad. No reflejan el cuidado y el fervor de los hombres relacionados anteriormente en la columna "opuesta". Todos ellos son grandes dirigentes cuyas opiniones son dignas de nuestra cuidadosa atención.

Mi esperanza es que todos continuemos en el conflicto. Nunca debemos asumir que ya hemos llegado. Sin embargo, no hay virtud alguna en el mero escepticismo. Miramos con malos ojos a los que siempre están aprendiendo y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad. Dios se deleita en los hombres y las mujeres que tienen

convicciones. Por supuesto, está interesado en que nuestras convicciones sean conforme a la verdad. Participa en el conflicto conmigo, pues, al embarcarnos en el difícil pero, espero, provechoso viaje examinando la doctrina de la predestinación.

2.
La predestinación y la soberanía de Dios

En nuestro conflicto a lo largo de la doctrina de la predestinación, debemos comenzar con una clara comprensión de lo que significa la palabra. Aquí afrontamos dificultades inmediatamente. Nuestra definición está a menudo influida por nuestra doctrina. Podríamos esperar que si recurriéramos a una fuente neutral para nuestra definición -una fuente como el diccionario de Webster- evitaríamos tal prejuicio. No tenemos tal suerte. (O, debiera decir, tal providencia.) Consideremos los siguientes artículos en el *Webster's New Collegiate Dictionary*.

predestinado: *destinado o determinado de antemano; preordenado a una suerte o destino terrenal o eterno por decreto divino.*

predestinación: *la doctrina de que Dios, consecuentemente con su presciencia de todos los eventos, guía infaliblemente a los que están destinados para salvación.*

predestinar: *destinar, decretar, determinar, designar o establecer de antemano.*

No estoy seguro de cuánto podemos aprender de estas definiciones del diccionario, aparte de que Noah Webster debe de haber sido luterano. Lo que podemos deducir, sin embargo, es que la predestinación tiene algo que ver con relación a nuestro destino final, y que algo se hace acerca de ese destino por parte de alguien antes que llegemos allí. El *pre* de predestinación se refiere al tiempo.

Webster habla de "antemano". Destino se refiere al lugar a donde vamos, como vemos en el uso normal de la palabra *destino*.

Cuando llamo a mi agente de viajes para reservar un vuelo, pronto surge la pregunta: "¿Cuál es su destino?" A veces, la pregunta se expresa de forma más simple: "¿Adónde va usted?" Nuestro destino es el lugar a donde vamos. En teología se refiere a uno de dos lugares; o bien vamos al cielo, o vamos al infierno. En cualquiera de los dos casos no podemos cancelar el viaje. Dios sólo nos da dos opciones finales. La una o la otra es nuestro destino final. Aun el catolicismo romano, que tiene otro lugar al otro lado de la tumba, el purgatorio, considera éste como una parada intermendia a lo largo del viaje. Sus viajeros siguen la ruta local, mientras que los protestantes prefieren la ruta directa.

Lo que la predestinación significa, en su forma más elemental, es que nuestro destino final, el cielo o el infierno, está decidido por Dios no sólo antes de llegar allí, sino aun antes de que nazcamos. Nos enseña que nuestro destino final está en las manos de Dios. Otra forma de decirlo es ésta: Desde toda la eternidad, antes de que viviésemos, Dios decidió salvar a algunos miembros de la raza humana y dejar que el resto de la raza humana pereciera. Dios hizo una elección: escogió algunos individuos para ser salvados y gozar de eterna bienaventuranza en el cielo, y escogió pasar por alto a otros, dejarles seguir las consecuencias de sus pecados en el tormento eterno del infierno.

Esta es una afirmación dura, cualquiera que sea la forma en que la enfoquemos. Nos preguntamos: "¿Tienen algo que ver nuestras vidas individuales con la decisión de Dios? Aun cuando Dios haga su elección antes de que nazcamos, El conoce aun todo acerca de nuestras vidas antes que las vivamos. ¿Toma El en consideración ese conocimiento previo de nosotros cuando toma su decisión?" La forma en que respondamos a esa última pregunta determinará si nuestra idea de la predestinación es reformada o no. Recordemos que anteriormente afirmamos que prácticamente todas las iglesias tienen *alguna* doctrina de la predestinación. La mayoría de las iglesias está de acuerdo en que la decisión de Dios es tomada antes que nazcamos. La cuestión radica en la pregunta: "¿Sobre qué base toma Dios esa decisión?"

Antes de comenzar a responder eso, debemos clarificar un punto más. Frecuentemente, la gente piensa acerca de la predestinación con respecto a cuestiones cotidianas acerca de accidentes de tráfico

y cosas parecidas. Se preguntan si Dios decretó que los yanquis ganaran el campeonato mundial o si el árbol cayó sobre su coche por un edicto divino. Aun las pólizas de seguros tienen cláusulas que se refieren a los "actos de Dios".

Cuestiones como éstas se tratan normalmente en teología bajo el epígrafe de la Providencia. Nuestro estudio enfoca la predestinación en el sentido estricto, restringiéndola a la cuestion final de la salvación o condenación predestinadas, lo que llamamos *elección* y *reprobación*. Las otras cuestiones son interesantes e importantes, pero están fuera de los límites de este libro.

La soberanía de Dios

En la mayoría de las discusiones acerca de la predestinación, existe una gran preocupación acerca de proteger la dignidad y libertad del hombre. Debemos también observar la importancia crucial de la soberanía de Dios. Si bien Dios no es una criatura, El es personal, con una dignidad y libertad supremas. Somos conscientes de los intrincados problemas que rodean la relación entre la soberanía de Dios y la libertad humana. Debemos también ser conscientes de la estrecha relación entre la soberanía y la libertad de Dios. La libertad de un soberano es siempre mayor que la libertad de sus súbditos.

Cuando hablamos de la soberanía divina, estamos hablando acerca de la autoridad de Dios y el poder de Dios. Como soberano, Dios es la suprema autoridad del cielo y la Tierra. Toda otra autoridad es una autoridad inferior. Cualquier otra autoridad que exista en el universo se deriva y es dependiente de la autoridad de Dios. Todas las demás formas de autoridad existen bien por el mandato de Dios o con el permiso de Dios.

La palabra *autoridad* contiene dentro de sí la palabra *autor*. Dios es el autor de todas las cosas sobre las cuales tiene autoridad. El creó el universo. Es el propietario del universo. Su propiedad le da ciertos derechos. Puede hacer con su universo lo que agrade a su santa voluntad.

Asimismo todo poder en el universo fluye del poder de Dios. Todo poder en este universo está subordinado a El. Aun Satanás carece de poder sin el soberano permiso de Dios para actuar.

El cristianismo no es dualismo. No creemos en dos poderes finales iguales entablando una lucha eterna por la supremacía. Si

Satanás fuese igual a Dios, no tendríamos confianza ni esperanza alguna de que el bien triunfase sobre el mal. Estaríamos destinados a un eterno equilibrio entre dos fuerzas iguales y opuestas.

Satanás es una criatura. Sin duda, es malvado, pero aun su maldad está sometida a la soberanía de Dios, como lo está nuestra propia maldad. La autoridad de Dios es final; su poder es omnipotente. El es soberano.

Uno de mis deberes como profesor de seminario es enseñar la teología de la Confesión de Fe de Westminster. La Confesión de Westminster ha sido el documento confesional central del presbiterianismo histórico. Expresa las doctrinas clásicas de la Iglesia Presbiteriana.

En cierta ocasión, mientras enseñaba en este curso, anuncié a mi clase nocturna que la siguiente semana estudiaríamos la sección de la confesión que trata de la predestinación. Puesto que la clase nocturna estaba abierta al público, mis estudiantes se precipitaron a invitar a sus amigos para la jugosa discusión. La siguiente semana la clase estaba abarrotada de estudiantes e invitados.

Comencé la clase leyendo los primeros renglones del capítulo 3 de la Confesión de Westminster:

Dios, desde la eternidad, por el sabio y santo consejo de su voluntad, ordenó libre e inalterablemente todo lo que sucede.

Detuve la lectura en ese punto. Pregunté: "¿Hay alguien en esta clase que no crea las palabras que acabo de leer?" Se levantó una multitud de manos. Entonces pregunté: "¿Hay algunos ateos convencidos en la habitación?" Ninguna mano se levantó. Entonces dije algo ofensivo: "Todos los que levantaron la mano a la primera pregunta deberían haber levantado la mano a la segunda pregunta."

Mi afirmación fue recibida por un coro de murmullos y protestas. ¿Cómo podía yo acusar a alguien de ateísmo por no creer que Dios preordena todo lo que sucede? Los que protestaron contra estas palabras no estaban negando la existencia de Dios. No estaban protestando contra el cristianismo. Estaban protestando contra el calvinismo.

Traté de explicar a la clase que la idea de que Dios preordena todo lo que sucede no es una idea peculiar al calvinismo. No es ni siquiera peculiar al cristianismo. Es simplemente un principio del teísmo: un principio necesario del teísmo.

Que Dios, en algún sentido, preordena todo lo que sucede es un resultado necesario de su soberanía. En sí mismo no arguye a favor del calvinismo. Solamente declara que Dios es absolutamente soberano sobre su creación. Dios puede preordenar las cosas de diferentes maneras. Pero todo lo que sucede debe, al menos, suceder con su permiso. Si El permite algo, entonces debe decidir permitirlo. Si decide permitir algo, entonces en un sentido lo está preordenando. ¿Quién, entre los cristianos, argumentaría que Dios no podría impedir que ocurriese algo en este mundo? Si Dios así lo desea, tiene poder para parar el mundo entero.

Decir que Dios preordena todo lo que sucede es decir simplemente que Dios es soberano sobre toda su creación. Si algo pudiera suceder aparte de su permiso soberano, entonces lo que sucediese frustraría su soberanía. Si Dios rehusara permitir que algo sucediera y sucediese a pesar de todo, entonces cualquiera que fuese lo que lo hizo suceder tendría más autoridad y poder que Dios mismo. Si hay alguna parte de la creación fuera de la soberanía de Dios, entonces Dios, simplemente, no es soberano. Si Dios no es soberano, entonces Dios no es Dios.

Si hay una sola molécula en este universo que esté suelta y totalmente libre de la soberanía de Dios, entonces no tenemos garantía de que ni una sola promesa de Dios se cumpla jamás. Quizá esa molécula indómita destruya los grandes y gloriosos planes que Dios ha hecho y nos ha prometido. Si un grano de arena en el riñón de Oliver Cromwell cambió el curso de la historia de Inglaterra, así nuestra indómita molécula podría cambiar el curso de toda la historia de la redención. Es posible que una molécula sea lo que impida a Cristo regresar.

Hemos oído la historia: Por falta de un clavo se perdió la herradura; por falta de la herradura se perdió el caballo; por falta del caballo se perdió el jinete; por falta del jinete se perdió la batalla; por falta de la batalla se perdió la guerra. Recuerdo mi angustia cuando oí que Bill Vukovich, el mejor piloto de su época, se mató en un accidente en las 500 millas de Indianápolis. Posteriormente se descubrió que el fallo se debió a un pasador que costaba 10 centavos.

Bill Vukovich controlaba de manera asombrosa los coches de carreras. Era un magnífico conductor. Sin embargo, no era soberano. Una pieza de ínfimo valor le costó la vida. Dios no tiene que preocuparse de que haya pasadores de 10 centavos que arruinen sus planes. No existen moléculas indómitas moviéndose libremente. Dios es soberano. Dios es Dios.

Mis estudiantes comenzaron a ver que la soberanía divina no es un asunto peculiar al calvinismo, ni siquiera al cristianismo. Sin soberanía, Dios no puede ser Dios. Si rechazamos la soberanía divina, entonces debemos abrazar el ateísmo. Este es el problema que todos afrontamos. Debemos aferrarnos con todas nuestras fuerzas a la soberanía de Dios. Sin embargo, debemos hacerlo de tal manera que no violemos la libertad humana.

En este punto debería hacer para el lector lo que hice para mis estudiantes en la clase nocturna: terminar la declaración de la Confesión de Westminster. La declaración completa dice lo siguiente:

Dios, desde la eternidad, por el sabio y santo consejo de su voluntad, ordenó libre e inalterablemente todo lo que sucede; y sin embargo, de tal manera que ni Dios es el autor del pecado, ni hace violencia a la voluntad de las criaturas, *ni quita la libertad o contingencia de las causas segundas, sino que las establece.*

Nótese que, mientras que afirma la soberanía de Dios sobre todas las cosas, la confesión también afirma que Dios no hace maldad o viola la libertad humana. La libertad humana y el mal están bajo la soberanía de Dios.

La soberanía de Dios y el problema del mal

Sin duda alguna, la cuestión más difícil de todas es cómo el mal puede coexistir con un Dios que es totalmente santo y totalmente soberano. Me temo que la mayoría de los cristianos no se dan cuenta de la profunda severidad de este problema. Los escépticos llaman este asunto el "talón de Aquiles del cristianismo".

Recuerdo vívidamente la primera vez que sentí el dolor de este espinoso problema. Yo era nuevo en la facultad y había sido cristiano durante unas semanas solamente. Estaba jugando al pimpón en el salón del dormitorio de hombres cuando, en mitad de una bolea, me sobrevino el pensamiento: *Si Dios es totalmente justo, ¿cómo puede haber creado un universo donde está presente el mal? Si todas las cosas proceden de Dios, ¿no procede de El también el mal?*

Entonces, como ahora, me di cuenta de que el mal era un problema para la soberanía de Dios. ¿Se introdujo el mal en el mundo contra la voluntad soberana de Dios? En ese caso, El no es absolutamente soberano. Si no, debemos concluir que en algún sentido aun el mal ha sido preordenado por Dios.

Durante años busqué la respuesta a este problema, explorando las obras de telólogos y filósofos. Encontré algunos intentos ingeniosos de resolver el problema, pero, hasta ahora, nunca he encontrado una respuesta plenamente satisfactoria.

La solución más común que oímos para este dilema es una simple referencia al libre albedrío del hombre. Oímos afirmaciones tales como: "El mal se introdujo en el mundo por el libre albedrío del hombre. El hombre es el autor del pecado, no Dios."

Sin duda, esa afirmación encaja con el relato bíblico del origen del pecado. Sabemos que el hombre fue creado con libre albedrío y que el hombre libremente escogió pecar. No fue Dios quien cometió el pecado, fue el hombre. El problema, sin embargo, aún persiste. ¿De dónde sacó el hombre la más mínima inclinación a pecar? Si fue creado con algún deseo de pecar, entonces se arroja una sombra sobre la integridad del Creador. Si fue creado sin deseo alguno de pecar, entonces debemos preguntar de dónde vino ese deseo.

El misterio del pecado está ligado a nuestro entendimiento del libre albedrío, el estado del hombre en la creación y la soberanía de Dios. La cuestión del libre albedrío es tan vital para nuestro entendimiento de la predestinación que dedicaré un capítulo entero al tema. Hasta entonces restringiremos nuestro estudio a la cuestión del primer pecado del hombre.

¿Cómo pudieron caer Adán y Eva? Ellos fueron creados buenos. Podríamos sugerir que su problema fue la astucia de Satanás. Satanás los engañó. Los embaucó para que comiesen del fruto prohibido. Podríamos suponer que la serpiente fue tan aduladora que embaucó totalmente a nuestros primeros padres.

Esta explicación conlleva varios problemas. Si Adán y Eva no se dieron cuenta de lo que estaban haciendo, si fueron totalmente embaucados, entonces el pecado habría sido todo de Satanás. Pero la Biblia deja claro que, a pesar de su astucia, la serpiente habló desafiando directamente el mandamiento de Dios. Adán y Eva habían oído a Dios promulgar su prohibición y advertencia. Oyeron a Satanás contradiciendo a Dios. La decisión estaba clara ante ellos. No podían apelar a la astucia de Satanás para excusarse.

Aun si Satanás no hubiera sólo embaucado sino forzado a Adán y Eva a pecar, aún no estamos libres de nuestro dilema. Si hubieran podido decir con razón: "El diablo nos hizo hacerlo", aún tendríamos que afrontar el problema del pecado del diablo. ¿De dónde procede el diablo? ¿Cómo consiguió caer de la bondad?

Tanto si estamos hablando de la Caída del hombre o de la caída de Satanás, estamos tratando aún el problema de criaturas buenas que se vuelven malas.

Oímos la explicación "fácil" de que el mal vino a través del libre albedrío de la criatura. El libre albedrío es una buena cosa. El que Dios nos diera libre albedrío no hace recaer la culpa sobre El. En la creación, al hombre le fue dada la capacidad para pecar y la capacidad para no pecar. El escogió pecar. La cuestión es: "¿Por qué?"

Aquí es donde reside el problema. Antes que una persona pueda cometer un acto de pecado, debe tener primero un deseo de realizar ese acto. La Biblia nos dice que las malas acciones fluyen de los malos deseos. Pero la presencia de un deseo malo es ya pecado. Pecamos porque somos pecadores. Nacimos con una naturaleza de pecado. Somos criaturas caídas. Pero Adán y Eva no fueron creados caídos. No tenían una naturaleza de pecado. Eran criaturas buenas con libre albedrío. Sin embargo, escogieron pecar. ¿Por qué? No lo sé. Ni he encontrado aún a alguien que lo sepa.

A pesar de este intrincado problema, debemos afirmar aún que Dios no es el autor del pecado. La Biblia no revela las respuestas a todas nuestras preguntas. Revela la naturaleza y el carácter de Dios. Una cosa es absolutamente impensable: que Dios pudiera ser el autor o realizador del pecado.

Pero este capítulo trata de la soberanía de Dios. Nos queda aún por responder la pregunta de que, dado el hecho del pecado humano, ¿cómo se relaciona éste con la soberanía de Dios? Si es cierto que, *en algún sentido*, Dios preordena todo lo que sucede, entonces se sigue sin duda que Dios debe de haber preordenado la entrada del pecado en el mundo. Eso no quiere decir que Dios obligara a que ocurriera, o que impusiera el mal a su creación. Lo único que significa es que Dios debe de haber decidido permitir que ocurra. Si no permitió que ocurriese, entonces no podía haber ocurrido, pues de otra forma no sería soberano.

Sabemos que Dios es soberano porque sabemos que Dios es Dios. Por tanto, debemos concluir que Dios preordenó el pecado. ¿Qué otra cosa podemos concluir? Debemos concluir que la decisión de Dios de permitir que el pecado entrase en el mundo fue una buena decisión. Esto no quiere decir que nuestro pecado es realmente algo bueno, sino meramente que el que Dios nos permita cometer el pecado, que es malo, es algo bueno. El que Dios permita el mal es bueno, pero el mal que el permite es aún mal. La implicación de Dios en todo esto es

perfectamente justa. Nuestra implicación en ello es inicua. El hecho de que Dios decidiese permitirnos pecar no nos absuelve de nuestra responsabilidad por el pecado.

Una objeción que oímos con frecuencia es que, si Dios conocía de antemano que nosotros íbamos a pecar, ¿por qué nos creó en primer lugar? Un filósofo expresó el problema de esta manera: "Si Dios sabía que nosotros pecaríamos pero no lo impidió, entonces no es ni omnipotente ni soberano. Si podía impedirlo pero escogió no hacerlo, entonces no es ni amante ni benévolo." Mediante este enfoque Dios aparece como malo, no importa cómo respondamos a la pregunta.

Debemos asumir que Dios sabía de antemano que el hombre caería. Debemos también asumir que El podía haber intervenido para impedirlo. O podía haber escogido no crearnos en absoluto. Concedemos todas estas posibilidades hipotéticas. Para empezar, sabemos que El sabía que caeríamos, y que siguió adelante y nos creó a pesar de todo. ¿Por qué significa eso que El no es amante? También sabía de antemano que iba a llevar a cabo un plan de redención para su creación caída que incluiría una perfecta manifestación de su justicia y una perfecta expresión de su amor y misericordia. Fue ciertamente amante por parte de Dios predestinar la salvación de su pueblo, los que la Biblia llama sus "elegidos" o escogidos.

Son los no elegidos los que constituyen el problema. Si algunos no son elegidos para salvación, entonces parecería que Dios no es tan amante hacia ellos. Según ellos, parece que hubiera sido más amante por parte de Dios no haber permitido que nacieran.

Ese puede, ciertamente, ser el caso. Pero debemos hacer la pregunta verdaderamente difícil: ¿Existe alguna razón para que un Dios justo deba ser amante hacia una criatura que le odia y se revela constantemente contra su divina autoridad y santidad? La objeción suscitada por el filósofo implica que Dios le debe su amor a criaturas pecaminosas. Esto es, lo que se da por supuesto, sin palabras, es que Dios está obligado a ser clemente para con los pecadores. Lo que el filósofo pasa por alto es que si la gracia está *obligada, ya no es gracia*. La esencia misma de la gracia es que es inmerecida. Dios siempre se reserva el derecho de tener misericordia de quien quiera tener misericordia. Dios puede deberle justicia a la gente, pero nunca misericordia.

Es importante indicar una vez más que estos problemas surgen

a todos los cristianos que creen en un Dios soberano. Estas cuestiones no son peculiares a una idea concreta de la predestinación.

La gente argumenta que Dios es suficientemente amante como para proveer un camino de salvación para todos los pecadores. Puesto que el calvinismo restringe la salvación sólo a los elegidos, parece requerir un Dios menos amante. En la superficie al menos, parece que una idea no calvinista provee una oportunidad para que se salven grandes multitudes de personas que no hubieran sido salvadas en la idea calvinista.

Una vez más, esta cuestión afecta asuntos que deben ser desarrollados más plenamente en capítulos posteriores. Por ahora permítaseme decir simplemente que, si la decisión final para la salvación de pecadores caídos fuese dejada en las manos de pecadores caídos, desesperaríamos de toda esperanza en cuanto a que alguien fuese salvado.

Cuando consideramos la relación de un Dios soberano con un mundo caído, afrontamos básicamente cuatro opciones:

1. *Dios pudo decidir no proveer una oportunidad para que alguien fuese salvado.*
2. *Dios pudo proveer una oportunidad para que todos fuesen salvados.*
3. *Dios pudo intervenir directamente para asegurar la salvación de todos.*
4. *Dios pudo intervenir directamente y asegurar la salvación de algunos.*

Todos los cristianos descartan inmediatamente la primera opción. La mayoría de los cristianos descartan la tercera. Afrontamos el problema de que Dios salva a algunos y no a todos. El calvinismo corresponde a la cuarta opción. La idea calvinista de la predestinación enseña que Dios interviene activamente en las vidas de los elegidos para hacer absolutamente segura la salvación. Por supuesto, el resto es invitado a Cristo y se le da una "oportunidad" para ser salvado "si quiere". Pero el calvinismo da por supuesto que, sin la intervención de Dios, nadie querrá jamás a Cristo. Nadie escogerá jamás a Cristo por sí mismo.

Este es precisamente el punto en disputa. Las ideas no

reformadas de la predestinación asumen que a toda persona caída le queda la capacidad de escoger a Cristo. Al hombre no se le considera tan caído que requiera la intervención directa de Dios hasta el grado que afirma el calvinismo. Todas las ideas no reformadas dejan en manos del hombre el dar el voto decisivo para el destino final del hombre. Según estas ideas, la mejor opción es la segunda. Dios provee oportunidades para que todos sean salvados. Pero, ciertamente, no existe una igualdad de oportunidades, puesto que grandes multitudes de gente mueren sin haber oído jamás el Evangelio.

El no reformado objeta a la cuarta opción porque limita la salvación a un grupo selecto que Dios escoge. El reformado objeta a la segunda opción porque ve que la oportunidad universal de salvación no *provee lo suficiente para salvar a nadie*. El calvinista ve a Dios haciendo mucho más por la raza humana caída a través de la cuarta opción que a través de la segunda. El no calvinista ve justamente lo contrario. Piensa que dar una oportunidad universal, aunque está lejos de asegurar la salvación de nadie, es más benévolo que asegurar la salvación de algunos y no de otros.

El desagradable problema que tiene el calvinista se ve en la relación de las opciones tercera y cuarta. Si Dios puede, y de hecho escoge, asegurar la salvación de algunos, ¿por qué no asegura la salvación de todos?

Antes de tratar de responder a esa pregunta, permítaseme primero indicar que éste no es simplemente un problema calvinista. Todo cristiano debe sentir el peso de este problema. En primer lugar, afrontamos la cuestión: "¿Tiene Dios el poder para asegurar la salvación de todos?" Ciertamente está dentro del poder de Dios cambiar el corazón de todo pecador impenitente y llevar ese pecador hacia sí. Si carece de tal poder, entonces no es soberano. Si tiene ese poder, ¿por qué no lo usa con todos?

El pensador no reformado responde en general diciendo que el hecho de que Dios imponga su poder a personas reacias es violar la libertad del hombre. Violar la libertad del hombre es pecado. Puesto que Dios no puede pecar, no puede imponer unilateralmente su gracia salvadora a pecadores reacios. Forzar al pecador a que quiera, cuando el pecador no quiere, es hacer violencia al pecador. La idea es que, al ofrecer la gracia del Evangelio, Dios hace todo lo que puede para ayudar al pecador a ser salvo. El tiene suficiente poder para forzar a los hombres, pero el uso de tal poder sería ajeno a la

justicia de Dios.

Eso nc proporciona mucho consuelo al pecador en el infierno. El pecador en el infierno debe de estar preguntando: "Dios, si tú realmente me amabas, ¿por qué no me forzaste a creer? Preferiría que mi libre albedrío fuese violentado que estar aquí en este lugar de tormento eterno." Aun así, las súplicas de los condenados no determinarían la justicia de Dios si, de hecho, fuese erróneo que Dios se impusiera a la voluntad de los hombres. La pregunta que el calvinista hace es: "¿Qué hay de erróneo en que Dios cree la fe en el corazón del pecador?"

A Dios no se le requiere que busque el permiso del pecador para hacer con el pecador lo que le plazca. El pecador no pidió nacer en el país de su nacimiento, a sus padres, ni aun nacer en absoluto. Tampoco pidió el pecador nacer con una naturaleza caída. Todas estas cosas fueron determinadas por la decisión soberana de Dios. Si Dios hace todo esto que afecta al destino eterno del pecador, ¿qué habría de erróneo en que El diera un paso más para asegurar su salvación? ¿Qué quería decir Jeremías cuando clamó: "¿Me sedujiste, oh Señor, y fui seducido" (Jer. 20:7)? Ciertamente, Jeremías no invitó a Dios a seducirle.

La cuestión permanece. ¿Por qué salva Dios solamente a algunos? Si concedemos que Dios puede salvar a los hombres forzando sus voluntades, ¿por qué entonces no fuerza la voluntad de todos y les lleva a todos a la salvación? (Estoy utilizando aquí la palabra forzar no porque piense que existe un forzamiento erróneo, sino porque los no calvinistas insisten en este término.)

La única respuesta que puedo dar a esta pregunta es que no lo sé. No tengo ni idea de por qué Dios salva a algunos pero no a todos. No dudo por un momento que Dios tenga poder para salvar a todos, pero sé que no escoge salvar a todos. No sé por qué.

Una cosa sí sé. Si agrada a Dios salvar a algunos y no a todos, nada hay en ello que sea erróneo. Dios no está obligado a salvar a nadie. Si escoge salvar a algunos, esto en ninguna manera le obliga a salvar al resto. Una vez más la Biblia insiste que es la prerrogativa divina de Dios tener misericordia de quien quiera tener misericordia.

La alarma que oye gritar el calvinista generalmente en este punto es: "¡Eso no es equitativo!" ¿Pero qué se da a entender por equidad aquí? Si por equidad queremos decir igualdad, entonces, desde luego, la protesta es acertada. Dios no trata a todos los hombres por

igual. Nada podría estar más claro en la Biblia que eso. Dios se apareció a Moisés de una manera en que no se apareció a Hammurabi. Dios concedió a Israel bendiciones que no condeció a Persia. Cristo se apareció a Pablo en el camino de Damasco de una manera en que no se manifestó a Pilato. Dios, simplemente, no ha tratado a todo ser humano en la Historia exactamente de la misma manera. Esto es obvio.

Probablemente lo que se quiere decir por "equitativo" en la protesta es "justo". No parece justo que Dios escoja a algunos para recibir su misericordia, mientras que otros no reciben el beneficio de la misma. Para tratar este problema debemos llevar a cabo una breve pero importante reflexión. Demos por supuesto que todos los hombres son culpables de pecado a los ojos de Dios. De esa masa de humanidad culpable, Dios decide soberanamente conceder misericordia a algunos de ellos. ¿Qué recibe el resto? Recibe justicia. Los salvados reciben misericordia y los no salvados reciben justicia. Nadie recibe injusticia.

La misericordia no es justicia. Pero tampoco es injusticia. Observemos el siguiente gráfico:



Hay justicia y hay no justicia. La no justicia incluye todo lo que está fuera de la categoría de justicia. En la categoría de no justicia encontramos dos subconceptos, injusticia y misericordia. La misericordia es una buena forma de no justicia mientras que la injusticia es una mala forma de no justicia. En el plan de la salvación Dios no hace nada malo. Nunca comete injusticia alguna. Algunos reciben justicia, que es lo que merecen, mientras que otros reciben misericordia. Una vez más, el hecho de que uno recibe misericordia no demanda que los demás la reciban también. Dios se reserva el derecho de conceder clemencia.

Como ser humano, yo podría preferir que Dios concediese su misericordia a todos por igual, pero no puedo *demandarlo*. Si a Dios no le agrada dispensar su misericordia salvadora a todos los

hombres, entonces debo someterme a su santa y justa decisión. Dios jamás, jamás, jamás está obligado a ser misericordioso hacia los pecadores. Ese es el punto que debemos enfatizar si hemos de comprender la plena medida de la gracia de Dios.

La verdadera cuestión es por qué Dios se inclina a ser misericordioso para con alguien. Su misericordia no le es demandada y, sin embargo, la concede a sus elegidos. La concedió a Jacob de una manera en que no la concedió a Esaú. La concedió a Pedro de una manera en que no la concedió a Judas. Debemos aprender a alabar a Dios tanto en su misericordia como en su justicia. Cuando El ejecuta su justicia, no está haciendo nada erróneo. Está ejecutando su justicia conforme a su rectitud.

La soberanía de Dios y la libertad humana

Todo cristiano afirma alegremente que Dios es soberano. La soberanía de Dios es un consuelo para nosotros. Nos asegura que El puede hacer lo que promete hacer. Pero el mero hecho de la soberanía de Dios suscita una gran cuestión más. ¿Cómo se relaciona la soberanía de Dios con la libertad humana?

Cuando afrontamos la cuestión de la soberanía divina y la libertad humana, podemos vernos confrontados por el dilema de "luchar o huir". Podemos luchar para abrirnos paso hacia una solución lógica del mismo, o volvernos y alejarnos corriendo de él tan de prisa como podamos.

Muchos de nosotros escogemos huir de él. La huida toma diferentes rutas. La más común es decir, simplemente, que la soberanía divina y la libertad humana son contradicciones que debemos tener el valor de abrazar. Buscamos analogías que alivien nuestras atribuladas mentes.

Como estudiante en la facultad, oí dos analogías que me proporcionaron un alivio temporal, como un paquete teológico de Rolaids:

Analogía 1: "La soberanía de Dios y la libertad humana son como dos líneas paralelas que se encuentran en la eternidad."

Analogía 2: "La soberanía de Dios y la libertad humana son como sogas en un pozo. En la superficie parecen estar separadas, pero en la oscuridad del fondo del pozo se juntan."

La primera vez que oí estas analogías sentí alivio. Sonaban

simples y, sin embargo, profundas. La idea de dos líneas paralelas que se encuentran en la eternidad me satisfizo. Me dio algo ingenioso que decir para el caso en que un escéptico empedernido me preguntara acerca de la soberanía divina y la libertad humana.

Mi alivio fue temporal. Pronto necesité una dosis más fuerte de Rolaids. La molesta pregunta rehusaba dejarme en paz. ¿Cómo, me preguntaba, *pueden las líneas paralelas encontrarse jamás? ¿En la eternidad o en alguna otra parte?* Si la líneas se encuentran, entonces no son finalmente paralelas. Si son finalmente paralelas, entonces nunca se encontrarán. Cuanto más pensaba acerca de la analogía, tanto más me daba cuenta que ésta no resolvía el problema. Decir que las líneas paralelas se encuentran en la eternidad es una afirmación sin sentido; es una contradicción flagrante.

No me gustan las contradicciones. Encuentro poco consuelo en ellas. Nunca cesaba de asombrarme ante la facilidad con que los cristianos parecen sentirse confortables con ellas. Oigo afirmaciones como: "¡Dios es mayor que la lógica!", o: "¡La fe es más elevada que la razón!" Para defender el uso de las contradicciones en la teología.

Ciertamente, estoy de acuerdo en que Dios es mayor que la lógica y que la fe es más elevada que la razón. Estoy de acuerdo con todo mi corazón y con toda mi cabeza. Lo que quiero evitar es a un Dios que es menor que la lógica y una fe que es inferior a la razón. Un Dios que es menor que la lógica sería y debería ser destruido por la lógica. Una fe que es inferior a la razón es irracional y absurda.

Supongo que es la tensión entre la soberanía divina y la libertad humana, más que cualquier otra cosa, lo que ha conducido a muchos cristianos a pretender que las contradicciones son un elemento legítimo de la fe. La idea es que la lógica no puede reconciliar la soberanía divina con la libertad humana. Ambas desafían la lógica armonía. Puesto que la Biblia enseña ambos polos de la contradicción, debemos estar dispuestos a afirmarlos ambos, a pesar del hecho de ser contradictorios.

¡De ninguna manera! El que los cristianos abracen ambos polos de una contradicción flagrante es cometer suicidio intelectual y calumniar al Espíritu Santo. El Espíritu Santo no es autor de confusión. Dios no habla con una doble lengua.

Si la libertad humana y la soberanía divina son verdaderas contradicciones, entonces una de ellas, al menos, debe desaparecer. Si la soberanía excluye la libertad, y la libertad excluye la soberanía, entonces o bien Dios no es soberano o el hombre no es libre.

Felizmente, existe una alternativa. Podemos sostener tanto la soberanía como la libertad si podemos mostrar que no son contradictorias.

A un nivel humano, podemos ver fácilmente que la gente goza de una verdadera medida de libertad en un país gobernado por un monarca soberano. La soberanía no pone fin a la libertad; es la *autonomía* lo que no puede coexistir con la soberanía.

¿Qué es la autonomía? La palabra procede del prefijo *auto* y la raíz *nomos*. *Auto* significa "uno mismo". Un automóvil es algo que se mueve por sí mismo. "Automático" describe algo que actúa por sí mismo.

La raíz *nomos* es la palabra griega para "ley". La palabra *autonomía* significa, pues, "ley de uno mismo". Ser autónomo significa ser ley a uno mismo. Una criatura autónoma no sería responsable ante nadie. No tendría un gobernante, menos aún tendría un gobernante soberano. Es lógicamente imposible tener un Dios soberano existiendo al mismo tiempo que una criatura autónoma. Los dos conceptos son totalmente incompatibles. Pensar en su coexistencia sería como imaginar el encuentro de un objeto inamovible con una fuerza irresistible. ¿Qué ocurriría? Si el objeto se moviera, entonces no podría ya ser considerado inamovible. Si no se moviera, entonces la fuerza irresistible ya no sería irresistible.

Así ocurre con la soberanía y la autonomía. Si Dios es soberano, no es posible que el hombre sea autónomo. Si el hombre es autónomo, es imposible que Dios sea soberano. Serían contradicciones.

No tenemos que ser autónomos para ser libres. La autonomía implica libertad *absoluta*. Somos libres, pero hay límites para nuestra libertad. El límite final es la soberanía de Dios.

Una vez leí una afirmación de un cristiano que dijo: "La soberanía de Dios nunca puede restringir la libertad humana." Imaginemos a un pensador cristiano haciendo tal afirmación. Esto es puro humanismo. ¿Pone restricciones la ley de Dios a la libertad humana? ¿No se le permite a Dios imponer límites a lo que yo escoja? No sólo puede Dios imponer límites morales a mi libertad, sino que tiene todo derecho en cualquier momento a golpearme en la cabeza si es necesario refrenarme de ejercer mis malas decisiones. Si Dios no tiene derecho a la represión, entonces no tiene derecho a gobernar su creación. Es mejor que invertamos la afirmación: "La

libertad humana nunca puede restringir la soberanía de Dios." En esto consiste la soberanía. Si la soberanía de Dios está restringida por la libertad humana, entonces Dios no es soberano; el hombre es soberano.

Dios es libre. Yo soy libre. Dios es más libre que yo. Si mi libertad va en contra de la libertad de Dios, soy perdedor. Su libertad restringe la mía; mi libertad no restringe la suya. Existe una analogía en la familia humana. Yo tengo una voluntad libre. Mis hijos tienen voluntades libres. Cuando nuestras voluntades chocan, tengo autoridad para predominar sobre sus voluntades. Sus voluntades han de estar subordinadas a mi voluntad; mi voluntad no está subordinada a la de ellos. Desde luego, en el nivel humano de la analogía, no estamos hablando en términos absolutos.

La soberanía divina y la libertad humana se consideran frecuentemente como contradictorias porque en la superficie suenan a contradictorias. Hay algunas distinciones importantes que deben hacerse y aplicarse consecuentemente a esta cuestión si hemos de evitar una confusión desesperante.

Consideremos tres palabras en nuestro vocabulario que están tan estrechamente relacionadas que son a menudo confundidas:

1. Contradicción
2. Paradoja
3. Misterio

1. Contradicción. La ley lógica de la contradicción dice que una cosa no puede ser lo que es y no ser lo que es al mismo tiempo y en la misma relación. Un hombre puede ser padre e hijo al mismo tiempo, pero no puede ser hombre y no ser hombre al mismo tiempo. Un hombre puede ser tanto padre como hijo al mismo tiempo, pero no en la misma relación. Ningún hombre puede ser su propio padre. Aun cuando hablamos de Jesús como el Dios/hombre, tenemos cuidado de decir que, aunque es Dios y hombre al mismo tiempo, no es Dios y hombre en la misma relación. Tiene una naturaleza divina y una naturaleza humana. Ambas no deben ser confundidas. Las contradicciones nunca pueden coexistir, ni aun en la mente de Dios. Si ambos polos de una contradicción genuina pudieran ser ciertos en la mente de Dios, entonces nada que Dios nos haya revelado jamás podría tener significado alguno. Si el bien y el mal, la justicia y la injusticia, Cristo y el Anticristo pudieran todos significar lo mismo para la mente de Dios, entonces la verdad de cualquier clase sería totalmente imposible.

2. Paradoja. Una paradoja es una contradicción aparente que, al examinarse más detenidamente, puede ser resuelta. He oído a maestros declarar que la noción cristiana de la Trinidad es una contradicción. Simplemente, no lo es. No viola ninguna ley de la lógica. Supera la prueba objetiva de la ley de la contradicción. Dios es uno en *esencia* y tres en *persona.* Nada hay de contradictorio en ello. Si dijésemos que Dios es uno en esencia y tres en esencia entonces tendríamos una contradicción genuina que nadie podría resolver. Entonces el cristianismo sería irremediablemente irracional y absurdo. La Trinidad es una paradoja, pero no una contradicción.

Para complicar un poco más las cosas, existe otro término, *antinomia.* Su significado primario es un sinónimo de contradicción, pero su significado secundario es un sinónimo de paradoja. Examinándolo, vemos que tiene la misma raíz que *autonomía, nomos,* que significa "ley". Aquí el prefijo es *anti,* que significa "contra" o "en lugar de ". El significado literal, pues, del término *antinomia* es "contra la ley". ¿Qué ley se supone que tenemos aquí a la vista? La ley de la contradicción. El significado original del término era "lo que viola la ley de la contradicción". De ahí, originalmente y en la discusión filosófica normal, la palabra *antinomia* es un equivalente exacto de la palabra *contradicción.*

La confusión surge cuando la gente utiliza el término *antinomia* no para referirse a una contradicción genuina, sino a una paradoja o contradicción aparente. Recordamos que una paradoja es una afirmación que parece una contradicción, pero que realmente no lo es. En Gran Bretaña, especialmente, la palabra *antinomia* se utiliza a menudo como sinónimo de paradoja.

Estoy elaborando estas distinciones tan sutiles por dos razones. La primera es que, si hemos de evitar la confusión, debemos tener una clara idea en nuestras mentes acerca de la diferencia crucial entre una contradicción real y una contradicción aparente. Es la diferencia entre la racionalidad y la irracionalidad, entre la verdad y el absurdo.

La segunda razón por la que es necesario expresar estas

definiones claramente es que uno de los mayores defensores de la doctrina de la predestinación en nuestro mundo actual utiliza el término *antinomia*. Estoy pensando en el destacado teólogo que es el Dr. J.I. Packer. Packer ha ayudado a incontables miles de personas a tener una más profunda comprensión del carácter de Dios, especialmente con respecto a la soberanía de Dios.

Nunca he discutido este asunto de la utilización por parte del Dr. Packer del término *antinomia* con él. Doy por supuesto que lo utiliza en el sentido británico de *paradoja*. No puedo imaginar que hable intencionadamente de contradicciones en la Palabra de Dios. De hecho, en su libro *Evangelism and the sovereignty of God* (El evangelismo y la soberanía de Dios) elabora el punto de que, en última instancia, no existen contradicciones en la Palabra de Dios. El Dr. Packer no sólo ha sido incansable en su defensa de la teología cristiana, sino que ha sido igualmente incansable en su brillante defensa de la inerrancia de la Biblia. Si la Biblia contuviese antinomias en el sentido de contradicciones reales, eso sería el fin de la inerrancia.

Algunos verdaderamente sostienen que existen contradicciones reales en la verdad divina. Piensan que la inerrancia es compatible con ellas. La inerrancia significaría entonces que la Biblia revela inerrantemente las contradicciones de la verdad de Dios. Por supuesto, si pensamos por un momento, quedaría claro que si la verdad de Dios es una verdad contradictoria, entonces no es verdad en absoluto. Ciertamente, la misma palabra *verdad* estaría vacía de significado. Si las contradicciones pueden ser verdad, no habría manera alguna de discernir la diferencia entre la verdad y una mentira. Esta es la razón por la que estoy convencido de que el Dr. Packer utiliza antinomia cuando quiere decir paradoja y no contradicción.

3. Misterio. El término *misterio* se refiere a aquello que es verdad pero que no entendemos. La Trinidad, por ejemplo, es un misterio. No puedo penetrar en el misterio de la Trinidad o de la encarnación de Cristo con mi débil mente. Tales verdades son demasiado elevadas para mí. Sé que Jesús era una persona con dos naturalezas, pero no puedo entender cómo puede ser eso. El mismo tipo de cosa se encuentra en la esfera natural. ¿Quién entiende la naturaleza de la gravedad, o aun del movimiento? ¿Quién ha penetrado en los misterios finales de la vida? ¿Qué filósofo ha sondeado las profundidades del significado del ser humano? Estos son misterios.

No son contradicciones.

Es fácil confundir el misterio con la contradicción. No entendemos ninguno de los dos. Nadie entiende una contradicción porque las contradicciones son intrínsecamente ininteligibles. Ni siquiera Dios puede entender una contradicción. Las contradicciones son absurdas. Nadie puede darles sentido.

Los misterios pueden ser entendidos. El Nuevo Testamento nos revela cosas que estaban ocultas y no entendidas en los tiempos el Antiguo Testamento. Hay cosas que en otros tiempos nos resultaban misteriosas, pero que ahora entendemos. Esto no significa que todo lo que ahora es un misterio para nosotros quedará claro un día, sino que muchos misterios actuales quedarán desentrañados. Algunos serán desentrañados en este mundo. No hemos alcanzado aún los límites del descubrimiento humano. Sabemos también que en el cielo se nos revelarán cosas que se hallan aún ocultas. Pero aun en el cielo no comprenderemos plenamente el significado de la infinidad. Para entender eso plenamente, tendríamos que ser infinitos. Dios puede entender la infinidad no porque opere sobre la base de alguna clase de sistema lógico celestial, sino porque El mismo es infinito. Tiene una perspectiva infinita.

Permítaseme expresarlo de otra manera: Todas las contradicciones son misteriosas. No todos los misterios son contradicciones. El cristianismo concede amplio lugar a los misterios. No tiene lugar para las contradicciones. Los misterios pueden ser verdad. Las contradicciones nunca pueden ser verdad, ni aquí en nuestras mente, ni allí en la mente de Dios.

Permanece la gran cuestión. El gran debate que remueve el caldero de la controversia se centra en la cuestión: "¿Cómo afecta la predestinación a nuestro libre albedrío?"

Examinaremos este asunto en el próximo capítulo.

Resumen del capítulo 2

1. Definición de la predestinación.
   "La predestinación significa que nuestro destino final, el cielo o el infierno, está decidido por Dios antes que nazcamos."

2. La soberanía de Dios.
   Dios es la autoridad suprema del cielo y la Tierra.

3. Dios es el poder supremo.
   Toda otra autoridad y poder están sometidos a Dios.

4. Si Dios no es soberano, no es Dios

5. Dios ejerce su soberanía de tal manera que no obra el mal ni viola la libertad humana.

6. El primer acto pecaminoso del hombre es un misterio. El hecho de que Dios permitiera pecar a los hombres no refleja nada malo en Dios.

7. Todos los cristianos afrontan la difícil cuestión de por qué Dios, que teóricamente podría salvar a todos, escoge salvar a algunos, pero no a todos.

8. Dios no le debe la salvación a nadie.

9. La misericordia de Dios es voluntaria. No está obligado a ser misericordioso. Se reserva el derecho de tener misericordia de quien quiera tener misericordia.

10. La soberanía de Dios y la libertad del hombre no son contradictorias.



3. La predestinación y el libre albedrío

La predestinación parece arrojar una sombra sobre el corazón mismo de la libertad humana. Si Dios ha decidido nuestros destinos desde toda la eternidad, esto sugiere fuertemente que nuestras elecciones libres no son sino charadas, ejercicios vacíos en una comedia predeterminada. Es como si Dios nos escribiera el guión en detalle, y nosotros estuviésemos llevando a cabo meramente la puesta en escena.

Para conseguir un asidero en la desconcertante relación entre la predestinación y el libre albedrío, debemos en primer lugar definir el libre albedrío. La definición misma es objeto de mucho debate. Probablemente, la definición más corriente dice que *el libre albedrío es la capacidad de hacer elecciones sin ningún prejuicio, inclinación o disposición previos.* Para que la voluntad sea libre, debe actuar desde una posición de neutralidad, sin prejuicio alguno en absoluto.

Aparentemente, esto resulta muy atractivo. No existen elementos represivos, ya sea internos o externos, que se hallen presentes. Bajo la superficie, sin embargo, hay dos graves problemas al acecho. Por una parte, si hacemos nuestras elecciones estrictamente desde una posición neutral, sin inclinación previa alguna, entonces hacemos las elecciones sin *razón* alguna. Si no tenemos razón alguna para nuestras elecciones, si nuestras elecciones son completamente espontáneas, entonces nuestras elecciones no tienen significado moral. Si una elección tiene lugar simplemente -surge porque sí, sin ton ni son- entonces no puede ser juzgada buena o mala. Cuando Dios evalúa nuestras elecciones, El está interesado en nuestros motivos.

Consideremos el caso de José y sus hermanos. Cuando José fue vendido a la esclavitud por sus hermanos, la providencia de Dios estaba actuando. Años más tarde, cuando José se reunió de nuevo con sus hermanos en Egipto, les declaró: "Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien" (Gn. 50:20). El motivo fue aquí el factor decisivo que determinó si la acción era buena o mala. La implicación de Dios en el dilema de José fue buena; la implicación de los hermanos fue mala. Había una razón por la que los hermanos de José le vendieron a la esclavitud. Tenían una motivación mala. Su decisión no fue espontánea ni neutral. Estaban celosos de su hermano. Su elección de venderlo fue dictada por sus malos deseos.

El segundo problema que esta popular idea afronta no es tanto moral como racional. Si no existe una inclinación, deseo o tendencia previos, ni motivación o razón para una elección, ¿cómo puede hacerse jamás una elección? Si la voluntad es totalmente neutral, ¿por qué habría de escoger la derecha o la izquierda? Es algo así como el problema que afrontó Alicia en el País de las Maravillas cuando llegó a una bifurcación en el camino. No sabía qué camino tomar. Vio al sonriente gato de Cheshire en el árbol. Le preguntó al gato: "¿Qué camino debería tomar?" El gato respondió: "¿Adónde vás?" Alicia respondió: "No lo sé". "Entonces", respondió el gato de Cheshire, "no importa."

Consideremos el dilema de Alicia. En realidad, ella tenía cuatro opciones donde escoger. Podyía haber tomado el lado izquierdo de la bifurcación o el derecho. Podría haber escogido también regresar por el camino que había venido. O podría haber estado de pie fija en el lugar de indecisión hasta morir allí. Para dar un paso en cualquier dirección, ella necesitaría alguna motivación o inclinación para hacerlo. Sin alguna motivación o inclinación previa, la única opción sería permanecer allí y perecer.

Otra famosa ilustración del mismo problema se encuentra en la historia de la mula de voluntad neutral. La mula no tenía deseos previos, o deseos iguales en dos direcciones. Su propietario puso una cesta de avena a su izquierda y una cesta de trigo a su derecha. Si la mula no tenía deseo alguno por la avena o por el trigo, no escogería ninguno de los dos y moriría de inanición. Si tenía exactamente la misma disposición hacia la avena que hacia el trigo, aún moriría de inanición. Su igualada disposición la dejaría paralizada. No habría motivo alguno. Sin motivo, no habría elección. Sin elección, no habría alimento. Sin alimento, pronto no habría mula.

Debemos rechazar la teoría de la voluntad neutral no sólo por ser irracional, sino porque, como veremos, es radicalmente antibíblica.

Los pensadores cristianos nos han dado dos importantísimas definiciones del libre albedrío. Consideraremos primero la definición ofrecida por Jonathan Edwards en su obra clásica *On the freedom of the will* (Sobre la libertad de la voluntad).

Edwards definía la voluntad como "la mente escogiendo". Antes de poder hacer elecciones morales, debemos tener primero alguna idea de qué es lo que estamos escogiendo. Nuestra selección se basa entonces sobre lo que la mente aprueba o rechaza. Nuestro entendimiento de los valores juega un papel crucial en nuestras decisiones. Mis inclinaciones y motivos, al igual que mis elecciones en sí, están moldeados por mi mente. Además, si la mente no está implicada, entonces se hace la elección por ninguna razón y sin razón alguna. Es, pues, un acto arbitrario y moralmente absurdo. El instinto y la elección son dos cosas diferentes.

Una segunda definición del libre albedrío es "la capacidad de escoger lo que queremos". Esto se apoya en el importante fundamento del deseo humano. Tener libre albedrío es ser capaz de escoger conforme a nuestros deseos. Aquí el deseo juega un papel vital en cuanto a proveer una motivación o una razón para hacer una elección.

Ahora viene la parte engañosa. Según Edwards, un ser humano no sólo es libre para escoger lo que desee, sino que *debe* escoger lo que desee, para ser capaz de escoger en absoluto. Lo que yo llamo *ley de la elección de Edwards* es esto: "La voluntad siempre escoge según su más fuerte inclinación en el momento." Esto significa que toda elección es libre *y* toda elección está determinada.

Dije que esto era engañoso. Parece una flagrante contradicción decir que toda elección es libre y, sin embargo, que toda elección esté determinada. Pero "determinada" aquí no significa que algún agente externo fuerce la voluntad. Por el contrario, se refiere a nuestra motivación o deseo interno. En resumen, la ley es ésta: nuestras elecciones están determinadas por nuestros deseos. Continúan siendo nuestras elecciones porque están motivadas por nuestros propios deseos. Esto es lo que llamamos *autodeterminación*, que es la esencia de la libertad.

Piensa por un momento en tus propias elecciones. ¿Cómo y por

qué las haces? En este mismo instante estás leyendo las páginas de este libro. ¿Por qué? ¿Tomaste este libro porque tenías interés en el tema de la predestinación, deseos de aprender más acerca de este complejo tema? Quizá. Puede ser que este libro se te haya dado a leer como una tarea. Quizá estés pensando: "No tengo deseos de leer esto en absoluto. Tengo que leerlo, y lo estoy haciendo de mala gana para satisfacer los deseos que otra persona tiene de que yo lo haga. En igualdad de circunstancias, nunca escogería leer este libro."

Pero las circunstancias no son todas iguales, ¿verdad? Si estás leyendo esto por algún tipo de deber o para cumplir una petición, aún tienes que tomar una decisión acerca de cumplir la petición o no cumplirla. Es obvio que decidiste que te resultaba mejor o más deseable leer esto que dejarlo sin leer. De esto puedo estar seguro, pues de lo contrario no estarías leyéndolo ahora mismo.

Toda decisión que tomas la tomas por una razón. La próxima vez que vayas a un lugar público y escojas un asiento (en un teatro, clase, iglesia), pregúntate por qué estás sentado donde lo estás. Quizá sea el único asiento disponible, y prefieres sentarte en lugar de estar de pie. Quizá descubras que surge un modelo casi inconsciente en tus decisiones en cuanto a sentarte. Quizá descubras que, siempre que te es posible, te sientas hacia el frente de la sala o hacia el final. ¿Por qué? Quizá tenga que ver algo con tu vista. Quizá seas tímido o gregario. Puede que pienses que te sientas donde te sientas por ninguna razón, pero el asiento que escojas lo escogerás siempre por la inclinación más fuerte que tengas en el momento de la decisión. Esa inclinación puede ser meramente que el asiento más cercano está libre y no te gusta andar largas distancias para encontrar un lugar donde sentarte.

Tomar decisiones es un asunto complejo debido a que las opciones que afrontamos son con frecuencia muchas y variadas. Añadamos a eso que somos criaturas con muchos y variados deseos. Tenemos motivaciones diferentes y, a menudo, conflictivas.

Considera el asunto de los helados. ¡Oh, qué problema tengo con los helados! Me gustan los helados. Si es posible ser adicto a los helados, entonces debo ser clasificado como un "heladoadicto". Peso al menos siete kilos de más y estoy seguro de que al menos diez de los kilos que pesa mi cuerpo están ahí debido a los helados. Los helados prueban en mí los adagios: "Un segundo saboreando, y una vida lamentando", y: "Los que mucho comen peso ponen". Debido a los helados tengo que comprar las camisas abolsadas.

Ahora bien, en igualdad de circunstancias, me gustaría tener un cuerpo delgado y esbelto. No me gusta que me queden estrechos los trajes y que las viejecitas me den palmaditas en el estómago. Dar palmaditas en el estómago parece una tentación irresistible para algunas personas. Sé que debo librarme de esos kilos de más. Tengo que dejar de comer helados. Así pues, me pongo a dieta. Me pongo a dieta porque quiero ponerme a dieta. Quiero perder peso. Deseo mejorar mi apariencia. Todo va bien hasta que alguien me invita a ir a Swenson's. Swenson's hace los mejores superhelados del mundo. Sé que no debería ir a Swenson's. Pero me gusta ir a Swenson's. Cuando llega el momento de la decisión, me veo enfrentado con deseos conflictivos. Tengo deseos de estar delgado y tengo deseos de tomar helados. Cualquiera de los deseos que sea más fuerte al tiempo de la decisión es el deseo que escogeré. Es así de sencillo.

Consideremos ahora a mi esposa. Al prepararnos para celebrar nuestras bodas de plata, me doy cuenta de que ella tiene exactamente el mismo peso que tenía el día que nos casamos. Su vestido de novia aún le queda perfectamente. No tiene grandes problemas con los helados. La mayoría de las heladerías sólo disponen de helados de vainilla, chocolate y fresas. Cualquiera de estos sabores hace que se me vuelva la boca agua, pero no suponen tentación alguna para mi esposa. ¡Ah! Pero ahí está Baskin Robbins. Ahí tienen nueces confitadas y helados de nata. Cuando vamos de paseo y pasamos por Baskin Robbins, a mi mujer le ocurre una extraña transformación. Aminora el paso, las manos se le vuelven pegajosas y casi puedo detectar el comienzo de la salivación. (Digo salivación, no salvación.) Ella experimenta ahora el conflicto de deseos que me asaltan a mí diariamente.

Siempre escogemos según nuestras inclinaciones más fuertes en el momento. Aun los actos externos de represión no pueden quitarnos totalmente la libertad. La represión implica actuar con algún tipo de fuerza, imponiendo elecciones a las personas que, por su propia cuenta, no harían. Ciertamente, no siento deseo alguno de pagar el tipo de impuestos que el gobierno me hace pagar. Puedo rehusar pagarlos, pero las consecuencias son menos deseables que pagarlos. Amenazándome con la cárcel, el gobierno puede imponerme su voluntad para que pague los impuestos.

O consideremos el caso de un robo a mano armada. Un hombre armado se me acerca y dice: "La bolsa o la vida." Con esto ha

reducido mis opciones simplemente a dos. En igualdad de circunstancias, no tendría ningún deseo de donarle mi dinero. Existen instituciones benéficas mucho más dignas que él. Pero, de repente, mis deseos han cambiado como resultado de la presión externa que ha ejercido sobre mí. Está utilizando la fuerza para provocar ciertos deseos dentro de mí. Ahora debo escoger entre mi deseo de vivir y mi deseo de darle mi dinero. Lo mejor sería darle el dinero, porque si me mata, se llevará mi dinero en cualquier caso. Algunos rehusarían, diciendo: "Prefiero morir antes que escoger entregar mi dinero a este hombre armado. Tendrá que tomarlo de mi cadáver."

En cualquier caso, se hace una elección. Y se hace según la inclinación más fuerte en ese momento. Piensa, si puedes, en alguna elección que hayas hecho jamás que no fuese según la inclinación más fuerte que tuvieras en el momento de la decisión. ¿Qué del pecado? Todo cristiano tiene algún deseo en su corazón de obedecer a Cristo. Amamos a Cristo y queremos agradarle. Sin embargo, todo cristiano peca. La cruda verdad es que en el momento de nuestro pecado deseamos el pecado más fuertemente de lo que deseamos obedecer a Cristo. Si siempre deseáramos obedecer a Cristo más que lo que deseamos pecar, nunca pecaríamos.

¿No enseña una cosa diferente el apóstol Pablo? ¿No nos relata una situación en la que él actúa contra sus deseos? Dice en Romanos: "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago" (Ro. 7:19). Aquí parece como si, bajo la inspiración de Dios el Espíritu Santo, Pablo está enseñando claramente que hay ocasiones en las que actúa contra su más fuerte inclinación.

Es extremadamente improbable que el apóstol nos esté dando aquí una revelación acerca de la actuación técnica de la voluntad. Por el contrario, está afirmando claramente lo que todos nosotros hemos experimentado. Todos tenemos deseos de huir del pecado. El síndrome de "en igualdad de circunstancias" está aquí en perspectiva. En igualdad de circunstancias, desearía ser perfecto. Querría librarme del pecado, exactamente como me gustaría librarme de mi exceso de peso. Pero mis deseos no permanecen constantes. Fluctúan. Cuando tengo el estómago lleno, es fácil seguir una dieta. Cuando tengo el estómago vacío, mi nivel de deseos cambia. Las tentaciones surgen con el cambio de mis deseos y apetitos. Entonces hago cosas que, en circunstancias normales, no querría hacer.

Pablo nos expone el conflicto tan real de los deseos humanos, deseos que resultan en malas elecciones. El cristiano vive en un campo de batalla de deseos conflictivos. El crecimiento cristiano implica el fortalecimiento de los deseos de agradar a Cristo acompañado del debilitamiento de los deseos de pecar. Pablo lo llamaba la lucha entre la carne y el Espíritu.

Decir que siempre escogemos según nuestra inclinación más fuerte en el momento es decir que siempre escogemos lo que queremos. En el momento mismo de la elección, estamos libres y autodeterminados. Estar autodeterminado no es lo mismo que determinismo. El determinismo significa que estamos forzados o presionados a hacer cosas por fuerzas externas. Las fuerzas externas pueden, como hemos visto, limitar severamente nuestras opciones, pero no pueden destruir la elección completamente. No pueden imponer delicia en cosas que odiamos. Cuando eso ocurre, cuando el odio se vuelve una delicia, es cuestión de persuasión, no de presión. No puedo ser forzado a hacer aquello que ya me produce deleite hacer.

La idea neutral del libre albedrío es imposible. Implica elección sin deseo. Es como tener un efecto sin una causa. Es algo que procede de nada, lo cual es irracional. La Biblia deja claro que escogemos por causa de nuestros deseos. Un deseo inicuo produce elecciones inicuas y acciones inicuas. Un deseo piadoso produce hechos piadosos. Jesús habló en términos de árboles malos produciendo frutos malos. Una higuera no produce manzanas, y un manzano no produce higos. Así también, los deseos rectos producen elecciones rectas, y los malos deseos producen elecciones malas.

Capacidad moral y natural

Jonathan Edwards hizo otra distinción que sirve para entender el concepto bíblico del libre albedrío. El distinguía entre *capacidad natural* y *capacidad moral*. La capacidad natural tiene que ver con los poderes que recibimos como seres humanos naturales. Como ser humano, tengo la capacidad natural de pensar, andar, hablar, ver, oír y, sobre todo, hacer elecciones. Yo carezco de ciertas capacidades naturales. Otras criaturas pueden poseer la capacidad de volar sin la ayuda de máquinas. Yo no tengo esa capacidad natural. Podría desear elevarme en el aire como Superman, pero no tengo esa

capacidad. La razón por la que no puedo volar no es debida a una deficiencia moral en mi carácter, sino porque mi Creador no me ha dado el equipamiento natural necesario para volar. No tengo alas.

La voluntad es una capacidad natural que nos ha sido dada por Dios. Tenemos todas las facultades naturales necesarias para hacer elecciones. Tenemos una mente y tenemos una voluntad. Tenemos la capacidad natural de escoger lo que deseamos. ¿Cuál es, pues, nuestro problema? Según la Biblia, la localización de nuestro problema está clara. Está en la naturaleza de nuestros deseos. Este es el punto focal de nuestra condición caída. La Escritura declara que el corazón del hombre caído abriga continuamente deseos que son solamente inicuos (Gn. 6:5).

La Biblia tiene mucho que decir acerca del corazón del hombre. En la Escritura, el corazón se refiere no tanto a un órgano que bombea la sangre a través del cuerpo como al centro del alma, el asiento más profundo de los afectos humanos. Jesús vio una estrecha relación entre la ubicación de los tesoros del hombre y los deseos de su corazón. Encuentra el mapa del tesoro de un hombre, y tendrás el camino a su corazón.

Edwards declaraba que el problema del hombre con respecto al pecado reside en su capacidad moral, o carencia de la misma. Antes que una persona pueda hacer una elección que sea agradable a Dios, debe tener primero el deseo de agradar a Dios. Antes que podamos encontrar a Dios, debemos tener primero el deseo de buscarle. Antes que podamos escoger el bien, debemos tener primero un deseo hacia el bien. Antes que podamos escoger a Cristo, debemos tener primero un deseo hacia Cristo. La esencia de todo el debate sobre la predestinación consiste plenamente en este punto: ¿Tiene el hombre caído, en y por sí mismo, un deseo natural por Cristo?

Edwards responde a esta pregunta con un enfático "¡no!" Insiste que, en la Caída, el hombre perdió su deseo original hacia Dios. Cuando perdió ese deseo, algo ocurrió con su libertad. Perdió la capacidad moral de escoger a Cristo. Para escoger a Cristo, el pecador debe tener primero un deseo de escoger a Cristo. O bien tiene ya ese deseo dentro de sí, o debe recibir ese deseo de Dios. Edwards y todos los que abrazan la idea reformada de la predestinación están de acuerdo en que, si Dios no planta ese deseo en el corazón humano, nadie, por sí mismo, escogerá jamás libremente a Cristo. Los seres humanos rechazarán el Evangelio siempre y en todo lugar, precisamente porque no desean el

Evangelio. Rechazarán a Cristo siempre y en todo lugar, porque no desean a Cristo. Rechazarán libremente a Cristo en el sentido de que actuarán conforme a sus deseos.

En este momento no estoy tratando de probar la verdad de la idea de Edwards. Hacer eso requiere una observación detenida del punto de vista bíblico de la capacidad o incapacidad moral del hombre. Haremos esto posteriormente. Debemos también responder la pregunta: "Si el hombre carece de capacidad moral para escoger a Cristo, ¿cómo puede Dios jamás hacerle responsable de escoger a Cristo? Si el hombre nace en un estado de incapacidad moral, sin deseo alguno por Cristo, ¿no tiene entonces Dios la culpa de que los hombres no escojan a Cristo? Una vez más ruego al lector que tenga paciencia, con la promesa de que consideraré pronto estas importantes cuestiones.

La idea de san Agustín acerca de la libertad

Al igual que Edwards hizo una distinción crucial entre la capacidad natural y la capacidad moral, así también Agustín, antes que él, hizo una distinción similar. Agustín encaró el problema diciendo que el hombre caído tiene *libre albedrío*, pero carece de *libertad*. A primera vista, parece una extraña distinción. ¿Cómo puede alguien tener libre albedrío y, sin embargo, no tener libertad?

Agustín estaba yendo a parar a lo mismo que Edwards. El hombre caído no ha perdido su capacidad para hacer elecciones. El pecador es capaz aún de escoger lo que quiere; puede actuar aún según sus deseos. Sin embargo, debido a que sus deseos son corruptos, no tiene la libertad real de los que son liberados para justicia. El hombre caído se halla en un grave estado de esclavitud moral. Ese estado de esclavitud se llama *pecado original*.

El pecado original es un tema muy difícil que prácticamente toda denominación cristiana ha tenido que afrontar. La Caída del hombre se enseña tan claramente en la Escritura que no podemos construir una idea del hombre sin tomarla en consideración. Hay pocos cristianos, si es que los hay, que argumenten que el hombre no está caído. Sin reconocer que estamos caídos, no podemos reconocer que somos pecadores. Si no reconocemos que sonmos pecadores, difícilmente podemos acudir a Cristo como nuestro Salvador. Admitir nuestra condición caída es un requisito previo para ir a Cristo.

Es posible admitir que estamos caídos sin abrazar alguna doctrina del pecado original, pero sólo con severas dificultades en el proceso. No es por accidente que casi todos los colectivos cristianos han formulado alguna doctrina del pecado original.

En este punto hay multitudes de cristianos que están en desacuerdo. Estamos de acuerdo en que debemos tener una doctrina del pecado original, pero aún hay mucho desacuerdo en cuanto al concepto del pecado original y su extensión.

Comencemos afirmando lo que no es el pecado original. El pecado original no es el primer pecado. El pecado original no se refiere específicamente al pecado de Adán y Eva. El pecado original se refiere al *resultado* del pecado de Adán y Eva. El pecado original es el castigo dado por Dios al primer pecado. Es más o menos lo siguiente: Adán y Eva pecaron. Ese es el primer pecado. Como resultado de su pecado, la humanidad se hundió en la ruina moral. La naturaleza humana sufrió una caída moral. Las cosas cambiaron para nosotros después de cometerse el primer pecado. La raza humana se volvió corrupta. Esta corrupción subsiguiente es lo que la Iglesia llama pecado original.

El pecado original no es un acto pecaminoso específico. Es una *condición* de pecado. El pecado original se refiere a una naturaleza de pecado, de la cual fluyen actos pecaminosos en particular. Es decir, cometemos pecados porque está en nuestra naturaleza pecar. El pecar no estaba en la naturaleza original del hombre, pero, tras la Caída, su naturaleza moral cambió. Ahora, debido al pecado original, tenemos una naturaleza caída y corrupta.

El hombre caído, como declara la Biblia, nace en pecado. Está "bajo" el pecado. Por naturaleza somos hijos de ira. No nacemos en un estado de inocencia.

John Gerstner fue invitado una vez a predicar en una iglesia local presbiteriana. Fue saludado en la puerta por los ancianos de la iglesia, quienes explicaron que el orden de culto para el día incluía la administración del sacramento del bautismo infantil. El Dr. Gerstner accedió a realizar el culto. Entonces uno de los ancianos explicó una tradición especial de la iglesia. Pidió al Dr. Gerstner que presentara una rosa blanca a cada uno de los padres del niño antes del bautismo. El Dr. Gerstner inquirió acerca del significado de la rosa blanca. El anciano respondió: "Presentamos la rosa blanca como símbolo de la inocencia del niño delante de Dios."

"Ya veo", respondió el Dr. Gerstner. "¿Y qué simboliza el agua?"

Imagínate la consternación del anciano cuando trató de explicar el propósito simbólico de lavar el pecado de bebés inocentes. La confusión de esta congregación no es única. Cuando reconocemos que los infantes no son culpables de cometer actos específicos de pecado, es fácil precipitarse a la conclusión de que, por tanto, son inocentes. Este es un gran salto teológico hacia un montón de espadas. Aunque el infante es inocente de actos específicos de pecado, aún es culpable del pecado original.

Para entender la idea reformada de la predestinación, es absolutamente necesario entender la idea reformada del pecado original. Los dos asuntos están en pie o caen (no pretendo hacer un juego de palabras) juntos.

La idea reformada sigue el pensamiento de Agustín. Agustín explica el estado de Adán antes de la Caída y el estado de la humanidad tras la Caída. Antes de la Caída, Adán gozaba de dos posibilidades: tenía la capacidad de pecar y la capacidad de no pecar. Tras la Caída, Adán tenía la capacidad de pecar y la incapacidad de no pecar. La idea de la "incapacidad de no" nos resulta un poco confusa, porque en español es una doble negación. La fórmula latina de Agustín era *non posse non peccare*. Expresado de otra manera, significa que, tras la Caída, el hombre era moralmente incapaz de vivir sin pecado. La capacidad de vivir sin pecado se perdió en la Caída. Esta incapacidad moral es la esencia de lo que llamamos pecado original.

Cuando nacemos de nuevo, se alivia nuestra esclavitud al pecado. Después de ser vivificados en Cristo, tenemos una vez más la capacidad de pecar y la capacidad de no pecar. En el cielo tendremos la incapacidad de pecar.

Observemos esto con un diagrama:

el hombre antes de la caída	*el hombre tras la caída*
capaz de pecar	capaz de pecar
capaz de no pecar	incapaz de no pecar

el hombre nacido de nuevo	*el hombre glorificado*
capaz de pecar	capaz de no pecar
capaz de no pecar	incapaz de pecar

El diagrama muestra que el hombre antes de la Caída, tras la Caída y después de nacer de nuevo es capaz de pecar. Antes de la Caída es capaz de no pecar. Esta capacidad, la capacidad de no pecar, está perdida en la Caída. Se restaura cuando una persona nace de nuevo y continúa en el cielo. En la creación, el hombre no sufría una incapacidad moral. La incapacidad moral es un resultado de la Caída. Para expresarlo de otra manera: antes de la Caída, el hombre era capaz de refrenarse de pecar; después de la Caída el hombre ya no era capaz de refrenarse de pecar. Eso es lo que llamamos el pecado original. Esta incapacidad moral o esclavitud moral es vencida por el nuevo nacimiento espiritual. El nuevo nacimiento nos libera del pecado original. Antes del nuevo nacimiento, aún tenemos una voluntad libre, pero no tenemos esta liberación del poder del pecado, lo que Agustín llamaba "libertad".

La persona que nace de nuevo puede aún pecar. La capacidad de pecar no es eliminada hasta que seamos glorificados en el cielo. Tenemos la capacidad de pecar, pero ya no estamos bajo la esclavitud del pecado original. Hemos sido liberados. Esto, por supuesto, no significa que ahora vivamos vidas perfectas. Aún pecamos. Pero nunca podemos decir que pecamos debido a que eso es lo único que nuestras naturalezas caídas tienen la capacidad de hacer.

La idea de Jesús acerca de la capacidad moral

Hemos bosquejado brevemente las ideas de Jonathan Edwards y san Agustín acerca del tema de la incapacidad moral. Pienso que son útiles, y también estoy persuadido que son correctas. Sin embargo, a pesar de su autoridad como grandes teólogos, ninguno de ellos puede demandar de nosotros nuestra sumisión absoluta a su enseñanza. Ambos son falibles. Para el cristiano, la enseñanza de Jesús es otro asunto. Para nosotros, y para cualquier otro también, si Jesús es ciertamente el Hijo de Dios, la enseñanza de Jesús debe

ligar nuestras conciencias. Su enseñanza acerca de la cuestión de la capacidad moral del hombre es definitiva.

Una de las enseñanzas más importantes de Jesús acerca de este asunto se encuentra en el Evangelio de Juan. "Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre" (Jn. 6:65).

Observemos atentamente este versículo. El primer elemento de esta enseñanza es una *negación universal*. La palabra "ninguno" incluye a todos. No permite excepción alguna aparte de las excepciones que añade Jesús. La siguiente palabra es crucial. Es la palabra *puede*. Esto tiene que ver con capacidad, no con permiso.

En este pasaje, Jesús no está diciendo: "A nadie se le permite venir a mí..." Está diciendo: "Ninguno es *capaz* de venir a mí..."

La siguiente palabra en el pasaje es también vital. "Si no" se refiere a lo que llamamos una *condición necesaria*. Una condición necesaria se refiere a algo que debe ocurrir antes que pueda ocurrir otra cosa.

El significado de las palabras de Jesús es claro. No es posible que un ser humano venga a Cristo si no ocurre algo que haga posible que venga. Esa condición necesaria Jesús declara ser: "le fuere dado del Padre." Jesús está diciendo aquí que la capacidad para ir a Él es un don de Dios. El hombre no tiene la capacidad, en y por sí mismo, de ir a Cristo. Dios debe hacer algo antes.

El pasaje enseña esto al menos: no está dentro de la capacidad natural del hombre caído el ir a Cristo por sí mismo, sin alguna clase de asistencia divina. Hasta aquí, al menos, Edwards y Agustín están totalmente de acuerdo con la enseñanza de nuestro Señor. La cuestión que permanece aún es ésta: ¿Da Dios la capacidad de ir a Jesús a todos los hombres? La idea reformada de la predestinación dice que no. Algunas otras ideas acerca de la predestinación dicen que sí. Pero una cosa es cierta; el hombre no puede hacerlo por sus propias fuerzas sin alguna clase de ayuda por parte de Dios.

¿Qué clase de ayuda se requiere? ¿Hasta dónde debe ir Dios para vencer nuestra incapacidad natural para ir a Cristo? Encontramos una pista en otro lugar del mismo capítulo. En efecto, hay otras dos afirmaciones hechas por Jesús que hacen referencia directamente a esta cuestión.

Un poco antes en el capítulo 6 del Evangelio de Juan, Jesús hace una afirmación similar. Dice: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn. 6:44). La palabra clave aquí es

trajere. ¿Qué significa que el Padre traiga a las personas a Cristo? He oído a menudo explicar este texto diciendo que el Padre debe galantear o seducir a los hombres para llevarlos a Cristo. A menos que este galanteo tenga lugar, nadie irá a Cristo. Sin embargo, el hombre tiene la capacidad de resistir este galanteo y rehusar la seducción. El galanteo, si bien es necesario, no es compulsivo. En el lenguaje filosófico, esto significaría que la tracción de Dios es una condición necesaria pero no una condición suficiente para llevar a los hombres a Cristo. En lenguaje más sencillo, significa que no podemos ir a Cristo sin el galanteo, pero que el galanteo no garantiza que, en realidad, vayamos a Cristo.

Estoy persuadido de que la explicación anterior, que está tan extendida, es incorrecta. Hace violencia al texto de la Escritura, particularmente al significado bíblico de la palabra *traer*. La palabra griega que se utiliza es *elko*. El *Theological Dictionary of the New Testament* de Kittel la define diciendo que significa compeler mediante superioridad irresistible. Lingüística y lexicográficamente, la palabra significa "compeler".

Compeler es un concepto mucho más fuerte que galantear. Para ver esto más claramente, observemos por un momento otros dos pasajes en el Nuevo Testamento donde se utiliza la misma palabra griega. En Santiago 2:6 leemos: "Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales?" Adivina qué palabra en este pasaje es la misma palabra griega que en otro lugar se traduce por la palabra española *traer*. Es la palabra *arrastran*. Reemplacemos ahora la palabra *galantear* en el texto. Entonces se leería de la siguiente manera: "¿No os oprimen los ricos y no son ellos los mismos que os *galantean* a los tribunales?"

La misma palabra ocurre en Hechos 16:19. "Viendo sus amos que había desaparecido la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas, y los arrastraron hasta la plaza pública, ante las autoridades" (RVR 77). Una vez más, intenta sustituir la palabra galantear por la palabra arrastrar. Pablo y Silas no fueron arrestados y luego galanteados para que fuesen a la plaza.

En cierta ocasión se me pidió debatir la doctrina de la predestinación en un foro público en un seminario arminiano. Mi oponente era el titular del departamento de Nuevo Testamento del seminario. En un punto crucial en el debate fijamos nuestra atención en el pasaje acerca del Padre trayendo a la gente. Mi oponente fue el que sacó a colación el pasaje como texto de prueba para apoyar su pretensión de que Dios nunca fuerza o compele a nadie a ir a Cristo. Insistía que la influencia divina sobre el hombre caído estaba restringida a traer, lo cual interpretaba como queriendo decir galantear.

En ese punto del debate le remití rápidamente a Kittel y a los otros pasajes en el Nuevo Testamento que traducen la palabra *arrastrar*. Estaba seguro de haberle puesto en un aprieto. Estaba seguro de que se había metido en una dificultad insoluble para su propia posición. Pero me sorprendió. Me tomó completamente descuidado. Nunca olvidaré aquel momento angustioso cuando citó una referencia de un oscuro poeta griego en el cual se utilizaba la misma palabra griega para describir la acción de sacar agua de un pozo. Me miró y dijo: "Bueno, profesor Sproul, ¿arrastra uno agua de un pozo?" Instantáneamente, la audiencia soltó una carcajada ante esta sorprendente revelación del significado alternativo de la palabra griega. Me quedé parado con cara de tonto. Cuando cesaron las carcajadas respondí: "No, señor. Debo admitir que no arrastramos agua de un pozo. Pero ¿cómo sacamos el agua de un pozo? ¿La galanteamos? ¿Nos podemos de pie encima del pozo y gritamos: 'Aquí, agua, agua, agua'?" Es tan necesario que Dios venga a nuestros corazones para volvernos a Cristo como lo es para nosotros poner el cubo en el agua y sacarlo si queremos beber algo. El agua, simplemente, no viene por sí misma, respondiendo a una mera invitación externa.

Cruciales como son estos pasajes del Evangelio de Juan, no sobrepasan en importancia otra enseñanza de Jesús en el mismo Evangelio con respecto a la incapacidad moral del hombre. Estoy pensando en la famosa conversación que Jesús tuvo con Nicodemo en Juan 3. Jesús dijo a Nicodemo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn. 3:3). Dos versículos después, Jesús repite la enseñanza: "De cierto, de cierto te digo, que el no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios."

Nos encontramos aquí con la frase clave *el que no*. Jesús está expresando enfáticamente una condición previa necesaria para la capacidad de cualquier ser humano de ver el reino de Dios y entrar en él. Esa enfática condición previa es el nuevo nacimiento espiritual. La idea reformada de la predestinación enseña que antes que una persona pueda escoger a Cristo, su corazón debe ser

transformado. Debe nacer de nuevo. Las ideas no reformadas dicen que las personas caídas escogen primero a Cristo y luego nacen de nuevo. Aquí encontramos personas no regeneradas viendo el reino de Dios y entrando en él. En el momento en que una persona recibe a Cristo está en el reino. No se trata de creer primero, luego nacer de nuevo y después ser introducido en el reino. ¿Cómo puede alguien escoger un reino que no puede ver? ¿Cómo puede alguien entrar en el reino sin nacer de nuevo primero? Jesús estaba indicando la necesidad que tenía Nicodemo de nacer del Espíritu. El estaba aún en la carne. La carne sólo produce carne. La carne, dijo Jesús, para nada aprovecha. Como argüía Lutero: "Eso no significa un poco de algo." Las ideas no reformadas dicen que las personas responden a Cristo sin haber nacido de nuevo. Están aún en la carne. Para las ideas no reformadas, la carne no sólo aprovecha para algo, aprovecha para lo más importante que una persona puede jamás obtener: la entrada en el reino creyendo en Cristo. Si una persona que está aún en la carne, que aún no ha nacido de nuevo por el poder del Espíritu Santo, puede inclinarse o disponerse hacia Cristo, ¿qué bien reporta el nuevo nacimiento? Este es el defecto fatal de las ideas no reformadas. No toman en serio la incapacidad moral del hombre, la impotencia moral de la carne.

Un punto cardinal de la teología reformada es la máxima: "La regeneración precede a la fe." Nuestra naturaleza está tan corrompida, el poder del pecado es tan grande, que a menos que Dios haga una obra sobrenatural en nuestras almas, nunca escogeremos a Cristo. No creemos con objeto de nacer de nuevo; nacemos de nuevo con objeto de poder creer.

Es irónico que en el mismo capítulo, ciertamente en el mismo contexto, en el cual nuestro Señor enseña la absoluta necesidad del nuevo nacimiento para ver siquiera el reino, no digamos para escogerlo, las ideas no reformadas encuentran uno de sus principales textos de prueba para argumentar que el hombre caído retiene una pequeña isla de capacidad para escoger a Cristo. Es Juan 3:16: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

¿Qué enseña este famoso versículo acerca de la capacidad del hombre caído para escoger a Cristo? La respuesta, simplemente, es *nada*. El argumento utilizado por los no reformados es que el texto enseña que toda persona en el mundo tiene capacidad para aceptar

o rechazar a Cristo. Una cuidadosa observación del texto revela, sin embargo, que nada enseña al respecto. Lo que el texto enseña es que todo aquel que cree en Cristo será salvo. El que haga A (crea) recibirá B (vida eterna). El texto nada dice, absolutamente nada, acerca de quiénes creerán jamás. Nada dice acerca de la capacidad natural y moral del hombre caído. Los reformados y los no reformados están ambos sinceramente de acuerdo en que todos los que creen serán salvos. Están sinceramente en desacuerdo acerca de quién tiene la capacidad de creer.

Algunos pueden responder: "Bien. El texto no enseña *explícitamente* que los hombres caídos tengan la capacidad de escoger a Cristo sin haber nacido de nuevo primero, pero ciertamente lo *implica*." No estoy dispuesto a conceder que el texto ni aun implique tal cosa. Sin embargo, aun en ese caso no haría ninguna diferencia en el debate. ¿Por qué no? Nuestra regla para interpretar la Escritura es que las implicaciones sacadas de la Escritura deben subordinarse siempre a la enseñanza explícita de la Escritura. Nunca, nunca, nunca debemos trastocar esto para subordinar la enseñanza explícita de la Escritura a posibles implicaciones sacadas de la Escritura. Esta regla es compartida tanto por los pensadores reformados como por los no reformados.

Si Juan 3:16 implicara una capacidad humana universal y natural de los hombres caídos para escoger a Cristo, entonces esa implicación sería eliminada por la enseñanza explícita de Jesús en sentido contrario. Hemos mostrado ya que Jesús enseñó de forma explícita y taxativa que nadie tiene la capacidad de ir a El sin que Dios haga algo para darle esa capacidad, es decir, traerle.

El hombre caído es carne. En la carne, nada puede hacer para agradar a Dios. Pablo declara: "Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco *pueden*; y los que viven según la carne no *pueden* agradar a Dios" (Ro. 8:7,8).

Preguntamos, pues: "¿Quiénes son los que viven 'según la carne'?" Pablo continúa declarando: "Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros" (Ro. 8:9). La palabra crucial aquí es *si*. Lo que distingue a los que viven según la carne de los que no viven según la carne es la morada del Espíritu Santo. Dios el Espíritu Santo no mora en nadie que no haya nacido de nuevo. Los que viven según la carne no han nacido de nuevo. A menos que nazcan de nuevo primero, nazcan

del Espíritu Santo, no pueden someterse a la ley de Dios. No pueden agradar a Dios.

Dios nos manda creer en Cristo. El se agrada en aquellos que escogen a Cristo. Si los no regenerados pudieran escoger a Cristo, entonces podrían someterse, al menos, a uno de los mandatos de Dios y podrían, al menos, hacer algo que es agradable a Dios. Si eso es así, entonces el apóstol ha errado aquí al insistir que los que viven según la carne no pueden someterse a Dios ni agradarle.

Concluimos que el hombre caído es aún libre de escoger lo que desee, pero debido a que sus deseos son solamente inicuos, carece de la capacidad moral para ir a Cristo. Tanto en cuanto permanezca en la carne, sin regenerar, nunca escogerá a Cristo. No puede escoger a Cristo precisamente porque no puede actuar contra su propia voluntad. No siente ningún deseo por Cristo. No puede escoger lo que no desea. Su caída es grande. Es tan grande que sólo la gracia eficaz de Dios obrando en su corazón puede llevarle a la fe.

Resumen del capítulo 3

1. Al libre albedrío se le define como "la capacidad de hacer elecciones según nuestros deseos".

2. El concepto de un "libre albedrío neutral", una voluntad sin disposición o inclinación previa, es una idea falsa del libre albedrío. Es tanto irracional como antibíblica.

3. El verdadero libre albedrío implica una especie de autodeterminación, que difiere de la presión procedente de una fuerza externa.

4. Luchamos con las elecciones, en parte porque vivimos con deseos conflictivos y cambiantes.

5. El hombre caído tiene la capacidad natural de hacer elecciones, pero carece de la capacidad moral para hacer elecciones piadosas.

6 El hombre caído, como dijo san Agustín, tiene "libre albedrío" pero carece de "libertad".

7. El pecado original no es el primer pecado, sino la condición pecaminosa que es el *resultado* del pecado de Adán y Eva.

8. El hombre caído es "incapaz de no pecar".

9. Jesús enseñó que el hombre es incapaz de ir a El sin ayuda divina.

10. Antes que una persona pueda jamás escoger a Jesús, debe primero nacer de nuevo.

4.
La Caída de Adán y la mía

Otra difícil cuestión que rodea la doctrina de la predestinación es la cuestión de cómo puede heredarse de Adán nuestra naturaleza pecaminosa. Si nacemos con una naturaleza caída, si nacemos en pecado, si nacemos en un estado de incapacidad moral, ¿cómo puede Dios hacernos responsables de nuestros pecados? Recordamos que el pecado original no se refiere al primer pecado, sino al resultado de ese primer pecado. Las Escrituras hablan repetidamente de la entrada del pecado y la muerte en el mundo a través de "la transgresión de uno". Como resultado del pecado de Adán, todos los hombres son ahora pecadores. La Caída fue grande. Tuvo repercusiones radicales para toda la raza humana.

Ha habido muchos intentos para explicar la relación de la Caída de Adán con el resto de la humanidad. Algunas de las teorías presentadas son bastante complejas e imaginativas. Tres teorías, sin embargo, han surgido de la lista como las más ampliamente aceptadas. La primera de ellas la llamaré la Teoría Mítica de la Caída.

La teoría mítica de la Caída

La teoría mítica de la Caída, como sugiere el nombre, sostiene que no hubo una Caída histórica de hecho. A Adán y Eva no se les considera personas históricas. Son símbolos mitológicos descritos para explicar o representar el problema de la corrupción del hombre. La historia de la Caída en la Biblia es una especie de parábola; enseña una lección moral.

Según esta teoría, los primeros capítulos del Génesis son mitológicos. Jamás hubo un Adán; nunca hubo una Eva. La estructura misma de la historia sugiere una parábola o un mito porque incluye elementos tales como una serpiente que habla y objetos tan obviamente simbólicos como el árbol del conocimiento del bien y del mal.

La verdad moral comunicada por el mito es que la gente cayó en el pecado. El pecado es un problema universal. Todos cometen pecado; nadie es perfecto. El mito indica una realidad más elevada: cada uno es su propio Adán. Toda persona tiene su propia caída particular. El pecado es una condición humana universal precisamente porque toda persona sucumbe a su propia tentación particular.

Los atractivos elementos de esta teoría son importantes. En primer lugar, esta idea absuelve a Dios totalmente de cualquier responsabilidad de hacer responsables a las futuras generaciones por lo que hizo una pareja. Aquí nadie puede culpar a sus padres o a su Creador por su propio pecado. Según este planteamiento, mi condición caída es un resultado directo de mi propia caída, no de la de otro.

Una segunda ventaja de esta idea es que esquiva toda necesidad de defender el carácter histórico de los primeros capítulos de la Biblia. Esta idea no sufre ansiedad alguna por parte de ciertas teorías de la evolución o de disputas científicas acerca de la naturaleza de la creación. La verdad positiva de un mito nunca necesita ser defendida.

Las desventajas de esta idea, sin embargo, son más graves. Su fallo más crucial es que realmente nada ofrece con respecto a una explicación de la universalidad del pecado. Si cada uno de nosotros nace sin una naturaleza pecaminosa, ¿qué explicación damos a la universalidad del pecado? Si cuatro mil millones de personas nacieran sin inclinación a pecar, sin corrupción en su naturaleza, podríamos esperar razonablemente que al menos algunas de ellas se refrenaran de caer. Si nuestro estado moral natural es de inocente neutralidad, esperaríamos estadísticamente que la mitad de la raza humana permaneciera perfecta. Admito que explicar la caída de una persona inocente presenta un enorme problema intelectual. Pero cuando multiplicamos esa dificultad por los miles de millones de personas que han caído, el problema se vuelve varios miles de millones de veces más difícil. También admitimos que si una

persona creada a la imagen de Dios pudo caer, entonces es ciertamente posible que miles de millones puedan caer igualmente. Es la probabilidad estadística aquí la que resulta tan asombrosa. Cuando pensamos en la caída de una persona, eso es una cosa. Pero si todos lo hacen, sin excepción, entonces comenzamos a preguntarnos por qué. Comenzamos a preguntarnos si el estado natural del hombre es neutral en absoluto.

La respuesta general de los que abogan por la idea mítica es que la gente no nace universalmente en un medio ambiente idílico como el Edén. La sociedad es corrupta. Nacemos en un medio ambiente corrupto. Somos como el "salvaje inocente" de Rousseau, que es corrompido por las influencias negativas de la civilización.

Esta explicación demanda la cuestión: ¿Cómo se volvió corrupta la sociedad o la civilización en primer lugar? Si todos nacen inocentes, sin traza alguna de corrupción personal, esperaríamos encontrar sociedades que no fuesen más que medio corrompidas. Si las personas de la misma calaña se juntan, podríamos encontrar sociedades donde todas las personas corruptas se agruparan, y otras sociedades donde no existiera ninguna maldad. La sociedad no puede ser una influencia corruptora hasta que primero se vuelva corrupta ella misma. Para explicar la caída de una sociedad o civilización entera, debemos afrontar las dificultades que ya hemos indicado.

En otra de las famosas obras de Jonathan Edwards, su tratado sobre el pecado original, hace la importante observación de que debido a la universalidad del pecado del hombre, aun si la Biblia nada dijera acerca de una Caída original de la raza humana, la razón demandaría tal explicación. Nada clama más fuertemente acerca del hecho de que nacemos en un estado de corrupción que el hecho de que todos pecamos.

Otra cuestión espinosa que surge tiene que ver con la relación entre el pecado y la muerte. La Biblia deja claro que la muerte no es "natural" para el hombre. Esto es, se dice repetidamente que la muerte ha entrado en el mundo como resultado del pecado. Si eso es así, ¿qué explicación damos a la muerte de los infantes? Si todos los hombres nacen inocentes, sin corrupción innata, Dios sería injusto por permitir que bebés que aún no han caído muriesen.

La idea mitológica de la Caída debe afrontar también el hecho de que hace una violencia radical a la enseñanza de la Escritura. La idea hace algo más que interpretar meramente los primeros capítulos de

la Biblia como ficticios. Al hacerlo, la idea se sitúa en clara oposición a la idea del Nuevo Testamento acerca de la Caída. Requeriría una gimnasia intelectual de la más severa especie argüir que el apóstol Pablo no enseñó una Caída histórica. Los paralelos que él traza entre el primer Adán y el segundo Adán son demasiado fuertes para permitir esto, a menos que argumentemos que, en la mente de Pablo, Jesús fuese también un personaje mitológico.

Admitimos que el relato del Génesis acerca de la Caída contiene algunos elementos literarios inusuales. La presencia de un árbol que no sigue el modelo normal de árboles sigue ciertas figuras poéticas. Es correcto interpretar la poesía como poesía, y no como narración histórica. Por otra parte, existen fuertes elementos de literatura narrativa histórica en Génesis 3. La ubicación del Edén se sitúa en el capítulo 2 en medio de cuatro ríos, incluyendo el Pisón, el Gihón, el Hidekel (o Tigris) y el Eufrates.

Sabemos que las parábolas pueden enmarcarse en un contexto histórico real. Por ejemplo, la parábola del buen samaritano se enmarca en el contexto geográfico del camino a Jericó. Por tanto, la mera presencia de ríos históricos reales no demanda de forma absoluta que identifiquemos esta sección del Génesis como una narración histórica.

Existe otro elemento en el texto, sin embargo, que es más convincente. El relato de Adán y Eva contiene una genealogía significativa. Los romanos, con su afición a la mitología, pueden no tener dificultad en trazar su linaje hasta Rómulo y Remo; pero los judíos eran, sin duda, más escrupulosos acerca de tales asuntos. Los judíos tenían un fuerte compromiso con la historia real. A la luz de la inmensa diferencia entre la idea judía de la historia y la idea griega de la historia, es impensable que los judíos incluyeran personajes mitológicos en sus propias genealogías. En los escritos judíos, la presencia de una genealogía indica una narración histórica. Nótese que el historiador del Nuevo Testamento, Lucas, incluye a Adán en la genealogía de Jesús.

Es mucho más fácil explicar un árbol real sirviendo como punto focal de una prueba moral y, por lo mismo, siendo llamado un árbol del conocimiento del bien y el mal que lo es acomodar la genealogía a una parábola o un mito. Esto, por supuesto, podría hacerse si otros factores lo demandaran. Pero no existen tales factores. No hay una sana razón por la que no interpretemos Génesis 3 como narración histórica, y múltiples razones por las que no tratarlo como una

parábola o un mito. Tratarlo como historia es tratarlo como lo hicieron los judíos, incluyendo a Pablo y a Jesús. Tratarlo de otra manera está generalmente motivado por algún presupuesto contemporáneo que nada tiene que ver con la historia judía.

La idea realista de la Caída

¿Recuerdas aquella famosa serie televisiva titulada "El túnel del tiempo"? Llevaba a los espectadores, mediante la magia de la televisión, a escenas históricas famosas. Pero, en realidad, no se ha inventado aún ingenio electrónico alguno que nos haga retroceder en el tiempo. Vivimos en el presente. Nuestro único acceso al pasado es a través de los libros, los artefactos de la arqueología y nuestras memorias y las de otros.

Recuerdo haber enseñado un curso sobre la Biblia que incluía un breve estudio de los soldados romanos. Mencioné el estandarte romano que llevaba las iniciales SPQR. Pregunté si alguien sabía lo que aquellas letras significaban. Un querido amigo de unos setenta y tantos años exclamó: "*Senatus Populus Que Romanus*, 'El senado y el pueblo de Roma'." Sonreí a mi amigo y dije: "¡Eres el único en esta sala que es lo suficientemente viejo para recordar!"

Ninguno de nosotros es lo suficientemente viejo para conservar en la memoria imágenes de la caída de Adán. ¿O lo somos? La idea realista de la Caída propugna que somos lo suficientemente viejos para recordar la Caída. Debiéramos ser capaces de recordarla porque estábamos realmente allí.

El realismo no es un ejercicio en alguna especie de reencarnación. Por el contrario, el realismo es un intento serio de responder al problema de la Caída. El concepto clave es éste: no podemos ser considerados moralmente responsables por un pecado cometido por otro. Para ser responsables, debemos haber estado envueltos activamente de alguna manera en el pecado mismo. De alguna manera, debemos haber estado presentes en la Caída. *Realmente* presentes. De ahí el nombre *Realismo*.

La idea realista de la Caída demanda alguna clase de concepto de la preexistencia del alma humana. Esto es, antes de nacer, nuestras almas deben de haber existido ya. Estaban presentes con Adán en la Caída. Cayeron juntamente con Adán. El pecado de Adán no fue meramente un acto por nosotros; fue un acto *con* nosotros. Nosotros estábamos allí.

Esta teoría parece especulativa, quizá grotesca inclusive. Sus defensores, sin embargo, apelan a dos textos bíblicos clave como garantía de su idea. El primero se encuentra en Ezequiel 18:2-4:

¿Qué pensáis vosotros, los que usáis este refrán sobre la tierra de Israel, que dice: los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen la dentera? Vivo yo, dice el Señor Dios, que nunca más tendréis por qué usar este refrán en Israel. He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, ésa morirá.

Más adelante en este capítulo Ezequiel escribe:

Y si dijereis: ¿Por qué el hijo no llevará el pecado de su padre? Porque el hijo hizo según el derecho y la justicia, guardó todos mis estatutos y los cumplió, de cierto vivirá. El alma que pecare, ésa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él y la impiedad del impío será sobre él (Ez. 18:19,20).

Aquí el realista encuentra un texto definitivo para su argumento. Dios declara claramente que el hijo no ha de ser considerado culpable por los pecados de su padre. Esto parece presentar serias dificultades para toda la idea de que la gente caiga "en Adán".

El segundo texto clave para el realismo se encuentra en el libro de Hebreos en el Nuevo Testamento:

Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro (He. 7:9,10).

Este texto es parte de una larga disertación por parte del autor de Hebreos con respecto al papel de Cristo como nuestro Gran Sumo Sacerdote. El Nuevo Testamento declara que Jesús es tanto nuestro rey como nuestro sacerdote. Enfatiza el hecho de que Jesús pertenecía al linaje de Judá, a quien se había prometido la realeza del reino. Jesús era un hijo de David, que también era del linaje de Judá.

El sacerdocio del Antiguo Testamento no le fue dado a Judá, sino a los hijos de Leví. Los levitas constituían el linaje sacerdotal. Hablamos normalmente, por tanto, del sacerdocio levítico o del sacerdocio aarónico. Aarón era levita. Si esto es así, ¿cómo podía Jesús ser sacerdote, si no pertenecía al linaje de Leví?

Este problema preocupaba a algunos judíos de la antigüedad. El

autor de Hebreos argumenta que en el Antiguo Testamento se mencionaba otro sacerdocio, el sacerdocio de la misteriosa figura llamada Melquisedec. Se dice que Jesús era sacerdote según el orden de Melquisedec.

Esta larga porción de Hebreos no está satisfecha, sin embargo, meramente con probar que había otro sacerdocio en el Antiguo Testamento además del sacerdocio levítico. El punto principal del argumento aquí es que el sacerdocio de Melquisedec era superior al sacerdocio de Leví.

El autor de Hebreos relata un fragmento de la historia del Antiguo Testamento para probar este punto. Llama la atención al hecho de que Abraham pagó diezmos a Melquisedec, no Melquisedec a Abraham. Melquisedec también bendijo a Abraham; Abraham no bendijo a Melquisedec. La cuestión es ésta: en la relación entre Abraham y Melquisedec, fue Melquisedec quien sirvió de sacerdote, no Abraham.

El pensamiento clave para el judío se cita en el versículo 7: "Y sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor."

El autor de Hebreos continúa tejiendo el hilo de su argumento. Argumenta que, en efecto, el padre es superior al hijo. Eso significa que Abraham está por delante de Isaac en el orden patriarcal. A su vez, Isaac está por delante de Jacob, y Jacob por delante de sus hijos, incluyendo a su hijo Leví. Si desarrollamos esto, significa que Abraham es mayor que su bisnieto Leví.

Ahora bien, si Abraham es mayor que Leví y Abraham se subordinó a Melquisedec, entonces ello significa que el sacerdote Melquisedec es mayor que Leví y todo el linaje de Leví. La conclusión es clara. El sacerdocio de Melquisedec es un orden superior de sacerdocio que el sacerdocio levítico. Esto da una dignidad suprema al oficio sumosacerdotal de Cristo.

No era el principal interés del autor de Hebreos explicar el misterio de la Caída de Adán con todo esto. Sin embargo, dice algo de paso que los realistas cazan al vuelo para probar su teoría. Escribe que "en Abraham pagó el diezmo también Leví". Leví hizo esto mientras "aún estaba en los lomos de su padre".

Los realistas ven esta referencia a Leví haciendo algo antes aun de nacer como una prueba bíblica del concepto de la preexistencia del alma humana. Si Leví pudo pagar diezmos mientras estaba aún en los lomos de su padre, eso debe significar que Leví, en algún sentido, ya existía.

Este tratamiento de este pasaje de Hebreos demanda una cuestión. El texto no enseña explícitamente que Leví existiera o preexistiera realmente en los lomos de su padre. El texto mismo lo expresa con las palabras: "Por decirlo así". El texto no requiere que nos precipitemos a la conclusión de que Leví "realmente" preexistiera. Los realistas vienen a este texto armados con una teoría que no han encontrado en el texto, y luego imponen la teoría al texto.

El argumento basado en el texto de Ezequiel también pierde de vista la idea. Ezequiel no estaba pronunciando un discurso acerca de la Caída de Adán. No se considera aquí la Caída. Por el contrario, Ezequiel se está refiriendo a la excusa corriente que los hombres utilizan para sus pecados. Estos tratan de culpar a algún otro de sus propias malas acciones. Esa actividad humana ha continuado desde la Caída, pero eso es todo lo que este pasaje tiene que ver con la Caída. En la Caída, Eva culpó a la serpiente, y Adán culpó tanto a Dios como a Eva por su propio pecado. Dijo: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí" (Gn. 3:12).

Desde entonces, los hombres han tratado siempre de echarles a otros la culpa. Aun así, argumentan los realistas, se establece un principio en Ezequiel 18 que está relacionado con este asunto. El principio es que los hombres no han de ser considerados responsables por los pecados de otros.

Sin duda, se establece ese principio general en Ezequiel. Es un gran principio de la justicia de Dios. Sin embargo, no nos atrevemos a convertirlo en un principio absoluto. Si lo hacemos, entonces el texto de Ezequiel probaría demasiado. Probaría que la expiación de Cristo está fuera de lugar. Si es imposible que una persona pueda jamás ser castigada por los pecados de otra, entonces no tenemos Salvador alguno. Jesús fue castigado por nuestros pecados. Esa es la esencia misma del Evangelio. No sólo fue Jesús castigado por nuestros pecados, sino que su justicia es la base meritoria de nuestra justificación. Somos justificados por una justicia ajena, una justicia que no es nuestra. Si presionamos la afirmación de Ezequiel hasta un límite absoluto cuando leemos: "La justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él", entonces se nos deja como pecadores que deben justificarse a sí mismos. Eso nos pone a todos en un grave problema.

Sin duda, la Biblia habla de que Dios "visita" las iniquidades de la persona hasta la tercera y cuarta generación. Esto se refiere a las consecuencias del pecado. Un hijo pude sufrir las consecuencias del pecado de su padre, pero Dios no le hace *responsable* del pecado de su padre.

El principio de Ezequiel permite dos excepciones: la Cruz y la Caída. De alguna manera no nos importa la excepción de la Cruz. Es la Caída la que nos irrita. No nos importa que nuestra culpa se transfiera a Jesús o que su justicia se nos transfiera a nosotros; es el hecho de que se nos transfiera la culpa de Adán lo que nos hace aullar. Argumentamos que si la culpa de Adán nunca se nos hubiera transmitido, entonces la obra de Jesús nunca habría sido necesaria.

La idea federal o representativa de la Caída

Para la mayoría, la idea federal de la Caída ha sido la más popular entre los que abogan por la idea reformada de la predestinación. Esta idea enseña que Adán actuó como representante de toda la raza humana. Con la prueba que Dios puso ante Adán y Eva, El estaba probando a toda la humanidad. El nombre de Adán significa "hombre" o "humanidad". Adán fue el primer ser humano creado, está a la cabeza de la raza humana. Fue puesto en el huerto para actuar no por sí mismo, sino por todos sus futuros descendientes. Exactamente como un gobierno federal tiene un portavoz principal que es la cabeza de la nación, así Adán era la cabeza federal de la humanidad.

La idea principal del federalismo es que, cuando pecó Adán, pecó por todos nosotros. Su caída fue nuestra caída. Cuando Dios castigó a Adán quitándole su justicia original, todos nosotros fuimos igualmente castigados. La maldición de la Caída nos afecta a todos. No sólo fue Adán destinado a ganarse la vida con el sudor de su frente, sino que esto es cierto en cuanto a nosotros también. No sólo fue Eva destinada a tener dolor en el parto, sino que eso ha sido cierto en cuanto a las mujeres de todas las generaciones humanas. La serpiente ofensora en el huerto no fue el único miembro de su especie que fue maldecida con arrastrarse sobre su pecho.

Cuando fueron creados, a Adán y Eva se les dio dominio sobre toda la creación. Como resultado de su pecado, el mundo entero sufrió. Pablo nos dice:

Porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora (Ro. 8:20-22).

Toda la creación gime al esperar la plena redención del hombre. Cuando el hombre pecó, las repercusiones del pecado se sintieron a través de toda la gama del dominio del hombre. Debido al pecado de Adán, no sólo sufrimos nosotros, sino que los leones, los elefantes, las mariposas y los cachorros de perro también sufren. Ellos no pidieron tal sufrimiento. Fueron dañados por la caída de su amo.

Que sufrimos como resultado del pecado de Adán es algo que se enseña explícitamente en el Nuevo Testamento. En Romanos 5, por ejemplo, Pablo hace la siguiente observación:

"Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte" (v.12).

"Por la transgresión de aquel uno murieron los muchos" (v.15).

"Por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres" (v.18).

"Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores" (v.19).

No hay manera de evitar la enseñanza obvia de la Escritura en cuanto a que el pecado de Adán tuvo terribles consecuencias para sus descendientes. Es precisamente por la abundancia de tales afirmaciones bíblicas por lo que prácticamente toda organización cristiana ha formulado alguna doctrina del pecado original vinculada a la Caída de Adán.

Queda aún una gran cuestión. Si Dios juzgó en realidad a toda la raza humana en Adán, ¿cómo es eso justo? Parece manifiestamente injusto que Dios permitiese que no sólo todos los subsiguientes seres humanos, sino toda la creación, sufriese por causa de Adán.

Es la cuestión de la justicia de Dios la que el federalismo busca responder. El federalismo asume que en efecto estábamos representados por Adán y que tal representación era tanto justa como exacta. Sostiene que Adán nos representaba *perfectamente*.

Dentro de nuestro sistema legal, tenemos situaciones que, no perfectamente pero sí aproximadamente, tienen un paralelismo con este concepto de representación. Sabemos que si yo alquilo a un hombre para matar a alguien y que ese pistolero alquilado lleva a cabo el contrato, yo puedo ser justamente juzgado por asesinato en primer grado a pesar del hecho de que yo no apreté realmente el gatillo. Soy juzgado como culpable por un crimen que algún otro ha cometido porque la otra persona actuó en mi lugar.

La evidente protesta que surge en este punto es: "Pero nosotros no alquilamos a Adán para pecar en nuestro lugar." Eso es cierto.

Este ejemplo ilustra meramente que hay *algunos* casos en los cuales es justo castigar a una persona por el crimen de otra.

La idea federal de la Caída aún exhala un vago olor a tiranía. Nuestro clamor es: "¡Ninguna condenación sin representación!" Al igual que la gente en una nación clama por representantes que aseguren la libertad de la tiranía despótica, así también demandamos que la representación ante Dios sea justa y equitativa. La idea federal afirma que somos juzgados culpables por el pecado de Adán porque él era nuestro representante equitativo y justo.

Pero un momento. Adán puede habernos representado, pero nosotros no le escogimos. ¿Qué si los padres de la república americana hubieran demandado una representación por parte del rey Jorge, y el rey hubiera respondido: "Por suspuesto, podéis tener representantes. Seréis representados por mi hermano"? Tal respuesta habría esparcido aún más té en el puerto de Boston.

Queremos el derecho a seleccionar a nuestros propios representantes. Queremos ser capaces de depositar nuestro propio voto, no que haya alguien que deposite ese voto por nosotros. La palabra *voto* viene del latín *votum*, que significaba "deseo" o "elección". Cuando depositamos nuestro voto, estamos expresando nuestros deseos, manifestando nuestras voluntades.

Supongamos que hubiésemos tenido plena libertad de votar a nuestro representante en el Edén. ¿Nos hubiera satisfecho eso? ¿Y por qué queremos el derecho a votar a nuestro representante? ¿Por qué ponemos objeciones si el rey o cualquier otro soberano quiere designar a nuestros representantees por nosotros? La respuesta es obvia. Queremos estar seguros que nuestra voluntad se cumpla. Si el rey designa a mi representante, entonces tendré poca confianza de que mis deseos se cumplan. Temería que el representante designado estaría más deseoso de cumplir los deseos del rey que mis deseos. No me sentiría representado justamente.

Pero aun si tenemos el derecho de escoger a nuestros propios representantes, no tenemos garantía de que nuestros deseos serán cumplidos. ¿Quién entre nosotros no ha sido embaucado por políticos que prometen una cosa durante una campaña electoral y hacen otra cosa después de ser elegidos? Una vez más, la razón por la que queremos seleccionar a nuestro propio representante es que queremos estar seguros de ser representados justamente.

En ningún otro momento de la historia humana hemos sido representados más justamente que en el huerto del Edén. Sin duda, nosotros no escogimos a nuestro representante allí. Nuestro representante nos fue escogido. Aquel que escogió a nuestro representante, sin embargo, no fue el rey Jorge. Fue el Dios omnipotente.

Cuando Dios escoge a nuestro representante, lo hace perfectamente. Su elección es una elección infalible. Cuando yo escojo a mis propios representantes lo hago faliblemente. A veces, selecciono equivocadamente a una persona, y soy entonces injustamente representado. Adán me representó infaliblemente no porque él fuera infalible, sino porque Dios es infalible. Dada la infalibilidad de Dios, nunca podré argumentar que Adán fuese una mala elección para representarme.

Lo que muchos de nosotros asumimos en nuestro conflicto con la Caída es que, si hubiésemos estado allí, habríamos hecho una elección diferente. No habríamos tomado una decisión que hubiera hundido al mundo en la ruina. Tal suposición no es posible dado el carácter de Dios. Dios no comete errores. Su elección de mi representante es mejor que mi elección del mío.

Aun si concedemos que, en efecto, estábamos perfectamente representados por Adán, debemos aún preguntar si es justo ser representados en absoluto con tan alto riesgo. Solamente puedo responder que agradó al Señor hacer esto. Sabemos que el mundo cayó por medio de Adán. Sabemos que, en algún sentido, Adán nos representó. Sabemos que nosotros no le escogimos a él para ser nuestro representante. Sabemos que la selección que Dios hizo de Adán fue una selección infalible. ¿Pero fue justo todo el proceso?

Sólo puedo responder a esta pregunta, en última instancia, haciendo otra pregunta: una que hizo el apóstol Pablo. "¿Hay injusticia en Dios?" (Ro. 9:14). La respuesta apostólica a esta pregunta retórica es tan clara como enfática. "En ninguna manera."

Si conocemos algo en absoluto acerca del carácter de Dios, entonces sabemos que El no es un tirano y que nunca es injusto. Su estructuración de las condiciones para poner a prueba a la humanidad satisfizo la propia justicia de Dios. Esto debiera ser suficiente para satisfacernos.

Sin embargo, aún disputamos. Aún contendemos con el Todopoderoso. Aún asumimos que, de alguna manera, Dios nos hizo una injusticia y que sufrimos como víctimas inocentes del juicio de Dios. Tales sentimientos sólo confirman el grado radical de nuestra caída. Cuando pensamos así, estamos pensando como

hijos de Adán. Tales pensamientos blasfemos sólo subrayan en rojo cuán certeramente estuvimos representados por Adán.

Estoy convencido que la idea federal de la Caída es sustancialmente correcta. Sólo ésta, de las tres que hemos examinado, hace justicia a la enseñanza bíblica acerca de la caída del hombre. Me satisface que Dios no es un tirano arbitrario. Sé que soy una criatura caída. Esto es, sé que soy una criatura y se que estoy caído. También sé que no es por "culpa" de Dios por lo que soy pecador. Lo que Dios ha hecho por mí es redimirme de mi pecado. No me ha redimido de su pecado.

Aunque la idea federal representativa de la Caída es sostenida por la mayoría de los calvinistas, debemos recordar que la cuestión de nuestra relación con la caída de Adán no es un problema peculiar del calvinismo. Todos los cristianos deben contender con él.

Es también vital ver la predestinación a la luz de la Caída. Todos los cristianos están de acuerdo en que el decreto divino de la predestinación tuvo lugar antes de la Caída. Algunos argumentan que Dios predestinó primero a algunos para la salvación y a otros para la condenación y entonces decretó la Caída para asegurarse que algunos perecerían. A veces, esta terrible idea es aún atribuida al calvinismo. Tal idea era repugnante para Calvino y es igualmente repugnante para todos los calvinistas ortodoxos. La noción se llama a veces "hipercalvinismo". Pero aun eso es un insulto. Esta idea nada tiene que ver con el calvinismo. Más bien que hipercalvinismo, es anticalvinismo.

El calvinismo, juntamente con otras ideas acerca de la predestinación, enseña que el decreto de Dios tuvo lugar antes de la Caída, y *a la luz de* la Caída. ¿Por qué es esto importante? Porque la idea calvinista de la predestinación siempre acentúa el carácter benévolo de la redención de Dios. Cuando Dios predestina a la gente para la salvación, está predestinando a la salvación a los que El sabe que realmente *necesitan* ser salvados. Necesitan ser salvados porque son pecadores en Adán, no porque El les forzara a ser pecadores. El calvinismo ve a Adán pecando por su propio libre albedrío, no por presión divina.

Sin duda, Dios sabía antes de la Caída que habría con toda seguridad una Caída y emprendió la acción para redimir a algunos. Ordenó la Caída en el sentido de que escogió permitirla, pero no en el sentido de que escogiera presionarla. Su gracia predestinante es benévola precisamente porque El escoge salvar a personas que sabe de antemano que estarán espiritualmente muertas.

Una última ilustración puede ser de ayuda aquí. Nos enojamos ante la idea de que Dios nos llame a ser justos cuando estamos obstaculizados por el pecado original. Decimos: "Pero, Dios, no podemos ser justos. Somos criaturas caídas. ¿Cómo puedes hacernos responsables cuando sabes muy bien que nacimos con el pecado original?"

La ilustración es como sigue. Supongamos que Dios dijera a un hombre: "Quiero que termines de podar estos arbustos a las tres de la tarde. Pero ten cuidado. Hay un gran pozo abierto al extremo del huerto. Si caes en ese pozo, no podrás salir por ti mismo. Así pues, por encima de todo, mantente lejos de ese pozo."

Supongamos que tan pronto Dios sale del huerto, el hombre corre y salta dentro del pozo. A las tres regresa Dios y encuentra los arbustos sin podar. Llama al hortelano y oye un débil clamor desde el extremo del huerto. Camina hasta el borde del pozo y ve al hortelano agitándose desesperadamente en el fondo. Le dice al hortelano: "¿Por qué no has podado los arbustos que te dije que podaras? El hortelano responde airadamente: "¿Cómo esperas que pode esos arbustos cuando estoy atrapado en este pozo? Si no hubieras dejado este pozo vacío aquí, no estaría en este apuro."

Adán saltó al pozo. En Adán todos hemos saltado al pozo. Dios no nos arrojó en el pozo. A Adán se le advirtió claramente acerca del pozo. Dios le dijo que se mantuviera apartado. Las consecuencias que Adán experimentó por estar en el pozo fueron un castigo directo por saltar a él.

Así ocurre con el pecado original. El pecado original es tanto la consecuencia del pecado de Adán como el castigo por el pecado de Adán. Nacemos pecadores porque en Adán todos caímos. Aun la palabra caída tiene un poco de eufemismo. Es una idea del asunto con color de rosa. La palabra *caída* sugiere algún tipo de accidente. El pecado de Adán no fue un accidente. Adán no resbaló simplemente en el pecado; él saltó al mismo con los dos pies. Nosotros saltamos de cabeza con él. Dios no nos empujó. No nos engañó. Nos hizo una advertencia adecuada y justa. La culpa es nuestra y sólo nuestra.

No es que Adán comiera las uvas agrias y nuestros dientes tengan la dentera. La enseñanza bíblica es que en Adán todos comimos las uvas agrias. Esa es la razón por la que nuestros dientes tienen la dentera.

Resumen del capítulo 4

1. La presencia penetrante y universal del pecado no puede explicarse adecuadamente como un mito.

2. La pecaminosidad del hombre no puede explicarse por la "sociedad".

3. La sociedad está formada por individuos, cada uno de los cuales debe ser pecador antes que la sociedad como un todo pueda estar corrupta.

4. El realismo también fracasa como explicación porque implica un enfoque fantasioso de la Escritura.

5. La idea federal de la Caída toma en serio el papel jugado por Adán como nuestro representante.

6. Adán nos representó perfectamente no en virtud de su perfección, sino en virtud de la selección perfecta de Dios.

7. Todos los cristianos deben tener alguna idea de la Caída.

8. La gracia salvadora de Dios se dirige hacia aquellos que El sabe que son criaturas caídas.

5. Muerte espiritual y vida espiritual: nuevo nacimiento y fe

La teología reformada es famosa en el mundo anglosajón por un simple acróstico que fue designado para resumir los así llamados "cinco puntos del calvinismo". Está formado por la palabra TULIP.

T- Total depravity (depravación total)
U - Unconditional Election (elección incondicional)
L - Limited Atonement (expiación limitada)
I - Irresistible Grace (gracia irresistible)
P - Perseverance of the Saints (perseverancia de los santos)

Este acróstico ha ayudado a muchas personas a recordar las características distintivas de la teología reformada. Desafortunadamente, ha causado también mucha confusión y muchos malentendidos. El problema de los acrósticos es que los mejores términos que tenemos para las ideas no siempre comienzan con letras que formen palabras pequeñas y hermosas. El acróstico sirve bien como un recurso para la memoria, pero poco más que eso.

Mi primer problema con el acróstico TULIP tiene que ver con la primera letra. *Depravación total* es un término muy engañoso. El concepto de depravación total se confunde a menudo con la idea de depravación extrema. En la teología reformada, la depravación total se refiere a la idea de que *toda nuestra humanidad* está caída. Esto es, no hay parte mía alguna que no haya sido afectada en alguna manera por la Caída. El pecado afecta mi voluntad, mi corazón, mi mente y mi cuerpo. Si Adán nunca hubiera pecado, supongo que

nunca habría tenido la necesidad de llevar lentes bifocales al alcanzar una edad mediana. De hecho, el término mismo *edad mediana* no habría tenido sentido para él. Si Adán no hubiera pecado, nunca habría muerto. Cuando alguien vive para siempre, ¿dónde está la edad mediana?

La depravación total también enfatiza el hecho de que el pecado llega hasta el centro de nuestro ser. El pecado no es algo periférico, un pequeño defecto que estropea lo que de otra manera sería un espécimen perfecto. El pecado es radical en el sentido que afecta la raíz *(radix)* de nuestras vidas.

La depravación total no es depravación extrema. La depravación extrema significaría que somos tan pecadores como nos sería posible ser. Sabemos que no es ése el caso. No importa cuánto hayamos pecado cada uno, somos capaces de pensar en pecados peores que podríamos haber cometido. Aun Adolfo Hitler se refrenó de asesinar a su madre.

Puesto que la depravación total se confunde a menudo con la depravación extrema, prefiero hablar de la "corrupción radical" del hombre. Eso estropea nuestro acróstico. ¿Que es un rulip? El concepto del carácter radical del pecado es quizá el concepto más importante que hemos de entender si vamos a sacarle algún sentido a la doctrina bíblica de la predestinación. Como mencioné durante nuestra discusión de la incapacidad moral del hombre, éste es el punto focal de todo el debate.

Recuerdo haber enseñado en una clase de teología. La clase estaba formada por un grupo interdenominacional de unos veinticinco estudiantes. Pregunté al comienzo del estudio sobre la predestinación, cuántos estudiantes se consideraban calvinistas en este asunto. Sólo un estudiante levantó la mano.

Comenzamos con un estudio de la pecaminosidad del hombre. Tras haber dado clases durante varios días sobre el tema de la corrupción del hombre, hice otra encuesta. Pregunté: "¿Cuántos de vosotros estáis persuadidos de que lo que acabáis de aprender es, en efecto, la doctrina bíblica de la pecaminosidad humana?" Se levantaron todas las manos. Yo dije: "¿Estáis seguros?" Ellos insistieron que estaban verdaderamente seguros. Les di una advertencia más. "Tened cuidado ahora. Esto puede volver a rondaros más adelante en el curso." No les importó. Insistieron que estaban convencidos.

En este momento de la clase, fui a una esquina de la pizarra y escribí la fecha. Al lado de la fecha escribí el número veinticinco. Lo rodeé con un círculo y añadí una nota para el bedel diciendo que, por favor, se abstuviera de borrar esta porción de la pizarra.

Varias semanas después comencé un estudio de la predestinación. Cuando llegué al punto que trata de la incapacidad moral del hombre, hubo aullidos de protesta. Entonces fui a la pizarra y les recordé la encuesta anterior. Me llevó otras dos semanas convencerles de que, si realmente aceptaban la idea bíblica de la corrupción humana, el debate acerca de la predestinación, a todos los efectos, había ya terminado.

Intentaré, en resumen, hacer lo mismo aquí. Procedo con el mismo cuidado.

La idea bíblica de la corrupción humana

Comencemos nuestro estudio acerca del grado de la caída del hombre mirando Romanos 3, Aquí escribe el apóstol Pablo:

No hay justo, ni aun uno;
No hay quien entienda,
No hay quien busque a Dios.
Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;
No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno
(Ro. 3:10-12).

Aquí encontramos un breve resumen de la universalidad de la corrupción humana. El pecado está tan extendido que captura a todos en su red. Pablo utiliza palabras enfáticas para mostrar que no hay excepciones en este proceso entre los hombres caídos. No hay justo alguno; nadie hay que haga el bien.

La afirmación "no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" se opone a nuestras suposiciones culturales. Crecemos oyendo que nadie es perfecto y que de humanos es errar. Estamos bastante dispuestos a reconocer que ninguno de nosotros es perfecto. Es fácil admitir que somos pecadores; que ninguno de nosotros ni siquiera hace el bien es ya demasiado. Ninguna persona entre mil estaría dispuesta a admitir que el pecado sea tan grave.

¿Nadie hace el bien? ¿Cómo puede ser eso? Cada día vemos a simples paganos haciendo algún bien. Los vemos llevando a cabo actos heroicos de sacrificio, obras industriosas, prudentes y honestas. Vemos a incrédulos obedeciendo escrupulosamente los límites de velocidad mientras que otros coches pasan zumbando a su lado con pegatinas que dicen: "Toca el claxon si amas a Jesús."

Pablo debe de estar utilizando una hipérbole aquí. Debe de estar exagerando intencionadamente con objeto de enfatizar un principio. Sin duda, hay personas que hacen el bien. ¡No! El sobrio juicio de Dios es que nadie hace el bien, no, ni siquiera uno.

Tropezamos aquí porque tenemos un entendimiento relativo de lo que es el bien. El bien es, ciertamente, un término relativo. Una cosa sólo puede ser juzgada como buena según alguna clase de norma. Utilizamos el término como una comparación entre los hombres. Cuando decimos que un hombre es bueno, queremos decir que es bueno comparado con otros hombres. Pero la norma final para la bondad, la norma por la cual seremos todos juzgados, es la ley de Dios. Esa ley no es Dios, pero procede de Dios y refleja el carácter perfecto de Dios mismo. Juzgados conforme a esa norma, nadie es bueno.

Según las categorías bíblicas, una buena acción se mide por dos partes. La primera es por su conformidad externa a la ley de Dios. Esto significa que si Dios prohíbe robar, entonces es bueno no robar. Es bueno decir la verdad. Es bueno pagar nuestras facturas a tiempo. Es bueno asistir a las personas necesitadas. Externamente, estas virtudes se realizan cada día. Cuando las vemos, concluimos rápidamente que los hombres, en efecto, hacen buenas cosas.

Es la segunda parte de la medida lo que nos causa problemas. Antes que Dios pronuncie como "buena" una acción, El considera no sólo la conformidad externa o exterior a su ley, sino también la motivación. Nosotros observamos sólo las apariencias externas; Dios lee el corazón. Para que una obra se considere buena, ésta debe no sólo conformarse externamente a la ley de Dios, sino que debe estar motivada internamente por un sincero amor a Dios.

Recordamos el Gran Mandamiento de amar al Señor nuestro Dios con todos nuestros corazones, toda nuestra fuerza, y todas nuestras mentes... y amar a nuestro prójimo tanto como nos amamos a nosotros mismos. Toda acción que realizamos debiera proceder de un corazón que ama a Dios totalmente.

Desde esta perspectiva es fácil ver que nadie hace el bien. Nuestras mejores obras están manchadas por nuestros motivos, que son menos que puros. Nadie entre nosotros ha amado jamás a Dios con todo su corazón o con toda su mente. Hay medio kilo de carne mezclado con todas nuestras acciones, haciéndolas menos que perfectas.

Jonathan Edwards hablaba del concepto de *interés propio iluminado*. El interés propio iluminado se refiere a esa motivación que sentimos para realizar actos externos de justicia y refrenarnos de los impulsos malvados que hay dentro de nosotros. Hay ciertos momentos y lugares en que el crimen no compensa. Cuando el riesgo del castigo sobrepasa la posible recompensa de nuestra mala acción, podemos inclinarnos a refrenarnos de la misma. Por otro lado, podemos ganar el aplauso de los hombres por nuestros actos virtuosos. Podemos ganarnos una palmadita en la cabeza por parte de nuestro maestro o el respeto de nuestros iguales si hacemos ciertas buenas acciones.

El mundo entero aplaude a los artistas cuando se juntan para grabar un álbum especial con objeto de utilizar las ganancias para aliviar el hambre en Etiopía. El aplauso raramente daña la carrera de un actor de teatro, a pesar de las cínicas afirmaciones de que la ética y los negocios no van juntos. Por el contrario, la mayoría de nosotros hemos aprendido que la ética realza nuestra reputación en los negocios.

No soy tan cínico como para pensar que el gesto hacia Etiopía por parte de los cantantes se hizo meramente por el aplauso personal o como un reclamo publicitario. Sin duda, hubo fuertes motivos de compasión y preocupación hacia la gente que se muere de hambre. Por otro lado, no soy tan ingenuo como para pensar que los motivos estuviesen totalmente libres de interés propio. La compasión puede sobrepasar con mucho el interés propio, pero no importa cuán minúsculo, había al menos un grano de interés propio mezclado en ello. Siempre lo hay, en todos nosotros. Si negamos esto, sospecho que nuestras mismas negaciones están motivadas en parte por el interés propio.

Deseamos negar esta alegación. Sentimos a veces en nuestros propios corazones un sentimiento abrumador de actuar sólo por causa del deber. Nos agrada pensar que somos verdaderamente altruistas. Pero nadie nos adula más que nosotros mismos. El peso de nuestros motivos puede, a veces, inclinarse grandemente en la dirección del altruismo, pero nunca está perfectamente allí.

Dios no puntúa por una curva. El demanda la perfección. Ninguno de nosotros alcanza ese nivel. No hacemos lo que Dios manda. Jamás. Por tanto, el apóstol no se está gratificando a sí mismo con la hipérbole. Su juicio es exacto. No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Jesús mismo reafirmó esta idea en su discusión con el joven rico. "Ninguno hay bueno, sino sólo Dios" (Lc. 18:19).

Aunque ya de por sí esta acusación resulta problemática, hay otro elemento en el pasaje de Romanos que puede producirnos aún más consternación, especialmente a los cristianos evangélicos que hablan y piensan lo contrario. Pablo dice: "No hay quien busque a Dios".

¿Cuántas veces has oído a los cristianos decir, o has oído las palabras de tu propia boca: "Fulano de tal no es cristiano, pero está buscando"? Es una afirmación común entre los cristianos. La idea es que hay personas por todas partes que están buscando a Dios. Su problema es que simplemente no han sido capaces de encontrarle. Está jugando al escondite. Es evasivo.

En el huerto del Edén, cuando el pecado entró en el mundo, ¿quién se escondió? Jesús vino al mundo para buscar y salvar a los perdidos. No fue Jesús quien se estaba escondiendo. Dios no es un fugitivo. Somos nosotros los que estamos huyendo. La Escritura declara que el inicuo huye cuando nadie le persigue. Como observó Lutero: "El pagano tiembla ante el susurro de una hoja." La enseñanza uniforme de la Escritura es que los hombres caídos están huyendo de Dios. Nadie busca a Dios.

¿Por qué, pues, a pesar de una enseñanza bíblica tan clara en sentido contrario, los cristianos persisten en pretender que conocen a personas que están buscando a Dios, pero que aún no le han encontrado? Santo Tomás de Aquino arrojó alguna luz sobre esto. Aquino dijo que confundimos dos acciones humanas que son similares pero diferentes. Vemos personas buscando desesperadamente paz mental, liberación de la culpa, significado y propósito para sus vidas y amante aceptación. Sabemos que, en última instancia, estas cosas sólo pueden encontrarse en Dios. Por tanto, llegamos a la conclusión de que por buscar estas personas estas cosas deben de estar buscando a Dios.

Las personas no buscan a Dios. Buscan los *beneficios que sólo Dios les puede dar*. El pecado del hombre caído es éste: el hombre busca los beneficios de Dios mientras que, al mismo tiempo, huye de Dios mismo. Somos, por naturaleza, fugitivos.

La Biblia nos dice repetidamente que busquemos a Dios. El Antiguo Testamento clama: "Buscad al Señor mientras puede ser hallado" (Is. 55:6). Jesús dijo: "Buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá" (Mt. 7:7). La conclusión que sacamos de estos textos es que, puesto que se nos llama a buscar a Dios, ello debe de significar que, aun en nuestro estado caído, tenemos la capacidad moral de efectuar esa búsqueda. ¿Pero a quiénes van dirigidos estos textos? En el caso del Antiguo Testamento, es el pueblo de Israel quien es llamado a buscar al Señor. En el Nuevo Testamento, son los creyentes quienes son llamados a buscar el reino.

Todos hemos oído a los evangelistas citando de Apocalipsis: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y el conmigo" (Ap. 3:20). Generalmente, el evangelista aplica este texto como una apelación a los inconversos, diciendo: "Jesús está llamando a la puerta de tu corazón. Si abres la puerta, El entrará." En el texto original, sin embargo, Jesús dirigió sus observaciones a la iglesia. No fue una apelación evangelística.

¿Entonces, qué? La cuestión es que el buscar es algo que los incrédulos no hacen por sí mismos. *El incrédulo no busca. El incrédulo no llama.* Buscar es un asunto de creyentes. Edwards dijo: "La búsqueda del reino de Dios es el principal asunto de la vida cristiana." Buscar es el resultado de la fe, no la causa de la misma.

Cuando somos convertidos a Cristo, utilizamos un lenguaje de descubrimiento para expresar nuestra conversión. Hablamos de encontrar a Cristo. Quizá tengamos una pegatina que dice LA ENCONTRÉ. Estas afirmaciones son ciertamente verdaderas. La ironía es ésta: una vez que hemos encontrado a Cristo, ello no es el fin de nuestra búsqueda, sino el principio. Generalmente, cuando encontramos lo que estamos buscando, ello marca el fin de nuestra búsqueda. Pero cuando "encontramos" a Cristo, ello es el comienzo de nuestra búsqueda. La vida cristiana comienza en la conversión; no termina donde comienza. Crece: avanza de fe a fe, de gracia a gracia, de vida a vida. Este avance en el crecimiento es fomentado por una búsqueda continua de Dios.

Hay algo más que percibimos en Romanos 3 y que necesitamos considerar brevemente. No sólo declara el apóstol que nadie busca a Dios, sino que añade el pensamiento: "A una se hicieron inútiles". Debemos recordar que Pablo está aquí hablando de los hombres caídos. los hombres naturales, los hombres inconversos. Esta es una descripción de personas que están aún en la carne.

¿Qué quiere decir Pablo con inútiles? Jesús habló anteriormente acerca de siervos inútiles. La utilidad tiene que ver con valores positivos. El inconverso, obrando en la carne, nada consigue de valor permanente. En la carne puede ganar el mundo entero, pero pierde lo que tiene más valor para él, su propia alma. La más valiosa posesión que una persona puede tener jamás es Cristo. El es la perla de gran precio. Tenerle a El es tener el máximo beneficio posible.

La persona que está espiritualmente muerta no puede, en su propia carne, ganar el beneficio de Cristo. Se la describe como alguien que no tiene temor de Dios ante sus ojos (Ro. 3:18). Los que no son justos, que no hacen bien, que nunca buscan a Dios, que son totalmente inútiles, y que no tienen temor de Dios ante sus ojos, nunca inclinan sus propios corazones a Cristo.

Vivificación a partir de la muerte espiritual

La cura para la muerte espiritual es la creación de vida espiritual en nuestras almas por Dios el Espíritu Santo. Un resumen de esta obra se nos da en Efesios:

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Ef. 2:1-10).

Aquí encontramos un pasaje por excelencia sobre la predestinación. Notemos que, a lo largo de este pasaje, Pablo acentúa grandemente las riquezas de la gracia de Dios. Nunca debemos minimizar esta gracia. El pasaje celebra la novedad de vida que el Espíritu Santo ha creado en nosotros

Esta obra del Espíritu es llamada a veces vivificación. Lo que aquí se llama vivificar o dar vida es lo que en otros lugares se llama nuevo nacimiento o regeneración. El término *regeneración*, como sugiere la palabra, indica un "generar de nuevo". Generar significa hacer ocurrir o comenzar. Pensamos en el primer libro de la Biblia, el libro de los principios, que es llamado Génesis. El prefijo *re* significa simplemente "de nuevo". Por tanto, la palabra *regeneración* significa comenzar algo de nuevo. Es el nuevo principio de vida lo que nos interesa aquí, el principio de la vida espiritual. Notamos que esta imagen de la vida se contrasta con una imagen de la muerte. El hombre caído es descrito aquí como estando "muerto en pecado". Para que alguien que está muerto a las cosas de Dios viva para Dios, se debe hacer algo *a* él y *para* él. Los muertos no pueden vivir por sí mismos. Los muertos no pueden crear vida espiritual dentro de sí mismos. Pablo deja completamente claro aquí que es Dios quien hace vivir. Es Dios quien nos vivifica de la muerte espiritual.

El hombre caído está muerto en pecado. Se le describe aquí como siendo "por naturaleza hijo de ira". Su norma caída es andar "siguiendo la corriente de este mundo". Su lealtad no está dirigida a Dios sino "al príncipe de la potestad del aire". Pablo afirma que éste no es meramente el estado de los peores pecadores, sino el estado anterior de sí mismo y de sus hermanos y hermanas en Cristo. ("Entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne...")

La mayoría de las ideas no reformadas acerca de la predestinación no toman en serio el hecho de que el hombre caído está espiritualmente muerto. Otras posiciones evangélicas reconocen que el hombre está caído y que su caída es un asunto grave. Conceden aun que el pecado es un problema radical. Conceden con prontitud que el hombre no está meramente enfermo, sino mortalmente enfermo, enfermo de muerte. Pero no ha muerto del todo aún. Aún le queda un pequeño aliento de vida espiritual en el cuerpo. Aún le queda una pequeña isla de justicia en su corazón, una pequeña y débil capacidad moral que permanece en su caída.

He oído dos ilustraciones por parte de evangelistas que suplican el arrepentimiento y la conversión de sus oyentes. La primera es una

analogía de una persona que sufre de una enfermedad terminal. Se dice que el pecador está gravemente enfermo, al borde de la muerte. No está dentro de su propio poder el curarse de la enfermedad. Está tendido en su lecho de muerte casi totalmente paralizado. No puede recuperarse a menos que Dios provea la medicina sanadora. El hombre está tan mal que no puede ni aun estirar el brazo para recibir la medicina. Se halla en un estado casi comatoso. Dios debe no sólo ofrecerle la medicina, sino que debe ponerla en una cuchara y colocarla en los labios del hombre moribundo. A menos que Dios haga todo eso, el hombre perecerá sin duda. Pero aunque Dios haga el 99% de lo necesario, al hombre le queda aún el 1%. Debe abrir la boca para recibir la medicina. Este es el ejercicio necesario del libre albedrío que hace la diferencia entre el cielo y el infierno. El hombre que abre la boca para recibir el don benévolo de la medicina será salvo. El hombre que mantiene los labios fuertemente apretados perecerá.

Esta analogía hace casi justicia a la Biblia y a la enseñanza de Pablo acerca de la gracia de la regeneración. Pero no totalmente. La Biblia no habla de pecadores mortalmente enfermos. Según Pablo, están *muertos*. No les queda ni un gramo de vida espiritual. Si han de vivir, Dios debe hacer algo más que ofrecerles medicina. Los muertos no abren la boca para recibir algo. Sus mandíbulas están cerradas por la muerte. La rigidez de la muerte se ha apoderado de ellos. Deben ser resucitados de los muertos. Deben ser nuevas creaciones, elaborados por Cristo y nacidos de nuevo por su Espíritu.

Una segunda ilustración es igualmente popular entre los que se dedican a evangelizar. Según esta idea, al hombre caído se le ve como un hombre que se está ahogando y que es incapaz de nadar. Se ha hundido dos veces y ha salido a la superficie por última vez. Si se hunde de nuevo, morirá. Su única esperanza es que Dios le arroje un salvavidas. Dios arroja el salvavidas y lo hace llegar precisamente al alcance de los dedos estirados del hombre. Lo único que el hombre tiene que hacer para salvarse es agarrarse. Si solamente agarra el salvavidas, Dios tirará de él. Si rehúsa el salvavidas, ciertamente perecerá.

Una vez más, en esta ilustración se enfatiza el extremo desamparo del pecador sin la asistencia de Dios. El hombre que se está ahogando está en una condición grave. No puede salvarse a sí mismo. Sin embargo, aún está vivo; puede estirar sus dedos. Sus

dedos son el vínculo crucial para la salvación. Su destino eterno depende de lo que haga con los dedos.

Pablo dice que el hombre está muerto. No está meramente ahogándose, se ha hundido ya en el fondo del mar. Es inútil arrojar un salvavidas a un hombre que se ha ahogado ya. Si entiendo a Pablo, le oigo decir que Dios bucea en el agua y saca al muerto del fondo del mar y entonces realiza un acto divino de resucitación boca a boca. Sopla aliento de vida en el hombre muerto.

Es importante recordar que la regeneración tiene que ver con la nueva vida. Se la llama el nuevo nacimiento o nacer de nuevo. Existe mucha confusión acerca de este asunto. El nuevo nacimiento está estrechamente vinculado en la Biblia a la nueva vida que es nuestra en Cristo. Al igual que en biología natural no puede haber vida sin nacimiento, así también en términos sobrenaturales no puede haber nueva vida sin un nuevo nacimiento.

El nacimiento y la vida están estrechamente relacionados, pero no son exactamente lo mismo. El nacimiento es el comienzo de la nueva vida. Es un momento decisivo. Entendemos esto en términos biológicos naturales. Cada año celebramos nuestros cumpleaños. No somos como la reina en *Alicia en el País de las Maravillas*, que celebraba todos sus "incumpleaños". El nacimiento es una experiencia única. Puede celebrarse pero no repetirse. Es un momento decisivo de transición. Una persona o bien ha nacido, o bien no ha nacido aún.

Así es con el nuevo nacimiento espiritual. El nuevo nacimiento produce nueva vida. Es el comienzo de una nueva vida, pero no constituye la totalidad de la nueva vida. Es el punto crucial de transición desde la muerte espiritual a la vida espiritual. Una persona nunca nace de nuevo parcialmente. Está regenerada o no está regenerada.

La clara enseñanza bíblica acerca de la regeneración es que se trata de la obra de Dios y la obra de Dios solamente. No podemos hacernos nacer de nuevo. La carne no puede producir espíritu. La regeneración es un acto de *creación*. Dios realiza la creación.

En teología tenemos un téymino técnico que puede ser de ayuda, *monergismo*. Procede de dos raíces. *Mono* significa "uno". Un monopolio es un negocio que tiene el mercado para sí. Un monoplano es un avión con alas sencillas. *Erg*, puede que lo recuerdes de la escuela, se refiere a una unidad de trabajo. De este término se deriva nuestra palabra de uso común *energía*.

Juntando las dos partes, obtenemos el significado de "uno trabajando". Cuando decimos que la regeneración es monergista, queremos decir que sólo uno está haciendo la obra. Ese uno es Dios el Espíritu Santo. El nos regenera; nosotros no podemos hacerlo por nosotros mismos o aun ayudarle en la tarea.

Puede sonar como si tratásemos a los seres humanos como marionetas. Las marionetas se hacen de madera. No pueden responder. Están inertes, sin vida. Se las mueve mediante cuerdas. Pero no estamos hablando de marionetas. Estamos hablando de seres humanos que son cadáveres espirituales. Estos seres humanos no tienen corazones de serrín; están hechos de piedra. No son manipulados mediante cuerdas. Están biológicamente vivos. Actúan. Toman decisiones, pero nunca decisiones por Dios.

Cuando Dios regenera un alma humana, cuando nos hace vivir espiritualmente, hacemos elecciones. Creemos. Tenemos fe. Nos apegamos a Cristo. Dios no cree por nosotros. La fe no es monergista.

Anteriormente hablamos acerca de la condición del hombre caído y el estado de su voluntad humana. Afirmamos que si bien está caído, aún tiene una voluntad libre en el sentido de que aún puede hacer elecciones. Su problema, que definimos como incapacidad moral, es que carece de un deseo por Cristo. Está indispuesto y desinclinado hacia Cristo. A menos o hasta que el hombre se incline hacia Cristo, nunca escogerá a Cristo. A menos que primero desee a Cristo, nunca recibirá a Cristo.

En la regeneración, Dios cambia nuestros corazones. Nos da una nueva disposición, una nueva inclinación. Planta un deseo por Cristo en nuestros corazones. Jamás podremos confiar en Cristo para nuestra salvación, a menos que primero le deseemos. Esta es la razón por la que dijimos anteriormente que la *regeneración precede a la fe*. Sin el nuevo nacimiento, no sentimos deseo alguno por Cristo. Sin un deseo por Cristo, nunca escogeremos a Cristo. Por tanto, concluimos que antes que alguien crea jamás, antes que alguien *pueda* creer, Dios debe cambiar primero la disposición de su corazón.

Cuando Dios nos regenera, se trata de un acto de gracia. Miremos de nuevo Efesios 2: "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida..."

Tengo un rótulo sobre mi mesa que me bordó una mujer en una

iglesia donde estuve ministrando. El rótulo dice simplemente: "Pero". Cuando Pablo relata la condición espiritual del hombre caído, ello es suficiente para conducirnos a la desesperación. Finalmente, llega a la palabra mágica que nos hace dar un suspiro de alivio. Pero. Sin ella estamos destinados a perecer. El "pero" encierra la esencia de la buena noticia.

Pablo dice: "Pero Dios, que es rico en misericordia..." Nótese que no dice: "Pero el hombre, que es rico en bondad". Es Dios solamente quien nos da la vida. ¿Cuándo lo hace? Pablo no lo deja para que lo adivinemos. Dice: "...estando nosotros muertos en pecados". Este es el aspecto asombroso de la gracia, que nos es dada cuando estamos espiritualmente muertos.

Pablo concluye que es cuestión de gracia y no de obras. Su genuino resumen es: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios". Este pasaje debería sellar el asunto para siempre. La fe por la que somos salvados es un don. Cuando el apóstol dice que no es de nosotros, no quiere decir que no sea nuestra fe. Una vez más, Dios no cree por nosotros. Es nuestra propia fe, pero no se origina en nosotros. Nos es dada. El don no se gana o se merece. Es un don de pura gracia.

Durante la Reforma protestante hubo tres lemas que se hicieron famosos. Son frases latinas: *sola fide*, *sola gratia*, y *soli Deo gloria*. Los tres lemas van juntos. Nunca se les debe separar. Significan "por fe sola", "por gracia sola" y "sólo a Dios la gloria".

¿Gracia irresistible?

La mayoría de los cristianos están de acuerdo en que la obra de Dios en la regeneración es una obra de gracia. La cuestión que nos divide es si esta gracia es o no irresistible. ¿Es posible que una persona reciba la gracia de la regeneración y aún no llege a tener fe? El calvinista responde con un enfático "¡no!", pero no porque crea que la gracia salvadora de Dios es literalmente irresistible. Una vez mas se nos crea un problema con el antiguo acróstico TULIP. Ya hemos cambiado el tulip a rulip, y ahora vamos a cambiarlo aún más. Ahora lo llamaremos "rulep".

El término *gracia irresistible* es engañoso. Todos los calvinistas creen que los hombres pueden resistir y de hecho resisten la gracia de Dios. La cuestión es: "¿Puede la gracia de la regeneración dejar

de cumplir su propósito?" Recordemos que los muertos espirituales están aún biológicamente vivos. Aún tienen una voluntad que está desinclinada hacia Dios. Harán todo lo que esté de su parte para resistir la gracia. La historia de Israel es la historia de un pueblo duro de cerviz y de corazón, que resistía la gracia de Dios repetidamente.

La gracia de Dios es resistible en el sentido de que podemos resistirla y de hecho la resistimos. Es irresistible en el sentido de que consigue su propósito. Lleva a cabo el efecto deseado por Dios. Así pues, prefiero el término *gracia eficaz.*

Estamos hablando de la gracia de la regeneración. Recordamos que en la regeneración Dios crea en nosotros un deseo hacia El. Pero cuando tenemos ese deseo plantado en nosotros, continuamos funcionando como siempre hemos funcionado, haciendo nuestras elecciones según la motivación más fuerte en el momento. Si Dios nos da un deseo por Cristo, actuaremos según este deseo. Con toda seguridad, escogeremos el objeto de este deseo; escogeremos a Cristo. Cuando Dios nos hace vivir espiritualmente, llegamos a vivir espiritualmente. No es meramente la posibilidad de llegar a vivir espiritualmente lo que Dios crea. El crea vida espiritual dentro de nosotros. Cuando Dios llama algo para que sea, llega a ser.

Hablamos del *llamamiento interno* de Dios. El llamamiento interno de Dios es tan poderoso y eficaz como su llamamiento para crear el mundo. Dios no invitó al mundo a que existiese. Mediante su divino mandato, clamó: "Sea la luz". Y hubo luz. No podía haber sido de otra manera. La luz *tenía* que comenzar a brillar.

¿Podía haber permanecido Lázaro en la tumba cuando Jesús le llamó? Jesús clamó: "¡Lázaro, ven fuera!" El hombre rompió su mortaja y salió de la tumba. Cuando Dios crea, ejerce un poder que sólo Dios tiene. Sólo El tiene el poder de sacar algo de la nada y vida de la muerte.

Existe mucha confusión acerca de este punto. Recuerdo la primera lección que oí jamás de John Gerstner. Era acerca del tema de la predestinación. Poco después de comenzar su lección, el Dr. Gerstner fue interrumpido por un estudiante que estaba agitando la mano en el aire. Gerstner se detuvo y reconoció al estudiante. El estudiante preguntó: "Dr. Gerstner, ¿se puede asumir con seguridad que usted es calvinista?" Gerstner respondió: "Sí", y continuó de nuevo con la lección. Unos momentos después apareció en los ojos de Gerstner un destello de reconocimiento y dejó de hablar en mitad de una frase y preguntó al estudiante: "¿Cuál es tu definición de un calvinista?"

El estudiante respondió: "Un calvinista es alguien que cree que Dios fuerza a algunas personas a escoger a Cristo e impide que otras personas escojan a Cristo." Gerstner quedó horrorizado. Dijo: "Si eso es ser calvinista, entonces puedes estar seguro que no soy calvinista."

El concepto erróneo del estudiante acerca de la gracia irresistible está muy extendido. Una vez oí al presidente de un seminario presbiteriano declarar: "No soy calvinista porque no creo que Dios lleve a algunas personas, pataleando y gritando contra sus voluntades, al reino, mientras que excluye de su reino a otros que desesperadamente quieren estar allí."

Me quedé asombrado cuando oí estas palabras. No creía posible que el presidente de un seminario presbiteriano pudiera tener un concepto tan crasamente erróneo de la teología de su propia iglesia. Estaba recitando una caricatura que estaba tan lejos del calvinismo como sería posible.

El calvinismo no enseña, y nunca ha enseñado, que Dios lleve a la gente pataleando y gritando al reino, o que haya excluido jamás a alguien que quisiera estar allí. Recordemos que el punto cardinal de la doctrina reformada de la predestinación se apoya en la enseñanza bíblica de la muerte espiritual del hombre. El hombre natural no quiere a Cristo. Solamente querrá a Cristo si Dios planta un deseo por Cristo en su corazón. Una vez que está plantado el deseo, los que vienen a Cristo no vienen pataleando y gritando contra sus voluntades. Vienen porque quieren venir. Ahora desean a Jesús. Se lanzan al Salvador. El significado de la gracia irresistible es que el nuevo nacimiento vivifica a alguien a la vida espiritual de tal manera que ahora se ve a Jesús en su dulzura irresistible. Jesús es irresistible para aquellos que han recibido vida para apreciar las cosas de Dios. Toda alma cuyo corazón late con la vida de Dios dentro de sí anhela al Cristo viviente. Todos aquellos a quienes el Padre dé a Cristo vienen a Cristo (Jn. 6:37).

El término "gracia eficaz" puede ayudar a evitar alguna confusión. La gracia eficaz es una gracia que efectúa lo que Dios desea.

¿En qué difiere esta idea de otras ideas no reformadas acerca de la regeneración? La idea alternativa más popular se apoya en el concepto de gracia precedente.

Gracia precedente

Como el nombre sugiere, la gracia precedente es una gracia que "viene antes" de algo. Se la define normalmente como una obra que Dios hace para todos. El da a todos suficiente gracia para responder a Jesús. Esto es, es suficiente gracia para hacer *posible* que la gente escoja a Cristo. Los que cooperan con esta gracia y asienten a la misma son "elegidos". Los que rehúsan cooperar con esta gracia están perdidos.

La fuerza de esta idea es que reconoce que la condición espiritual del hombre caído es lo suficientemente severa como para requerir que la gracia de Dios le salve. La debilidad de la posición puede verse de dos maneras. Si esta gracia precedente es meramente externa al hombre, entonces falla de la misma manera que las analogías de la medicina y el salvavidas. ¿Qué bien procura la gracia precedente si se ofrece externamente a criaturas espiritualmente muertas? Por otro lado, si la gracia precedente se refiere a algo que Dios hace dentro del corazón del hombre caído, entonces debemos preguntar por qué no es siempre eficaz. ¿A qué se debe que algunas criaturas caídas escojan cooperar con la gracia precedente y otras escojan no hacerlo? ¿Obtienen todos la misma cantidad?

Pensemos acerca de ello de esta manera, en términos personales. Si eres cristiano, sin duda serás consciente de otras personas que no son cristianas. ¿A qué se debe que tú hayas escogido a Cristo y ellos no? ¿Por qué dijiste tú sí a la gracia precedente mientras que ellos no lo hicieron? ¿Fue porque tú eras más justo que ellos? Si es así, entonces ciertamente tienes algo de lo que jactarte. ¿Fue aquella mayor justicia algo que conseguiste por ti mismo o fue don de Dios? Si fue algo que tú conseguiste, entonces en el fondo tu salvación depende de tu propia justicia. Si la justicia fue un don, ¿entonces por qué no le dio Dios el mismo don a todos? Quizá no fue porque fueses más justo. Quizá fue porque eras más inteligente. ¿Por qué eres más inteligente? ¿Porque estudias más (lo que realmente significa que eres más justo)? ¿O eres más inteligente porque Dios te dio un don de inteligencia que no dio a otros?

Sin duda, la mayoría de los cristianos que sostienen la idea de la gracia precedente rehusarían dar tales respuestas. Ven la arrogancia implícita en ellas. Por el contrario, es más probable que digan: "No, yo escogí a Cristo porque reconocí la apremiante necesidad que tenía de El."

Eso ciertamente suena más humilde. Pero debo insistir en la pregunta. ¿Por qué reconociste tu apremiante necesidad de Cristo mientras que tu prójimo no lo hizo? ¿Fue porque tú eras más justo que tu prójimo, o más inteligente?

La cuestión fundamental para los defensores de la gracia precedente es por qué algunos cooperan con ella y otros no. La manera en que respondamos revelará cuán misericordiosa creemos que es nuestra salvación realmente.

La cuestión fundamentalísima es: "¿Enseña la Biblia una doctrina tal como la de la gracia precedente? Si así es, ¿dónde?"

Concluimos que nuestra salvación es del Señor. El es quien nos regenera. Aquellos a quienes El regenera van a Cristo. Sin regeneración, nadie irá jamás a Cristo. Con la regeneración, nadie le rechazará jamás. La gracia salvadora de Dios efectúa lo que El se propone efectuar mediante ella.

Resumen del capítulo 5

1. Nuestra salvación fluye de una iniciativa divina. Es Dios el Espíritu Santo quien libera a los cautivos. Es El quien sopla dentro de nosotros la vida espiritual y nos resucita de la muerte espiritual.

2. Nuestra condición antes de ser vivificados es de muerte espiritual. Es más grave que una mera enfermedad mortal. No hay ni un gramo de vida espiritual en nosotros hasta que Dios nos da la vida.

3. Sin el nuevo nacimiento, nadie irá a Cristo. Todos los que nacen de nuevo van a Cristo. Los que están muertos a las cosas de Dios permanecen muertos a las cosas de Dios a menos que Dios les haga vivir. Aquellos a quienes Dios hace vivir viven. La salvación es del Señor.

6.
Presciencia y predestinación

La inmensa mayoría de los cristianos que rechazan la idea reformada de la predestinación adoptan lo que a veces se llama la idea de la presciencia (pre-sciencia, conocimiento previo) acerca de la predestinación. Brevemente expresada, esta idea enseña que desde toda la eternidad Dios sabía cómo viviríamos. Sabía de antemano si recibiríamos a Cristo o rechazaríamos a Cristo. Sabía nuestrás elecciones libres antes de que las hiciéramos. La elección de Dios en cuanto a nuestro destino eterno se hizo, pues, sobre la base de lo que El sabía que escogeríamos. El nos escoge porque sabe de antemano que nosotros le escogeremos a El. Los elegidos, pues, son aquellos que Dios sabía que escogerían libremente a Cristo.

En este concepto, tanto el decreto eterno de Dios como la libre elección del hombre quedan intactos. Según esta idea, nada hay de arbitrario acerca de las decisiones de Dios. No se habla aquí de ser reducidos a marionetas o de que se fuerce nuestro libre albedrío. Dios es claramente absuelto de cualquier indicio de mala acción. La base para nuestro juicio final se apoya, en última instancia, sobre nuestra decisión a favor o en contra de Cristo.

Hay mucho de loable en esta idea de la predestinación. Es bastante satisfactoria y tiene los beneficios mencionados anteriormente. Además de esto, parece tener al menos una fuerte garantía bíblica. Si dirigimos nuestra atención de nuevo a la carta de Pablo a los Romanos, leemos:

Porque a los que antes conoció, también los predestinó *para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos*

también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Ro. 8:29,30).

Este pasaje tan bien conocido de Romanos ha sido llamado la "Cadena de Oro de la Salvación". Notamos una especie de orden aquí que comienza con la presciencia de Dios y continúa hasta la glorificación del creyente. Es crucial para la idea de la presciencia que en este texto la presciencia de Dios venga *antes* de la predestinación de Dios.

Siento un gran aprecio por la idea de la presciencia en cuanto a la predestinación. En tiempos la sostuve antes de rendirme a la idea reformada. Pero abandoné esta idea por varias razones. Entre éstas no es la menos importante el haber llegado al convencimiento de que la idea de la presciencia no es tanto una explicación de la doctrina bíblica de la predestinación como una negación de la doctrina bíblica. No incluye todo el consejo de Dios en el asunto.

Quizá la mayor debilidad de la idea de la presciencia es el texto citado como su mayor fuerza. Tras un análisis más minucioso, el pasaje de Romanos citado anteriormente viene a ser un grave problema para la idea de la presciencia. Por un lado, los que apelan al mismo para apoyar la idea de la presciencia encuentran demasiado poco. Esto es, el pasaje enseña menos de lo que los defensores de la presciencia quisieran que enseñase y, sin embargo, enseña más de lo que ellos quisieran que enseñase.

¿Cómo puede ser esto? En primer lugar, la conclusión de que la predestinación de Dios está determinada por la presciencia de Dios no se enseña en el pasaje. Pablo no sale diciendo que Dios escoge a la gente sobre la base de su conocimiento previo de las elecciones de ellos. Esa idea ni se afirma ni se implica en el texto. Lo único que el texto declara es que Dios predestina a los que conoce antes. Nadie disputa en este debate que Dios tiene presciencia. Aun Dios no podría escoger a personas de las cuales nada supiera. Antes de poder escoger a Jacob, tuvo que tener alguna idea en su mente acerca de Jacob. Pero el texto no enseña que Dios escogió a Jacob sobre la base de la elección que hizo Jacob.

En justicia, debe decirse que al menos el orden de presciencia-predestinación que encontramos en Romanos 8 es compatible con la idea de la presciencia. Es el resto del pasaje lo que crea dificultades.

Nótese el orden de los acontecimientos en el pasaje. Presciencia-predestinación-llamamiento-justificación-glorificación.

El problema crucial aquí tiene que ver con la relación entre el llamamiento y la justificación. ¿Qué quiere decir Pablo aquí con "llamamiento"? El Nuevo Testamento habla del llamamiento divino en más de una manera. En teología distinguimos entre el llamamiento *externo* de Dios y el llamamiento *interno* de Dios.

Encontramos el llamamiento externo de Dios en la predicación del Evangelio. Cuando se predica el Evangelio, todos los que lo oyen son llamados o invitados a Cristo. Pero no todos responden positivamente. No todos los que oyen el llamamiento externo del Evangelio llegan a ser creyentes. A veces, el llamamiento del Evangelio cae en oídos sordos.

Ahora bien, sabemos que sólo aquellos que responden con fe al llamamiento externo del Evangelio son justificados. La justificación es por la fe. Pero una vez más, no todos cuyos oídos oyen la predicación externa del Evangelio responden con fe. Por tanto, debemos concluir que no todos los que son llamados externamente son justificados.

Pero Pablo dice en Romanos que los que Dios llama, a éstos también justifica. Ahora bien, concedemos que la Biblia no dice explícitamente que El justifica a todos los que llama. Estamos supliendo la palabra *todos*. Quizá seamos tan culpables de leer algo en el texto que no está allí como aquellos que abogan por la idea de la presciencia.

Cuando suplimos la palabra *todos* aquí, estamos respondiendo a una implicación del texto. Estamos haciendo una inferencia. ¿Es ésta una inferencia legítima? Pienso que lo es.

Si Pablo no quiere decir que todos los que son llamados son justificados, la única alternativa sería que *algunos* de los que son llamados son justificados. Si suplimos la palabra *algunos* en lugar de la palabra todos aquí, entonces debemos suplirla a todo lo largo de la Cadena de Oro. Entonces se leería de la siguiente manera:

A algunos de los que antes conoció, también los predestinó. A algunos de los que predestinó, a éstos también llamó. A algunos de los que llamó, a éstos también justificó. A algunos de los que justificó, a éstos también glorificó.

Esta lectura del texto nos deja con una monstruosidad teológica, una pesadilla. Significaría que sólo algunos de los predestinados oyen jamás el Evangelio, y que sólo algunos de los justificados son finalmente salvados. Estas nociones están totalmente en conflicto con lo que enseña el resto de la Biblia sobre éstos temas.

Sin embargo, la idea de la presciencia sufre un problema aun mayor al suplir la palabra *algunos*. Si la predestinación de Dios se basa en su presciencia de cómo la gente responderá al llamamiento externo del Evangelio, ¿cómo es que sólo algunos de los predestinados son siquiera llamados? Ello demandaría que Dios predestinase a algunos que no son llamados. Si algunos de los predestinados son predestinados sin ser llamados, entonces Dios no estaría basando su predestinación en un conocimiento previo a la respuesta de ellos a su llamamiento. ¡No podrían dar respuesta alguna a un llamamiento que nunca recibieron! Dios no puede tener presciencia de la no respuesta de una persona a un no llamamiento.

Si seguimos todo eso, entonces veremos cómo nos vocifera la conclusión. Pablo no puede estar implicando la palabra *algunos*. Por el contrario, la Cadena de Oro necesariamente implica la palabra *todos*.

Revisemos la propuesta. Si suplimos la palabra *algunos* en la Cadena de Oro, el resultado es fatal para la idea de la presciencia en cuanto a la predestinación, porque haría que Dios predestinase a algunos que no son llamados. Puesto que la idea enseña que la predestinación de Dios se basa en la presciencia de Dios en cuanto a las respuestas positivas de la gente al llamamiento del Evangelio, entonces la idea se hunde claramente si algunos son predestinados sin un llamamiento.

Suplir la palabra *todos* es igualmente fatal para la idea de la presciencia. Esta dificultad se centra en la relación entre el llamamiento y la justificación. Si todos los que son llamados son justificados, entonces el pasaje podría significar una de dos cosas: *(A)* Todos los que oyen el Evangelio externamente son justificados; o *(B)* Todos los que son llamados por Dios internamente son justificados.

Si respondemos con la opción A, entonces la conclusión a la que debemos llegar es que todos los que oyen el Evangelio son predestinados para ser salvos. Por supuesto, la inmensa mayoría de los que sostienen la idea de la presciencia en cuanto a la predestinación también sostienen que no todos los que oyen el Evangelio son salvos. Algunos son universalistas. Creen que todos serán salvos, tanto si oyen el Evangelio como si no. Pero debemos recordar que el principal debate entre los evangélicos acerca de la predestinación no es acerca de la cuestión del universalismo. Tanto

los defensores de la idea reformada de la predestinación como los defensores de la idea de la presciencia están de acuerdo en que no todos son salvos. Están de acuerdo en el hecho de que hay personas que oyen el Evangelio externamente (el llamamiento externo de Dios), que no responden con fe y que, por tanto, no son justificados. La opción *A* repugna tanto a los defensores de la idea de la presciencia como a los defensores de la idea reformada.

Eso nos deja con la opción B: todos los que son llamados internamente por Dios son justificados. ¿Cuál es el llamamiento interno de Dios? El llamamiento externo se refiere a la predicación del Evangelio. La predicación es algo que hacemos como seres humanos. El llamamiento externo puede también ser "oído" leyendo la Biblia. La Biblia es la Palabra de Dios, pero nos llega mediante documentos escritos por seres humanos. En ese sentido es externa. Ningún ser humano tiene poder para obrar internamente en otro ser humano. No puedo llegar al interior del corazón de una persona para obrar en él una influencia inmediata. Puedo hablar palabras que son externas. Esas palabras pueden penetrar en el corazón, pero no puedo hacer que ocurra eso por mi propio poder. Sólo Dios puede llamar a una persona internamente. Sólo Dios puede obrar inmediatamente en lo más recóndito del corazón humano para influir una respuesta positiva de fe.

Así pues, si la opción B es lo que quiere decir el apóstol, entonces las implicaciones son claras. Si todos los que Dios llama internamente son justificados, y todos los que Dios predestina son llamados internamente, entonces se sigue que la presciencia de Dios tiene que ver con algo más que una mera consciencia previa de las decisiones libres que los seres humanos tomen. Sin duda, Dios conoce desde toda la eternidad quiénes responderán al Evangelio y quiénes no. Pero tal conocimiento no es el de un mero observador pasivo. Dios conoce desde la eternidad a quienes llamará internamente. El justifica a todos los que llama internamente.

Dije anteriormente que la Cadena de Oro enseña algo más de lo que la idea de la presciencia quiere que enseñe. Enseña que Dios predestina un llamamiento interno. Todos los que Dios predestina a ser llamados internamente serán justificados. Dios está aquí haciendo algo en los corazones de los elegidos para asegurar su respuesta positiva.

Si la opción B constituye el entendimiento correcto de la Cadena de Oro, entonces está claro que Dios hace una clase de llamamiento

a algunos que no hace a todos. Puesto que todos los que son llamados son justificados, y puesto que no todos son justificados, entonces se sigue que el llamamiento es una actividad divina bastante significativa que algunos seres humanos reciben y otros no.

Ahora nos vemos forzados a tratar de nuevo una importante cuestión no muy diferente de nuestra cuestión original. ¿A qué se debe que algunos sean predestinados para recibir este llamamiento de Dios y otros no? ¿Reside la respuesta en el hombre o en los propósitos de Dios? Un defensor de la idea de la presciencia tendría que responder que la razón por la que Dios llama sólo a algunos internamente es que sabe de antemano quiénes responderán positivamente al llamamiento interno y quiénes no. Por tanto, no malgasta el llamamiento interno, sólo lo hace a aquellos que El sabe que responderán favorablemente al mismo.

¿Cuánto poder hay en el llamamiento interno de Dios? ¿Tiene alguna ventaja recibirlo? Si sólo es dado a aquellos que Dios conoce que responderán a El por su propio poder, parecería ser una influencia interna sin una influencia *real*. Si no tiene influencia alguna en la persona que oye el llamamiento externo, entonces Dios está predestinando una ventaja para algunos de que está privando a otros. Si no tiene influencia alguna sobre la decisión humana, entonces simplemente no es una influencia en absoluto. Si no es una influencia en absoluto, entonces nada significa en cuanto a la salvación y constituye una parte absurda de la Cadena de Oro.

Es crucial recordar que el llamamiento interno de Dios se hace a las personas *antes* que crean, *antes* que respondan con fe. Si influye en la respuesta de alguna manera, entonces Dios está predestinando una ventaja para los elegidos. Si no influye en la decisión humana, ¿entonces qué hace? Este dilema es penoso para la idea de la presciencia, penoso y sin alivio.

La idea reformada de la predestinación

En contraste con la idea de la presciencia en cuanto a la predestinación, la idea reformada asevera que la decisión final en cuanto a la salvación descansa en Dios y no en el hombre. Enseña que desde toda la eternidad Dios ha escogido intervenir en las vidas de algunos y llevarlos a la fe salvadora, y ha escogido no hacer eso por otros. Desde toda la eternidad, sin tener en cuenta previamente nuestra conducta humana, Dios ha escogido a algunos para elección

y a otros para reprobación. El destino final de la persona está decidido por Dios antes que la persona haya siquiera nacido y sin depender finalmente de la elección humana. Sin duda, existe una elección humana, una elección humana libre, pero la elección se hace porque, en primer lugar, Dios escoge influir en los elegidos para que hagan la elección correcta. La base de la elección de Dios no se apoya en el hombre, sino únicamente en el beneplácito de la voluntad divina.

En la idea reformada de la predestinación, la elección de Dios precede a la elección del hombre. Nosotros le escogemos a El solamente porque El nos ha escogido primero a nosotros. Sin la predestinación divina y sin el llamamiento interno divino, la idea reformada sostiene que nadie escogería jamás a Cristo.

Esta es la idea de la predestinación que irrita a tantos cristianos. Esta es la idea que suscita importantes cuestiones acerca del libre albedrío del hombre y acerca de la equidad de Dios. Esta es la idea que provoca tantas respuestas enojadas y acusaciones de fatalismo, determinismo, etc.

La idea reformada de la predestinación entiende la Cadena de Oro como sigue: Desde toda la eternidad, Dios conoció de antemano a sus elegidos. El tenía una idea de la identidad de ellos en su mente antes de crearlos. No sólo los conoció de antemano en el sentido de tener una idea previa de su identidad personal, sino que también los conoció de antemano en el sentido de amarlos de antemano. Debemos recordar que cuando la Biblia habla de "conocer", distingue a menudo entre una simple consciencia mental de una persona y un profundo e íntimo amor de la persona.

La idea reformada cree que todos aquellos a quienes Dios ha conocido así de antemano también los ha predestinado para ser llamados internamente, para ser justificados y para ser glorificados. Dios, en su soberanía, hace que se lleve a cabo la salvación de sus elegidos y sólo de sus elegidos.

Resumen del capítulo 6

1. La presciencia no es una explicación válida de la predestinación.
2. Hace que la redención sea, en última instancia, una obra humana.

3. La predestinación es soslayada y virtualmente vaciada de significado.
4. La Cadena de Oro muestra que nuestra justificación depende del llamamiento de Dios.
5. El llamamiento de Dios se apoya en una predestinación previa.
6. Sin predestinación, no hay justificación.
7. No son nuestras elecciones futuras, sin embargo, las que inducen a Dios a escogernos.
8. Es la decisión soberana de Dios a nuestro favor.

7. ¿Existe la doble predestinación?

Doble predestinación. Las palabras mismas suenan ominosas. Una cosa es contemplar el benévolo plan de Dios para la salvación de los elegidos. Pero¿ qué de aquellos que no son elegidos? ¿Están también predestinados? ¿Existe un horrible decreto de reprobación? ¿Destina Dios a algunos desgraciados al infierno?

Estas cuestiones salen a colación inmediatamente tan pronto como se menciona la doble predestinación. Tales cuestiones hacen que algunos consideren el concepto de la doble predestinación terreno prohibido. Otros, si bien creen en la predestinación, declaran enfáticamente que creen en una predestinación *simple*. Esto es, si bien creen que algunos son predestinados para salvación, no ven la necesidad de suponer que otros sean igualmente predestinados para condenación. En resumen, la idea es que algunos son predestinados para salvación, pero todos tienen la oportunidad de ser salvos. Dios se asegura que algunos la alcancen proveyendo ayuda adicional, pero el resto de la humanidad aún tiene una oportunidad.

Aunque hay un fuerte sentimiento para hablar solamente de la predestinación simple y evitar cualquier discusión sobre la doble predestinación, aún debemos afrontar las cuestiones sobre la mesa. A menos que concluyamos que todo ser humano está predestinado para salvación, debemos afrontar la otra cara de la elección. Si existe en absoluto tal cosa como la predestinación, y si esa predestinación no incluye a todos, entonces no debemos rehuir la necesaria inferencia de que la predestinación tiene dos lados. No es suficiente hablar acerca de Jacob; debemos también considerar a Esaú.

Igualdad final

Existen ideas diferentes acerca de la doble predestinación. Una de ellas es tan aterradora que muchos rehuyen totalmente el término, de forma que su idea de la doctrina no se confunda con la idea temible. Esta idea se llama la igualdad final.

La igualdad final se basa en un concepto de simetría. Procura un equilibrio completo entre la elección y la reprobación. La idea clave es ésta: al igual que Dios interviene en las vidas de los elegidos para crear fe en sus corazones, así también Dios interviene igualmente en las vidas de los réprobos para crear u obrar incredulidad en sus corazones. La idea de que Dios obre activamente la incredulidad en los corazones de los réprobos se deduce de afirmaciones bíblicas acerca del hecho de que Dios endurece los corazones de las personas.

La igualdad final no es la idea reformada o calvinista de la predestinación. Algunos la han llamado "hipercalvinismo". Yo prefiero llamarla "subcalvinismo" o, mejor aún, "anticalvinismo". Aunque el calvinismo ciertamente tiene una idea de la doble predestinación, la doble predestinación que sostiene no es la de la igualdad final.

Para entender la idea reformada acerca del asunto, debemos prestar estrecha atención a la crucial distinción entre los decretos *positivos* y *negativos* de Dios. Lo positivo tiene que ver con la intervención activa de Dios en los corazones de los elegidos. Lo negativo tiene que ver con el hecho de que Dios pasa por alto a los no elegidos.

La idea reformada enseña que Dios interviene positiva o activamente en las vidas de los elegidos para asegurar su salvación. A los restantes seres humanos Dios los abandona a su libre albedrío. No crea incredulidad en sus corazones. Esa incredulidad está ya allí. No los fuerza a pecar. Pecan por elección propia. Según la idea calvinista, el decreto de elección es positivo; el decreto de reprobación es negativo.

La idea del hipercalvinismo acerca de la doble predestinación puede llamarse *predestinación positiva-posititiva*. La idea del calvinismo ortodoxo puede llamarse *predestinación positiva-negativa*. Observémosla en forma de diagrama.

Calvinismo	Hipercalvinismo
Positiva-negativa	Positiva-positiva
Idea asimétrica	Idea simétrica
Desigualdad final	Igualdad final
Dios pasa por alto a los réprobos	Dios obra incredulidad en los corazones de los réprobos

El terrible error del hipercalvinismo es que implica a Dios en forzar el pecado. Esto hace una violencia radical a la integridad del carácter de Dios.

El ejemplo bíblico primario que pudiera tentarnos al hipercalvinismo es el caso de Faraón. Repetidamente leemos en el relato del Exodo que Dios endureció el corazón de Faraón. Dios dijo a Moisés de antemano que haría esto:

Tu dirás todas las cosas que yo te mande, y Aarón tu hermano hablará a Faraón, para que deje ir de su tierra a los hijos de Israel. Y yo endureceré el corazón de Faraón y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas. Y Faraón no os oirá; mas yo pondré mi mano sobre Egipto, y sacaré a mis ejércitos, mi pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto, con grandes juicios. Y sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando extienda mi mano sobre Egipto, y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos (Ex. 7:2-5).

La Biblia enseña claramente que Dios endureció, efectivamente, el corazón de Faraón. Ahora bien, sabemos que Dios hizo esto para su propia gloria y como señal tanto a Israel como a Egipto. Sabemos que el propósito de Dios en todo esto era un propósito redentor. Pero nos queda aún un difícil problema. Dios endureció el corazón de Faraón y después juzgó a Faraón por su pecado. ¿Cómo puede hacer Dios responsable a Faraón o a cualquier otro de un pecado que fluye de un corazón que Dios mismo ha endurecido?

Nuestra respuesta a esa pregunta depende de cómo entendemos el acto de endurecimiento por parte de Dios. ¿Cómo endureció el corazón de Faraón? La Biblia no responde a esa pregunta explícitamente. Al pensar acerca de ello, nos damos cuenta que, básicamente, sólo hay dos maneras en que podía haber endurecido el corazón de Faraón: activa o pasivamente.

Un endurecimiento activo implicaría la intervención directa de Dios en el interior del corazón de Faraón. Dios se entremetería en el corazón de Faraón y crearía nueva maldad en él. Esto ciertamente garantizaría que Faraón produciría el resultado deseado por Dios. También garantizaría que Dios es el autor del pecado.

El endurecimiento pasivo es totalmente otra historia. El endurecimiento pasivo implica un juicio divino sobre el pecado que ya está presente. Lo único que Dios necesita hacer para endurecer el corazón de una persona cuyo corazón ya es perverso es "entregarle a su pecado". Encontramos este concepto del juicio divino repetidamente en la Escritura.

¿Cómo funciona esto? Para entenderlo adecuadamente debemos considerar primero brevemente otro concepto, el de la *gracia común de Dios*. Esto se refiere a esa gracia de Dios que todos los hombres gozan en común. La lluvia que refresca la tierra y riega nuestras cosechas cae igualmente sobre justos e injustos. Los injustos, ciertamente, no merecen tales beneficios, pero gozan de ellos igualmente. Así ocurre con el Sol y los arco iris. Nuestro mundo es un escenario de gracia común.

Uno de los elementos más importantes de la gracia común que gozamos es el refrenamiento del mal en el mundo. Ese refrenamiento fluye de muchas fuentes. El mal es refrenado por los policías, las leyes, la opinión pública, el equilibrio de poder, etc. Aunque el mundo en que vivimos está lleno de iniquidad, no es tan inicuo como podría ser. Dios utiliza los medios mencionados anteriormente, al igual que otros medios para mantener controlado el mal. Por su gracia, controla y refrena la cantidad de maldad en este mundo. Si se dejase al mal totalmente descontrolado, entonces la vida en este planeta sería imposible.

Lo único que Dios tiene que hacer para endurecer los corazones de las personas es quitar los frenos. Les da más libertad de acción. En lugar de refrenar su libertad humana, la incrementa. Les deja seguir su propio camino. En un sentido, les da la soga con que ahorcarse. No es que Dios ponga su mano en ellos para crear nueva maldad en sus corazones; meramente, su santa mano deja de refrenarlos y les permite hacer su propia voluntad.

Si hubiéramos de determinar cuáles son los hombres más inicuos

y diabólicos de la historia humana, ciertos nombres aparecerían en la lista de casi todos. Veríamos los nombres de Hitler, Nerón, Stalin y otros que han sido culpables de masacres y otras atrocidades. ¿Qué tienen esas personas en común? Fueron todos dictadores. Todos tenían, virtualmente, un poder y autoridad ilimitados dentro de la esfera de sus dominios.

¿Por qué decimos que el poder corrompe y que el poder absoluto corrompe absolutamente? (Sabemos que esto no se refiere a Dios, sino sólo al poder y la corrupción de los hombres.) El poder corrompe, precisamente, porque eleva a una persona por encima de los frenos normales que restringen al resto de nosotros. Yo soy refrenado por los conflictos de interés con personas que son tan poderosas o más poderosas que yo. Aprendemos pronto en la vida a restringir nuestra beligerancia hacia aquellos que son mayores que nosotros. Tendemos a entrar en conflictos de forma selectiva. La discreción tiende a prevalecer sobre el valor cuando nuestros oponentes son más poderosos que nosotros.

Faraón era el hombre más poderoso del mundo cuando Moisés fue a verle. Casi el único freno que había contra la iniquidad de Faraón era el santo brazo de Dios. Lo único que Dios tenía que hacer para endurecer más a Faraón era quitar su brazo. Las malvadas tendencias de Faraón hicieron el resto.

En el acto del endurecimiento pasivo, Dios toma la decisión de quitar los frenos; la parte inicua del proceso es realizada por Faraón mismo. Dios no hace violencia a la voluntad de Faraón. Como hemos dicho, simplemente le da a Faraón más libertad.

Vemos el mismo tipo de cosa en el caso de Judas y de los inicuos que Dios y Satanás utilizaron para afligir a Job. Judas no fue una pobre víctima inocente de la manipulación divina. No era un hombre justo a quien Dios forzó a traicionar a Cristo y después lo castigó por la traición. Judas traicionó a Cristo porque quería treinta monedas de plata. Como declara la Escritura, Judas era el hijo de perdición desde el principio. Sin duda, Dios utiliza las malvadas tendencias y las malvadas intenciones de los hombres caídos para llevar a cabo sus propios propósitos redentores. Sin Judas no hay cruz. Sin la cruz no hay redención. Este no es un caso en que Dios fuerza la maldad. Por el contrario, es un caso glorioso del triunfo redentor de Dios sobre la maldad. Los deseos malvados de los corazones de los hombres no pueden frustrar la soberanía de Dios. En realidad, están sujetos a la misma.

Cuando estudiamos el modelo del castigo divino de los inicuos, vemos emerger una especie de justicia poética. En la escena del juicio final del libro de Apocalipsis leemos lo siguiente:

El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía (Ap. 22:11).

En su acto final de juicio, Dios entrega a los pecadores a sus pecados. En efecto, los abandona a sus propios deseos. Así ocurrió con Faraón. Mediante este acto de juicio, Dios no manchó su propia justicia creando nueva maldad en el corazón de Faraón. El estableció su propia justicia castigando la maldad que ya había en Faraón.

Así es como debemos entender la doble predestinación. Dios muestra misericordia a los elegidos obrando la fe en sus corazones. El administra justicia a los réprobos dejándolos en sus propios pecados. No hay simetría aquí. Un grupo recibe misericordia. El otro grupo recibe justicia. Nadie es víctima de injusticia. Nadie puede quejarse de que haya injusticia en Dios.

Romanos 9

El pasaje más significativo en el Nuevo Testamento que tiene que ver con la doble predestinación se encuentra en Romanos 9.

Porque la palabra de la promesa es esta: Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo. Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí.

¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca.

Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Porque la Escritura dice a Faraón: Para

esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra. De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece (Ro. 9:9-18).

En este pasaje tenemos la expresión bíblica más clara que podemos encontrar para el concepto de la doble predestinación. Se expresa sin reservas y sin ambigüedad. "De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece." Algunos reciben misericordia, otros reciben justicia. La decisión en cuanto a esto está en la mano de Dios.

Pablo ilustra el carácter doble de la predestinación mediante su referencia a Jacob y Esaú. Estos dos hombres eran hermanos gemelos. Estuvieron en el mismo vientre y al mismo tiempo. Uno recibió la bendición de Dios y el otro no. Uno recibió una porción especial del amor de Dios, el otro no. Esaú fue "aborrecido" por Dios.

El odio divino que aquí se menciona no es expresión de una actitud insidiosa de malicia. El odio divino no es malicioso. Implica una retención de favor. Dios está "por" aquellos a quienes ama. Vuelve su rostro contra aquellos inicuos que no son objeto de su favor redentor especial. Aquellos a quienes ama reciben su misericordia. Aquellos a quienes "aborrece" reciben su justicia. Una vez más, nadie es tratado injustamente.

¿Por qué escogió Dios a Jacob y no a Esaú? ¿Previó Dios en Jacob algún acto justo que justificaría este favor especial? ¿Observó Dios los corredores del tiempo y vio a Jacob haciendo la elección acertada y a Esaú haciendo la elección equivocada?

Si esto era lo que el apóstol se proponía enseñar, no hubiera sido difícil aclarar este punto. Aquí tenía Pablo una magnífica oportunidad de enseñar una idea de presciencia en cuanto a la predestinación, si hubiese querido. Parece extraño ciertamente que no aproveche tal oportunidad. Pero esto no es un argumento de silencio. Pablo no guarda silencio sobre el tema. El elabora lo contrario. Enfatiza el hecho de que la decisión de Dios se tomó antes del nacimiento de estos gemelos y sin tomar en consideración sus acciones futuras.

La frase de Pablo en el versículo 11 es crucial. "Pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama". ¿Por qué dice esto el apóstol? El acento aquí se pone claramente en la obra de Dios. Niega enfáticamente que la elección sea resultado de la obra del hombre, prevista o de cualquier otra forma. Es el propósito de Dios conforme a su elección lo que aquí se considera.

Si Pablo quería decir que la elección se basa en alguna decisión humana prevista, ¿por qué no lo dijo así? Por el contrario, declara que el decreto se hizo antes que los hijos nacieran y antes que hubieran hecho algún bien o mal. Ahora bien, concedemos que una idea de la presciencia en cuanto a la predestinación es consciente de que el decreto divino se hizo anteriormente al nacimiento. Pero esa idea insiste en que la decisión de Dios se basó en su conocimiento de elecciones futuras. ¿Por qué no afirma esto Pablo aquí? Lo único que dice es que el decreto se hizo antes del nacimiento y antes que Jacob y Esaú hubieran hecho algún bien o mal.

Concedemos que en este pasaje Pablo no dice expresamente que la decisión de Dios no se basó en el futuro bien o mal de ellos. Pero no necesitaba decir eso. La implicación está clara a la luz de lo que sí dice. Pone el acento donde corresponde, en el propósito de Dios y no en la obra del hombre. La carga aquí está sobre aquellos que quieren añadir la noción modificadora crucial de elecciones previstas. La Biblia no la añade aquí ni en lugar alguno.

La cuestión es ésta: Si Pablo creía que la predestinación de Dios se basaba en elecciones humanas previstas, éste era el contexto en que podía expresarlo.

Debemos dar un paso más. Aunque Pablo guarda silencio acerca de la cuestión de elecciones futuras aquí, no continúa haciéndolo. En el versículo 16 lo deja claro. "Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia." Este es el golpe de gracia al arminianismo y a todas las demás ideas no reformadas de la predestinación. Esta es la Palabra de Dios que requiere que todos los cristianos desistan de las ideas acerca de la predestinación que hacen que la decisión final para la salvación dependa de la voluntad del hombre. El apóstol declara: "No depende del que quiere". Las ideas no reformadas deben decir que *depende* del que quiere. Esto es una contradicción violenta de la enseñanza de la Escritura. Este versículo solo es absolutamente fatal para el arminianismo.

Es nuestro deber honrar a Dios. Debemos confesar con el apóstol

que nuestra elección no se basa en nuestras voluntades, sino en los propósitos de la voluntad de Dios.

Pablo suscita dos preguntas retóricas en este pasaje que debemos considerar. La primera es: "¿Qué, pues, diremos? ¿Qúe hay injusticia en Dios?" ¿Por qué anticipa Pablo esta pregunta? Nadie suscita esa pregunta a un arminiano. Si nuestra elección se basa, en última instancia, en decisiones humanas, no hay necesidad de suscitar tal objeción.

Sin embargo, acerca de la doctrina bíblica de la predestinación sí se suscita esta pregunta. Es la predestinación basada en el propósito soberano de Dios, en su decisión sin tener en cuenta las elecciones de Jacob o Esaú, la que incita el clamor: "¡Dios no es justo!" Pero el clamor se basa en un entendimiento superficial del asunto. Es la protesta del hombre caído quejándose de que Dios no es lo suficientemente benévolo.

¿Cómo responde Pablo a la pregunta? No se da por satisfecho con decir meramente: "No, no hay injusticia en Dios." Por el contrario, su respuesta es tan enfática como le es posible hacerla. Dice: "¡En ninguna manera!"

La segunda objeción que Pablo anticipa es ésta: "Me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?" Una vez más nos preguntamos por qué anticipa el apóstol esta objeción. Esta es otra objeción que nunca se suscita contra el arminianismo. Las ideas no reformadas de la predestinación no tienen que preocuparse acerca de afrontar preguntas como ésta. Dios, evidentemente, inculparía a aquellos que sabía que no escogerían a Cristo. Si la base final para la salvación depende del poder de la elección humana, entonces se puede achacar la culpa fácilmente, y Pablo no tendría que enfrentarse con esta objeción anticipada. Pero se enfrenta con ella porque la doctrina bíblica de la predestinación exige que se enfrente con ella.

¿Cómo responde Pablo a esta pregunta? Examinemos su respuesta:

Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles? (Ro. 9:20-24).

Esta es una respuesta de peso. Debo confesar que tengo un conflicto con ella. Mi conflicto, sin embargo, no es acerca de si este pasaje enseña la doble predestinación. Esta claro que lo hace. Mi conflicto tiene que ver con el hecho de que este texto suministra municiones a los defensores de la igualdad final. Suena a que Dios está haciendo pecadores a los hombres activamente. Pero el texto no requiere eso. El hace vasos de ira y vasos de honra de la misma masa de barro. Pero si observamos atentamente el texto, veremos que el barro con que trabaja el alfarero es un barro "caído". Una porción de barro recibe misericordia con objeto de llegar a ser vasos de honra. Esa misericordia presupone un barro que es ya culpable. De la misma manera, Dios debe "soportar" los vasos de ira preparados para destrucción porque son vasos culpables de ira.

Una vez más, el acento en este pasaje recae en el propósito soberano de Dios, y no sobre las elecciones libres y buenas del hombre. Aquí vienen al caso las mismas suposiciones que en la primera pregunta.

La respuesta arminiana

Algunos arminianos responderán indignadamente a mi tratamiento de este texto. Están de acuerdo en que el pasaje enseña una firme idea de la soberanía divina. Su objeción tiene que ver con otro punto. Insisten en que Pablo no está ni siquiera hablando acerca de la predestinación de individuos en Romanos 9. Romanos 9 no tiene que ver con individuos sino con la elección de naciones por parte de Dios. Pablo está hablando aquí acerca de Israel como pueblo escogido de Dios. Jacob representa meramente a la nación de Israel. Su nombre mismo fue cambiado a Israel, y sus hijos llegaron a ser los padres de las doce tribus de Israel.

El hecho de que Dios favoreciera a Israel por encima de las demás naciones no se disputa. Jesús procedía de Israel. Fue de Israel de quien recibimos los Diez Mandamientos y las promesas del pacto con Abraham. Sabemos que la salvación es de los judíos.

Todo eso es cierto de Romanos 9. Debemos considerar, sin

embargo, que al elegir a una nación, Dios eligió a individuos. Las naciones están formadas por individuos. Jacob era un individuo. Esaú era un individuo. Aquí vemos claramente que Dios eligió en su soberanía a individuos al igual que a una nación. Debemos apresurarnos a añadir que Pablo *amplía* este tratamiento de la elección más allá de Israel en el versículo 24, cuando declara: "A los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles."

Elección incondicional

Volvamos por un momento a nuestro famoso acróstico, TULIP. Ya hemos altercado con la *T* y la *I* y lo hemos cambiado a RULEP. Si bien prefiero el término *elección soberana* a *elección incondicional*, no dañaré más el acróstico. Si lo cambiásemos a RSLEP ni siquiera rimaría con TULIP.

La elección incondicional quiere decir que nuestra elección es decidida por Dios conforme a su propósito, conforme a su voluntad soberana. No se basa en alguna condición prevista que algunos de nosotros cumpliríamos y otros no. No se basa en nuestro querer o en nuestro correr, sino en el propósito soberano de Dios.

El término *elección incondicional* puede despistar y ser utilizado erróneamente. En cierta ocasión conocí a un hombre que nunca había cruzado la puerta de una iglesia y que no mostraba evidencia alguna de ser cristiano. No hacía profesión de fe ni estaba implicado en actividad cristiana alguna. Me dijo que creía en la elección incondicional. Estaba confiado en que era elegido. No tenía que confiar en Cristo, no tenía que arrepentirse, no tenía que obedecer a Cristo.

Declaraba ser un elegido y que eso era suficiente. No necesitaba más condiciones de salvación. Estaba, en su opinión, salvado, santificado y satisfecho.

Debemos tener cuidado de distinguir entre las condiciones que son necesarias para la salvación y las condiciones que son necesarias para la elección. Con frecuencia hablamos de la elección y la salvación como si fueran sinónimas, pero no son exactamente lo mismo. La elección es *para* salvación. La salvación es, en su sentido más pleno, la obra completa de la redención que Dios realiza en nosotros.

Hay toda clase de condiciones que deben ser cumplidas por alguien para ser salvo. La principal entre ellas es que debe tener fe en Cristo. La justificación es por la fe. La fe es un requisito necesario. Sin duda, la doctrina reformada de la predestinación enseña que todos los elegidos son ciertamente llevados a la fe. Dios se encarga de que se cumplan las condiciones necesarias para la salvación.

Cuando decimos que la elección es incondicional, queremos decir que el decreto original de Dios por el cual escoge a algunos para ser salvos no depende de alguna condición futura en nosotros que Dios prevee. Nada hay en nosotros que Dios pudiera prever y que le indujera a escogernos. Lo único que prevería en las vidas de criaturas caídas abandonadas a su propia suerte sería el pecado. Dios nos escoge simplemente conforme al beneplácito de su voluntad.

¿Es Dios arbitrario?

Que Dios nos escoja no por lo que encuentre en nosotros, sino conforme a su beneplácito, suscita la acusación de que esto hace a Dios arbitrario. Sugiere que Dios hace su selección de manera antojadiza o caprichosa. Parece como si nuestra elección fuese el resultado de un sorteo ciego y frívolo. Si somos elegidos, ello se debe solamente a que tenemos suerte. Dios sacó nuestros nombres de un sombrero celestial.

Ser arbitrario es hacer algo por ninguna razón. Ahora bien, está claro que no hay *en nosotros* razón alguna para que Dios nos escoja. Pero eso no es lo mismo que decir que Dios no tiene alguna razón en sí mismo. Dios no hace nada sin tener alguna razón para ello. No es caprichoso o antojadizo. Dios es tan sobrio como soberano.

Un sorteo depende intencionadamente del azar. Dios no obra por azar. El sabía a quiénes seleccionaría. Conocía y amaba de antemano a sus elegidos. No fue una suerte ciega porque Dios no es ciego. Sin embargo, debemos aún insistir en que la razón decisiva para su elección no fue algo que conociera, viera o amara de antemano en nosotros.

A los calvinistas no nos gusta, en general, hablar de suerte. En lugar de desear a la gente "buena suerte", preferimos decir: "bendiciones providenciales". Sin embargo, si hubiésemos de

hablar de nuestro "día de suerte", señalaríamos aquel día en la eternidad cuando Dios decidió escogernos.

Volvamos nuestra atención a la enseñanza de Pablo sobre este asunto en Efesios:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado (Ef. 1:3-6).

Según el puro afecto de su voluntad. Esta es la afirmación apostólica que parece sugerir arbitrariedad divina. Pero cuando la Biblia habla del afecto de Dios, el término no se usa con frivolidad. Aquí afecto significa simplemente "lo que agrada". Dios nos predestina según lo que le agrada. La Biblia habla del *puro* afecto de Dios. El puro afecto de Dios nunca debe confundirse con un afecto erróneo. Lo que agrada a Dios es la bondad. Lo que nos agrada a nosotros no siempre es la bondad. Dios nunca se deleita en la iniquidad. Nada hay de inicuo acerca del puro afecto de su voluntad. Aunque la razón para escogernos no reside en nosotros sino en el afecto soberano de Dios, podemos estar seguros de que el afecto soberano de Dios es un afecto bueno.

Recordamos también cómo instruyó el apóstol a los cristianos filipenses. Les dijo: "...ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:12,13).

En este pasaje, Pablo no está enseñando que la elección es una empresa conjunta entre Dios y el hombre. La elección es exclusivamente la obra de Dios. Es, como hemos visto, *monergista*. Pablo está hablando aquí acerca de la puesta en práctica de nuestra salvación que sigue a nuestra elección. Se está refiriendo específicamente aquí al proceso de nuestra santificación. La santificación no es monergista es *sinergista*. Esto es, demanda la cooperación del creyente regenerado. Somos llamados a trabajar para crecer en la gracia. Hemos de trabajar duramente, combatiendo contra el pecado hasta la sangre si es necesario, golpeando nuestros cuerpos si eso es lo que se requiere para subyugarlos.

Somos llamados a esta obra seria de la santificación por xhortación divina. La obra ha de ser llevada a cabo en un espíritu le temor y temblor. Nuestra santificación no es un asunto ocasional. No lo enfocamos de forma caballeresca, diciendo simplemente: 'Eso es cosa de Dios." Dios no lo hace todo por nosotros.

Tampoco, sin embargo, nos deja Dios ocuparnos en nuestra salvación por nosotros mismos, en nuestra propia fuerza. Somos consolados por su segura promesa de producir en nosotros así el querer como el hacer lo que a El le agrada.

Recientemente oí un sermón del gran predicador escocés Eric Alexander, en el cual enfatizaba que Dios está obrando en nosotros por su buena voluntad. Pablo no dice que Dios esté obrando en nosotros por *nuestra* buena voluntad. No siempre estamos completamente a gusto con lo que Dios está haciendo en nuestras vidas. A veces, experimentamos un conflicto entre el propósito de Dios y nuestro propio propósito. Yo nunca escojo sufrir a propósito. Sin embargo, puede estar dentro del propósito soberano de Dios que yo sufra. El nos promete que, por su soberanía, todas las cosas obran para el bien de los que le aman y son llamados conforme a su propósito.

Mis propósitos no siempre incluyen el bien de Dios. Yo soy pecador. Afortunadamente para nosotros, Dios no es pecador. El es totalmente justo. Sus propósitos son siempre y en todo lugar justos. Sus propósitos obran para mi bien, aun cuando sus propósitos estén en conflicto con mis propósitos. Quizá debería decir: "*Especialmente*, cuando sus propósitos están en conflicto con mis propósitos". Lo que le agrada a El es bueno para mí. Esa es una de las lecciones más difíciles que los cristianos aprendan jamás.

Nuestra elección es incondicinal excepto por una cosa. Hay un requisito que debemos cumplir antes que Dios nos elija jamás. Para ser elegidos, debemos primero ser pecadores.

Dios no elige a los justos para salvación. No necesita elegir a los justos para salvación. Los justos no necesitan ser salvados. Sólo los pecadores necesitan un salvador. Los que están sanos no tienen necesidad de médico.

Cristo vino a buscar y a salvar a los que estaban realmente perdidos. Dios le envió al mundo no sólo para hacer posible nuestra salvación, sino para hacerla segura. Cristo no ha muerto en vano. Sus ovejas son salvadas a través de su vida impecable y su muerte expiatoria. Nada hay de arbitrario en eso.

Resumen del capítulo 7

1. No todos los hombres son predestinados para salvación.
2. Hay dos aspectos o lados de la cuestión. Hay aquellos que son elegidos y aquellos que no son elegidos.
3. La predestinación es "doble".
4. Debemos tener cuidado de no pensar en términos de igualdad final.
5. Dios no crea el pecado en los corazones de los pecadores.
6. Los elegidos reciben misericordia. Los no elegidos reciben justicia.
7. Nadie recibe injusticia por parte de Dios.
8. El "endurecimiento de los corazones" por parte de Dios es en sí mismo un justo castigo por el pecado que ya está presente.
9. La elección que Dios hace de los elegidos es soberana, pero no arbitraria.
10. Todas las decisiones de Dios fluyen de su santo carácter.

8. ¿Podemos saber que somos salvos?

El ministerio de Evangelismo Explosivo tiene como clave para la presentación del Evangelio dos preguntas cruciales. La primera es: "¿Has alcanzado una posición en tu vida espiritual en la que sepas *con seguridad* que cuando mueras irás al cielo?" Los obreros con experiencia dicen que la inmensa mayoría de las personas responden a esta pregunta negativamente. La mayoría de la gente no está segura de su salvación futura. Muchos, si no la mayoría, expresan serias dudas acerca de si tal seguridad es inclusive posible. Cuando yo estaba en el seminario, se hizo una estadística entre mis compañeros de clase. Entre aquel grupo concreto de seminaristas, aproximadamente el 90% de ellos dijeron que no estaban seguros de su salvación. Muchos expresaron enojo ante la pregunta, viendo en ella una especie de presunción implícita. Parece arrogante a algunos aun hablar acerca de la seguridad de la salvación.

Sin duda, afirmar nuestra seguridad de salvación puede ser un acto de arrogancia. Si nuestra confianza en nuestra salvación se apoya en una confianza en nosotros mismos, es un acto de arrogancia. Si estamos seguros de ir al cielo porque pensamos merecer ir al cielo, entonces nuestra actitud es increíblemente arrogante.

Con respecto a la seguridad de la salvación, hay básicamente cuatro clases de personas en el mundo. (1) Hay quienes no son salvos y saben que no son salvos. (2) Hay quienes son salvos y no saben que son salvos. (3) Hay quienes son salvos y saben que son salvos. (4) Hay quienes no son salvos y "saben" que son salvos.

Si hay quienes no son salvos que "saben" que son salvos, ¿cómo pueden saber los que *son* salvos que son realmente salvos?

Para responder a esa pregunta, debemos hacer primero otra pregunta. ¿Por qué tienen algunos una falsa seguridad de su salvación? En realidad, es relativamente fácil. La falsa seguridad se deriva, principalmente, de un falso entendimiento de lo que la salvación requiere o implica.

Supongamos, por ejemplo, que alguien es universalista. Cree que todas las personas son salvas. Si esa premisa es correcta, entonces el resto de su deducción lógica es fácil. Su razonamiento es el siguiente:

Todas las personas son salvas.
Yo soy una persona.
Por tanto, soy salvo.

El universalismo es mucho más prevaleciente de lo que muchos de nosotros nos damos cuenta. Cuando mi hijo tenía cinco años, le hice las dos preguntas de Evangelismo Explosivo. Respondió a la primera pregunta afirmativamente. Estaba seguro de que cuando muriera iría al cielo. Procedí entonces a hacerle la segunda pregunta. "Si murieras esta noche y Dios te dijera: '¿Por qué debería dejarte entrar en mi cielo?', ¿qué responderías?" Mi hijo no dudó. Respondió inmediatamente: "¡Porque estoy muerto!"

Por el tiempo en que mi hijo tenía cinco años, ya había percibido un mensaje muy claro. El mensaje era que todos los que mueren van al cielo. Su doctrina de la justificación no era justificación por la fe sola. No era siquiera justificación por obras o una combinación de fe y obras. Su doctrina era mucho más simple; creía en la justificación por la muerte. Tenía una falsa seguridad de su salvación.

Si el universalismo está extendido en nuestra cultura, así lo está el concepto de la justificación por obras. En un sondeo estadístico entre más de mil personas a quienes se hizo la misma pregunta que yo le hice a mi hijo, más del 80% dieron una respuesta que implicaba alguna clase de "obras de justicia". La gente decía cosas como: "He ido a la iglesia durante treinta años", "he asistido regularmente a la escuela dominical", o "nunca he hecho ningún daño grave a nadie".

Aprendí algo claramente en mi experiencia en la evangelización: el mensaje de la justificación por la fe sola no ha penetrado en nuestra cultura. Multitudes de personas están basando sus esperanzas en cuanto al cielo en sus propias buenas obras. Están

bastante dispuestos a admitir que no son perfectos, pero dan por supuesto que son lo suficientemente buenos. Han hecho "lo mejor posible" y eso, suponen trágicamente, es suficientemente bueno para Dios.

Recuerdo a un estudiante protestando a John Gerstner acerca de una puntuación que recibió en un examen trimestral. Puntualizó su queja diciendo: "Dr. Gerstner, hice lo mejor que pude". Gerstner le miró y dijo suavemente: "Joven, tú *nunca* has hecho lo mejor que has podido."

Sin duda, no creemos haber hecho lo mejor que hemos podido. Si revisamos nuestra actuación durante las últimas veinticuatro horas, sabremos que no hemos hecho lo mejor que hemos podido. No es necesario revisar nuestra vida entera para ver cuán plausible es dicha afirmación.

Sin embargo, aun si concedemos lo que de hecho nunca concederíamos, que la gente hace lo mejor que puede, sabemos que aun eso no es lo suficientemente bueno. Dios requiere la perfección para dejarnos entrar en su cielo. O bien encontramos esa perfección en nosotros mismos, o la encontramos en algún otro lugar, en alguna otra persona. Si pensamos que podemos encontrarla en nosotros mismos, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.

Vemos, pues, que es bastante fácil tener una falsa sensación de seguridad acerca de nuestra salvación. Pero ¿y si entendemos correctamente lo que requiere la salvación? ¿Garantiza eso que evitaremos una falsa seguridad de salvación?

De ninguna manera. El diablo mismo sabe lo que se requiere para la salvación. Sabe quién es el Salvador. Entiende la parte intelectual de la salvación mejor que nosotros. Pero no pone su confianza personal en Cristo para su salvación. Odia al Jesús que es el Salvador.

Podemos entender correctamente lo que es la salvación y, sin embargo, engañarnos a nosotros mismos acerca de si cumplimos o no los requisitos de la salvación. Podemos pensar que tenemos fe cuando, de hecho, no tenemos fe. Podemos pensar que estamos creyendo en Cristo, pero el Cristo que abrazamos no es el Cristo bíblico. Podemos pensar que amamos a Dios, pero el Dios que amamos es un ídolo.

¿Amamos a un Dios que es soberano? ¿Amamos a un Dios que envía a la gente al infierno? ¿Amamos a un Dios que demanda

obediencia absoluta? ¿Amamos a un Cristo que dirá a algunos en el último día: "Apartaos de mí, nunca os conocí"? No estoy preguntando si amamos a este Dios y a este Cristo perfectamente; estoy preguntando si amamos a este Dios y a este Cristo en absoluto.

Una de mis anécdotas favoritas de todos los tiempos la relata el Dr. James Montgomery Boice. El Dr. Boice habla de un escalador que se soltó de su cuerda y estaba a punto de caer miles de metros y morir. Presa del pánico, agarró un endeble arbusto que crecía en una roca en la ladera de la montaña. Este detuvo momentáneamente su caída, pero comenzó a desprenderse lentamente por las raíces. El escalador miró al cielo y gritó: "¿Hay alguien allí que me pueda ayudar?" Desde el cielo se oyó una profunda voz de bajo. "Sí, te ayudaré. Confía en mí. Suelta el arbusto." El escalador miró la caverna que tenía debajo y gritó una vez más: "¿Hay alguien más allí que pueda ayudarme?"

Es posible que el Dios en quien creemos es "alguien más". He hablado con frecuencia a un grupo de personas asociadas con *Young Life* (Vida Joven), el ministerio que lleva a cabo una importante misión entre los adolescentes. La fuerza de *Young Life* es al mismo tiempo su mayor peligro. *Young Life* tiene un índice terriblemente elevado de jóvenes que hacen profesiones de fe y posteriormente repudian esa profesión.

Young Life ha llevado a cabo una obra destacada para alcanzar a los adolescentes. Son maestros en hacer atractivo el Evangelio. El peligro es, sin embargo, que *Young Life* es tan atractivo, tan primoroso, que los jóvenes pueden ser convertidos a *Young Life* y nunca relacionarse con el Cristo bíblico. En ninguna manera busca ser esto una crítica de *Young Life*. No estoy sugiriendo que, por tanto, deberíamos hacer el Evangelio repulsivo. Ya hacemos eso suficientemente. Es sólo para indicar que a todos se nos debe recordar que la gente puede responder a nosotros, o a nuestro grupo, como un sustituto de Cristo y, de esa manera, obtener una falsa seguridad de salvación.

Bajo un punto de vista bíblico, debemos darnos cuenta que no sólo nos es posible tener una auténtica seguridad de nuestra salvación, sino que es nuestro *deber* buscar tal seguridad. Si la seguridad es posible, y si se nos manda tenerla, no es arrogante buscarla. Es arrogante no buscarla.

El apóstol Pedro escribe:

Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 P. 1:10,11).

Aquí vemos el mandato de hacer firme nuestra elección. Hacer esto requiere diligencia. Tenemos aquí una preocupación pastoral. Pedro vincula la seguridad con estar libres de tropiezo. Uno de los factores más importantes que contribuyen al crecimiento espiritual del cristiano, un crecimiento espiritual consecuente, es la seguridad de la salvación. Hay muchos cristianos que están, ciertamente, en un estado de salvación que carece de seguridad. Carecer de seguridad es un grave obstáculo al crecimiento espiritual. La persona que no está segura de su estado de gracia se expone a dudas y temores en su alma. Carece de ancla para su vida espiritual. Su incertidumbre le hace andar con Cristo tentativamente.

No sólo es importante que alcancemos una auténtica seguridad, sino que es importante que la alcancemos al principio de nuestra experiencia cristiana. Es un elemento clave en nuestro crecimiento hacia la madurez. Los pastores necesitan ser conscientes de eso y ayudar a sus rebaños en la búsqueda diligente de la seguridad.

Nunca sé con seguridad si las personas que encuentro son elegidas o no. No puedo penetrar en las almas de los demás. Como seres humanos, nuestra idea acerca de los demás está restringida a las apariencias externas. No podemos ver el corazón. La única persona que puede saber con seguridad que eres un elegido eres tú.

¿Quién puede saber con seguridad que no es un elegido? Nadie. Puedes estar seguro que en este momento no te halles en un estado de gracia. No puedes saber con seguridad que mañana no te hallarás en un estado de gracia. Hay multitudes de elegidos a nuestro alrededor que no están aún convertidos.

Una persona así podría decir: "No sé si soy un elegido o no, y no me preocupa lo más mínimo. Apenas puede haber mayor necedad. Si no sabes aún si eres un elegido, no puedo pensar en una cuestión más urgente que esa.

Si no estás seguro, el mejor consejo sería que te aseguraras. Nunca des por supuesto que no eres un elegido. Haz de tu elección objeto de certeza.

El apóstol Pablo estaba seguro de su elección. Frecuentemente

utilizaba el término *nosotros* cuando hablaba de los elegidos. Dijo hacia el final de su vida:

Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Ti. 4:6-8).

Anteriormente en la misma epístola declaró:

Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día (2 Ti. 1:12).

¿Cómo podemos nosotros, al igual que Pablo, tener verdadera seguridad, una seguridad que no sea espúrea? La verdadera seguridad se fundamenta en las promesas de Dios para nuestra salvación. Nuestra seguridad procede, ante todo, de nuestra confianza en el Dios que hace estas promesas. En segundo lugar, nuestra seguridad es realzada por la *evidencia interna* de nuestra propia fe. Sabemos que jamás podríamos tener un verdadero afecto por Cristo si no hubiéramos nacido de nuevo. Sabemos que no podríamos nacer de nuevo si no fuéramos elegidos. Un conocimiento de la sana teología es vital para nuestra seguridad. Si tenemos un entendimiento correcto de la elección, ese entendimiento nos ayudará a interpretar estas evidencias internas.

Sé internamente que no amo totalmente a Cristo. Pero al mismo tiempo sí sé que le amo. Me regocijo interiormente al pensar en su triunfo. Me regocijo interiormente al pensar en su venida. Deseo su exaltación. Sé que ninguno de estos sentimientos que encuentro en mí podrían jamás estar ahí si no fuera por la gracia.

Cuando un hombre y una mujer están enamorados, damos por supuesto que son conscientes de ello. Una persona es generalmente capaz de discernir si está o no enamorada de otra persona. Esto procede de una seguridad interna.

Además de la evidencia interna de la gracia, hay también una evidencia externa. Deberíamos poder ver fruto visible de nuestra conversión. La evidencia externa, sin embargo, puede también ser causa de nuestra falta de seguridad. Podemos ver el pecado que

permanece en nuestras vidas. Tal pecado no contribuye a nuestra seguridad. Nos vemos a nosotros mismos pecando y nos preguntamos: "¿Cómo puedo hacer estas cosas si realmente amo a Cristo?"

Para tener seguridad debemos hacer un sobrio análisis de nuestras vidas. No sirve de mucho compararnos con los demás. Siempre podremos encontrar a otros que hayan avanzado más en su santificación que nosotros. Podemos también encontrar a otros que hayan avanzado menos. No hay dos personas que se encuentren jamás en el mismo grado de crecimiento espiritual.

Debemos preguntarnos si vemos un cambio real en nuestra conducta, una evidencia externa real de la gracia. Esto es un proceso precario, porque podemos mentirnos a nosotros mismos. Es una tarea difícil de realizar, pero de ninguna manera imposible.

Tenemos un método más vital para alcanzar la seguridad. Se nos habla en la Escritura acerca del testimonio interno del Espíritu Santo. Pablo afirma que "el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios" (Ro. 8:16).

El principal medio por el cual el Espíritu nos testifica es a través de su Palabra. Nunca tengo mayor seguridad que cuando estoy meditando en la Palabra de Dios. Si descuidamos este medio de gracia, es difícil tener una seguridad de nuestra salvación que sea duradera o fuerte.

Un teólogo reformado, A.A. Hodge, ofrece la siguiente lista de distinciones entre la verdadera y la falsa seguridad:

Verdadera seguridad	*Falsa seguridad*
Engendra una humildad genuina	Engendra orgullo espiritual
Conduce a la diligencia en la santidad	Conduce a una indulgencia indolente
Conduce a un autoexamen sincero	Evita una evaluación exacta
Conduce a desear una comunión más íntima con Dios	Es fría en cuanto a la comunión con Dios

La seguridad de la salvación puede aumentar o disminuir. Podemos incrementar nuestra seguridad o podemos reducirla. Podemos inclusive perderla totalmente, al menos por un tiempo. Hay muchas

cosas que pueden hacer que se nos escape nuestra seguridad. Podemos volvernos descuidados en preservarla. La diligencia a la que somos llamados para hacer firme nuestra elección es una diligencia continua. Si nos volvemos indolentes en nuesta seguridad y comenzamos a darla por supuesto, corremos el riesgo de perder esa seguridad.

El mayor peligro para nuestra seguridad continua es una caída en algún pecado grave e indecoroso. Conocemos el amor que cubre una multitud de pecados. Sabemos que no tenemos que ser perfectos para tener seguridad de salvación. Pero cuando caemos en unos tipos especiales de pecados, nuestra seguridad es brutalmente sacudida. El pecado de adulterio de David le hizo temblar de terror delante de Dios. Si leemos su oración de confesión en el salmo 51, podemos oír el lamento de un hombre que está luchando por conseguir de nuevo su seguridad. Después que Pedro maldijo y negó a Cristo y los ojos de Cristo se fijaron en él, ¿en qué estado se hallaba la seguridad de Pedro?

Todos experimentamos períodos de frialdad espiritual en los cuales nos sentimos como si Dios hubiera quitado totalmente de nosotros la luz de su rostro. Los santos lo han llamado la "noche oscura del alma". Hay tiempos en que nos sentimos como si Dios nos hubiera abandonado. Pensamos que ya no oye nuestras oraciones. No sentimos la dulzura de su presencia. En tiempos como éstos, cuando nuestra seguridad ha decaído, debemos inclinarnos hacia El con toda nuestra fuerza. El nos promete que, si nos acercamos a El, El a su vez se acercará a nosotros. Finalmente, podemos ser sacudidos en nuestra seguridad si nos vemos expuestos a un gran sufrimiento. Una enfermedad grave, un doloroso accidente, la pérdida de un ser querido pueden perturbar nuestra seguridad. Sabemos que Job clamó: "Aunque él me matare, en él esperaré". Ese fue el clamor de un hombre dolorido. Dijo estar seguro de que su Redentor vivía, pero estoy seguro que Job tuvo momentos en que las dudas le asaltaron.

Una vez más, es la Palabra de Dios la que nos conforta en tiempos de prueba. Nuestras tribulaciones no tienen, en última instancia, el efecto de destruir nuestra esperanza, sino de establecerla. Pedro escribió:

Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría (1 P. 4:12,13).

Cuando estamos atentos a las promesas de Dios, nuestro sufrimiento puede ser utilizado para incrementar nuestra seguridad en vez de disminuirla. No es necesario que tengamos una crisis de fe. Nuestra fe puede ser fortalecida a través del sufrimiento. Dios promete que nuestro sufrimiento, en última instancia, no tendrá meramente como resultado el gozo, sino un gozo *con gran alegría.*

¿Podemos perder nuestra salvación?

Ya hemos afirmado que es posible perder nuestra seguridad de salvación. Eso no significa, sin embargo, que perdamos la salvación misma. Estamos considerando ahora la cuestión de la seguridad eterna. ¿Puede una persona justificada perder su justificación?

Sabemos cómo ha respondido a la pregunta la Iglesia Católica Romana. Roma insiste en que la gracia de la justificación puede, de hecho, perderse. El sacramento de la penitencia, que exige la confesión, fue establecido por esta misma razón. Roma llama al sacramento de la penitencia la "segunda tabla de justificación para los que han naufragado en cuanto a sus almas".

Según Roma, la gracia salvífica se destruye en el alma cuando una persona comete un pecado "mortal". El pecado mortal se llama así porque tiene el poder de matar la gracia. La gracia puede morir. Si es destruida por el pecado mortal, debe ser restaurada mediante el sacramento de la penitencia o el pecador mismo perecerá finalmente.

La fe reformada no cree en el pecado mortal a la manera en que lo hace Roma. Nosotros creemos que todos los pecados son mortales en el sentido de merecer la muerte, pero que ningún pecado es mortal en el sentido de que destruya la gracia de la salvación en los elegidos. (Posteriormente consideraremos el "pecado imperdonable" acerca del cual nos advirtió Jesús.)

La idea reformada de la seguridad eterna recibe el nombre de "perseverancia de los santos", la P en TULIP. La idea aquí es: "Una vez en la gracia, siempre en la gracia. Otra forma de afirmarlo es: "Si la tienes, nunca la perderás; si la pierdes, nunca la tuviste."

Nuestra confianza en la perseverancia de los santos no se apoya en nuestra confianza en la capacidad de los santos para perseverar por sí mismos. Una vez más, me gustaría modificar el acróstico TULIP ligeramente. La misma letra, pero nueva palabra. Prefiero hablar de la *preservación* de los santos.

La razón por la que los verdaderos cristianos no caen de la gracia es que Dios benévolamente los guarda de caer. La perseverancia es lo que nosotros hacemos. La preservación es lo que Dios hace. Nosotros perseveramos porque Dios preserva.

La doctrina de la seguridad eterna o perseverancia se basa en las promesas de Dios. Algunos de los pasajes bíblicos clave se mencionan a continuación:

Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Fil. 1:6).

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre (Jn. 10:27-29).

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero (1 P. 1:3-5).

Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados (He. 10:14).

¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito:

Por causa de ti somos muertos todo el tiempo;
Somos contados como ovejas de matadero.
Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro. 8:33 39).

Vemos por estos pasajes que el fundamento de nuestra confianza en la perseverancia es el poder de Dios. Dios promete acabar lo que comienza. Nuestra confianza no se apoya en la voluntad del hombre. Esta diferencia entre la voluntad del hombre y el poder de Dios separa a los calvinistas de los arminianos. El arminiano sostiene que Dios elige personas para vida eterna sólo bajo la condición de su cooperación voluntaria con la gracia y la perseverancia en la gracia hasta la muerte, como El las ha previsto. La Iglesia Católica Romana, por ejemplo, ha decretado lo siguiente: "Si alguien dice que un hombre una vez justificado no puede perder la gracia y, por tanto, que el que cae y peca nunca fue verdaderamente justificado, sea anatema" (Concilio de Trento: 6/23).

Los protestantes arminianos hicieron una declaración similar: "Hay personas verdaderamente regeneradas que, al descuidar la gracia y contristar al Espíritu Santo con el pecado, se apartan totalmente y, a la larga, finalmente, caen de la gracia a la reprobación eterna" (ver Conferencia de los Remonstrantes 11/7).

Un argumento principal ofrecido por los arminianos es que es inconsecuente con el libre albedrío del hombre que Dios "fuerce" su perseverancia. Sin embargo, los arminianos mismos creen que los creyentes no caerán de la gracia en el cielo. En nuestro estado de glorificación, Dios nos hará incapaces de pecar. Sin embargo, los santos glorificados en el cielo son aún libres. Si la preservación y la libre voluntad son condiciones consecuentes en el cielo, es imposible que sean condiciones inconsecuentes aquí en la Tierra. Los arminianos, una vez más, intentan probar demasiado con su idea de la libertad humana. Si Dios puede preservarnos en el cielo sin destruir nuestra libre voluntad, puede preservarnos en la Tierra sin destruir nuestra libre voluntad.

Podemos perseverar sólo porque Dios obra dentro de nosotros, con nuestra libre voluntad. Y porque Dios actúa en nosotros, es

seguro que perseveraremos. Los decretos de Dios con respecto a la elección son inmutables. Estos no cambian porque El no cambia. A todos los que justifica los glorifica. Ninguno de los elegidos se pierde jamás.

¿Por qué, pues, nos parece que muchos caen de la gracia? Todos hemos conocido a personas que han comenzado con la fe cristiana celosamente, sólo para repudiar su fe posteriormente. Hemos oído acerca de grandes dirigentes cristianos que han cometido graves pecados y escandalizado su profesión de fe.

La fe reformada reconoce prontamente que las personas hacen profesiones de fe y luego las repudian. Sabemos que los cristianos se "enfrían". Sabemos que los cristianos pueden cometer, y de hecho cometen, pecados graves y detestables.

Creemos que los verdaderos cristianos pueden caer grave y radicalmente. No creemos que puedan caer total y *finalmente*. Observamos el caso del rey David, que fue culpable no sólo de adulterio, sino de conspiración en la muerte de Urías, el marido de Betsabé. David utilizó su poder y autoridad para asegurarse de que Urías muriese en la batalla. Esencialmente, David fue culpable de asesinato en primer grado, premeditado y con malicia preconcebida.

La conciencia de David estaba tan cauterizada, su corazón tan endurecido, que requirió nada menos que una confrontación directa con un profeta de Dios el volverle a su sentido. Su arrepentimiento subsiguiente fue tan profundo como su pecado. David pecó radicalmente, pero no total y finalmente. Fue restaurado.

Consideremos la historia de dos personajes famosos en el Nuevo Testamento. Ambos fueron llamados por Jesús para ser discípulos. Ambos caminaron al lado de Jesús durante su ministerio terrenal. Ambos traicionaron a Jesús. Sus nombres son Pedro y Judas.

Después de traicionar Judas a Cristo, salió y cometió suicidio. Después de traicionar Pedro a Cristo, se arrepintió y fue restaurado, surgiendo como un pilar de la Iglesia primitiva. ¿Cuál era la diferencia entre estos dos hombres? Jesús predijo que ambos le traicionarían. Cuando terminó de hablar con Judas, le dijo: "Lo que vas ha hacer, hazlo más pronto."

Jesús habló de forma diferente a Pedro. Le dijo: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo, pero yo he rogado por ti que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Lc. 22:31,32).

Notemos cuidadosamente lo que dijo Jesús. No dijo si, sino *una vez*. Jesús estaba confiado en que Pedro volvería. Su caída sería radical y grave, pero no total y final.

Está claro que la confianza de Jesús en la vuelta de Pedro no se basaba en la fuerza de Pedro. Jesús sabía que Satanás zarandearía a Pedro como a trigo. Esto es como decir que Pedro era "pan comido" para Satanás. La confianza de Jesús se basaba en el poder de la intercesión de Jesús. Es por la promesa de Cristo de que El sería nuestro Gran Sumo Sacerdote, nuestro Abogado para con el Padre, nuestro Justo Intercesor, por lo que creemos que perseveraremos. Nuestra confianza es en nuestro Salvador y nuestro Sacerdote que ora por nosotros.

La Biblia registra una oración que Jesús ofreció por nosotros en Juan 17. Debemos leer esta gran oración sumosacerdotal frecuentemente. Examinemos una porción de la misma:

...guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliese (Jn. 17:11,12).

Una vez más leemos:

Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo (v.24).

Nuestra preservación es una obra trinitaria. Dios el Padre nos guarda y preserva. Dios el Hijo intercede por nosotros. Dios el Espíritu Santo habita en nosotros y nos asiste. Se nos ha dado el "sello" y las "arras" del Espíritu Santo (2 Ti. 2:19; Ef. 1:14; Ro. 8:23). Estas figuras son figuras de una garantía divina. El sello del Espíritu es una marca indeleble, como la impresión en cera del anillo de sellar de un monarca. Indica que somos su posesión. Las arras del Espíritu no son idénticas al depósito que se paga en las transacciones modernas de fincas. Tal depósito puede perderse. En términos bíblicos, las arras del Espíritu son un depósito con una promesa de pagar el resto. Dios no pierde sus arras. No deja sin acabar los pagos que comenzó. Las primicias del Espíritu garantizan que los últimos frutos vendrán.

Una analogía de la obra preservadora de Dios puede verse en la imagen de un Padre tomando la mano de su hijo pequeño al caminar juntos. En la idea arminiana, la seguridad del hijo se apoya en la fuerza con que el hijo se aferra a la mano del padre. Si el hijo se suelta, perecerá. En la idea calvinista, la seguridad del hijo se apoya en la fuerza con que el padre agarra al hijo. Si el hijo deja de agarrarse, el padre le agarra firmemente. El brazo del Señor no se ha acortado.

Nos preguntamos aún por qué parece que algunos, en efecto, se apartan total y finalmente. Aquí debemos hacernos eco de las palabras del apóstol Juan: "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros" (1 Jn. 2:19).

Repetimos nuestro aforismo: Si la tenemos, nunca la perdemos; si la perdemos, nunca la tuvimos. Reconocemos que la Iglesia de Jesucristo es un cuerpo mixto. Hay cizaña que crece al lado del trigo; cabritos que viven al lado de las ovejas. La parábola del sembrador deja claro que las personas pueden experimentar una falsa conversión. Pueden tener una fe aparente, pero esa fe puede no ser genuina.

Conocemos a personas que han sido "convertidas" muchas veces. Cada vez que hay un avivamiento en la iglesia, pasan al frente y se "salvan". Un ministro habló de un hombre en su congregación que había sido "salvado" diecisiete veces. Durante una reunión de avivamiento, el evangelista hizo un llamamiento para pasar al frente a todos los que quisieran ser llenos del Espíritu. El hombre que había sido convertido con tanta frecuencia avanzó hacia el frente de nuevo. Una mujer en la congregación gritó: "¡No lo llenes, Señor. Tiene un escape!"

Todos tenemos un escape hasta cierto punto. Pero ningún cristiano está total y finalmente vacío del Espíritu de Dios. Los que se vuelven "inconversos" nunca fueron convertidos en un principio. Judas era un hijo de perdición desde el principio. Su conversión fue espúrea. Jesús no oró por su restauración. Judas no perdió al Espíritu Santo, porque nunca tuvo al Espíritu Santo.

Por supuesto, nada hay de malo en los repetidos llamamientos a un compromiso con Cristo. Podemos pasar al frente muchas veces o responder a invitaciones repetidamente y no estar exactamente seguros de cuál de las respuestas fue verdaderamente genuina. Dos beneficios de respuestas repetidas a llamamientos evangelísticos han de fortalecer nuestra seguridad de salvación y profundizar nuestro compromiso con Cristo.

Advertencias bíblicas acerca de la apostasía

Probablemente, los argumentos más fuertes que ofrecen los arminianos contra la doctrina de la perseverancia de los santos proceden de las múltiples advertencias en la Escritura contra la apostasía. Pablo, por ejemplo, escribe: "Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Co. 9:27).

Pablo habla en otra parte acerca de hombres que han sido apóstatas: "Y su palabra carcomerá como gangrena; de los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos" (2 Ti. 2:17,18).

Estos pasajes sugieren que es posible que los creyentes sean "eliminados" o que su fe sea "trastornada". Es importante, sin embargo, ver cómo Pablo concluye su declaración a Timoteo. "Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo" (v.19).

Pedro habla también de puercas lavadas revolcándose de nuevo en el cieno y de perros que vuelven a su vómito, comparándolos con personas que se han apartado tras ser instruidos en el camino de la justicia. Estos son falsos convertidos cuyas naturalezas nunca han sido cambiadas (2 P. 2:22).

Hebreos 6

El texto que contiene la más solemne advertencia contra la apostasía es también el más controversial con respecto a la doctrina de la perseverancia. Se encuentra en Hebreos 6:

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados

para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio (vv. 4-6).

Ese pasaje sugiere fuertemente que los creyentes pueden apostatar y lo hacen, total y finalmente. ¿Cómo hemos de entenderlo?

El significado pleno del pasaje es difícil por varias razones. La primera es que no sabemos con seguridad qué caso de apostasía está implicado en este texto, pues no estamos seguros acerca del autor o los destinatarios de Hebreos. Había dos asuntos candentes en la Iglesia primitiva que podían haber provocado esta terrible advertencia.

El primer asunto era el problema de los así llamados *relapsos*. Los *relapsos* eran aquellos que durante una severa persecución no guardaron la fe. No todos los miembros de la Iglesia fueron a los leones cantando himnos. Algunos se vinieron abajo y se retractaron de su fe. Algunos traicionaron inclusive a sus camaradas y colaboraron con los romanos. Cuando acababan las persecuciones algunos de los que habían sido traidores se arrepentían y buscaban la readmisión en la Iglesia. Cómo habían de ser recibidos era una controversia no pequeña.

El otro asunto candente estaba provocado por los judaizantes. La influencia destructiva de este grupo se trata en varias partes del Nuevo Testamento, muy especialmente en el libro de Gálatas. Los judaizantes querían profesar a Cristo y, al mismo tiempo, propugnaban las ceremonias de culto del Antiguo Testamento. Insistían, por ejemplo, en la circuncisión ceremonial. Creo que era la herejía judaizante la que preocupaba al autor de Hebreos.

Un segundo problema es identificar la naturaleza de aquellos que están siendo advertidos contra la apostasía en Hebreos. ¿Son verdaderos creyentes o son cizaña creciendo entre el trigo? Debemos recordar que hay tres clases de personas que nos interesan aquí. Hay (1) creyentes, (2) incrédulos en la Iglesia, y (3) incrédulos fuera de la Iglesia.

El libro de Hebreos traza varios paralelos con el Israel del Antiguo Testamento, especialmente con aquellos en el campamento que eran apóstatas. ¿Quiénes son estas personas en Hebreos? ¿Cómo se les describe? Hagamos una lista de sus atributos:

1. Una vez iluminados

2. Gustaron del don celestial

3. Partícipes del Espíritu Santo

4. Gustaron de la buena Palabra de Dios

5. No pueden ser renovados otra vez para arrepentimiento

A primera vista, esta lista ciertamente parece describir a verdaderos creyentes. Sin embargo, puede también estar describiendo a miembros de iglesia que no son creyentes, personas que han hecho una falsa profesión de fe. Todos estos atributos pueden ser poseídos por no creyentes. La cizaña que viene a la iglesia cada semana oye la Palabra de Dios enseñada y predicada, y de esta manera es "iluminada". Participan de todos los medios de gracia. Se unen a los demás en la Cena de Señor. Participan del Espíritu Santo en el sentido de gozar la cercanía de su presencia inmediata especial y sus beneficios. Han realizado inclusive alguna clase de arrepentimiento, al menos externamente.

Muchos calvinistas encuentran así una solución a este pasaje, relacionándolo con los no creyentes en la Iglesia que repudian a Cristo. No estoy totalmente satisfecho con esa interpretación. Pienso que este pasaje bien puede estar describiendo a verdaderos cristianos. La frase más importante para mí es "otra vez renovados para arrepentimiento". Sé que hay una falsa clase de arrepentimiento que el autor en otro lugar llama el *arrepentimiento* de Esaú. Pero aquí habla de renovación. El nuevo arrepentimiento, si es renovado, debe ser como el antiguo arrepentimiento. El arrepentimiento renovado del cual habla es ciertamente de tipo genuino. Doy por supuesto, por tanto, que el antiguo era igualmente genuino.

Creo que el autor está argumentando en un estilo que llamamos *ad hominem*. Un argumento *ad hominem* se lleva a cabo tomando la posición de nuestro oponente y llevándola a su conclusión lógica. La conclusión lógica de la herejía judaizante es destruir cualquier esperanza de salvación.

La lógica es la siguiente. Si una persona abrazaba a Cristo y confiaba en su expiación por el pecado, ¿qué tendría esa persona si volviera al pacto de Moisés? En efecto, estaría repudiando la obra consumada de Cristo. Sería una vez más un deudor a la ley. Si ese fuera el caso, ¿a dónde se volvería para la salvación? Ha repudiado la cruz, no podría volverse a ella. No tendría esperanza de salvación,

porque no tendría Salvador. Su teología no permite una obra consumada de Cristo. La clave de Hebreos 6 se encuentra en el versículo 9. "Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así."

Aquí el autor mismo nota que está hablando de forma inusual. Su conclusión difiere de los que encuentran aquí un texto para la apostasía. Concluye con una confianza en *cosas mejores* por parte de los amados, cosas que pertenecen a la salvación. El autor no dice que algún creyente realmente apostate. De hecho, dice lo contrario, que está confiado en que no apostatarán.

Pero si nadie apostata, ¿por qué molestarse aún en advertir a la gente contra ello? Parece frívolo exhortar a la gente a que evite lo imposible. Aquí es donde debemos entender la relación entre la perseverancia y la preservación. La perseverancia es tanto una gracia como un deber. Hemos de luchar con todas nuestras fuerzas en nuestro caminar espiritual. Humanamente hablando, es posible apostatar. Sin embargo, al luchar hemos de mirar a Dios que nos está preservando. Es imposible que El deje de guardarnos. Consideremos de nuevo la analogía del hijo caminando con su padre. Es posible que el hijo se suelte. Si el padre es Dios, no es posible que lo suelte. Aun dada la promesa del padre de no soltarle, es todavía el deber del hijo aferrarse fuertemente. De esta manera, el autor de Hebreos advierte a los creyentes contra la apostasía. Lutero llamaba a esto el "uso evangélico de la exhortación". Nos recuerda nuestro deber de ser diligentes en nuestro caminar con Dios.

Finalmente, con respecto a la perseverancia y la preservación, debemos mirar la promesa de Dios en el Antiguo Testamento. A través del profeta Jeremías, Dios promete hacer un nuevo pacto con su pueblo, un pacto que es eterno. Dice:

Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí (Jer 32:40).

Resumen del capítulo 8

1. Concluimos que la seguridad de nuestra salvación es vital para nuestras vidas espirituales. Sin ella, nuestro crecimiento se retrasa y nos asaltan dudas atenazantes.

2. Dios nos llama a hacer firme nuestra elección, para encontrar el consuelo y la fuerza que Dios ofrece en la seguridad. En Romanos 15 Pablo declara que es Dios la fuente y el origen de nuestra perseverancia y ánimo (v.5) y de nuestra esperanza (v.13). Encontrar nuestra seguridad es tanto un deber como un privilegio.

3. Ningún verdadero creyente pierde jamás su salvación. Sin duda, los cristianos caen a veces seria y radicalmente, pero nunca plena y finalmente. Perseveramos no por nuestra fuerza, sino por la gracia de Dios que nos preserva.

9.
Cuestiones y objeciones acerca de la predestinación

Quedan varios problemas y cuestiones alrededor de la predestinación que debemos al menos tocar.

¿Es fatalismo la predestinación?

Una frecuente objeción que se levanta contra la predestinación es el ser una forma religiosa de fatalismo. Si examinamos el fatalismo en su sentido literal, vemos que está tan lejos de la doctrina bíblica de la predestinación como el este del oeste. El fatalismo significa literalmente que los asuntos de los hombres son controlados bien por subdeidades caprichosas (los hados) o, más popularmente, por las fuerzas impersonales del azar.

La predestinación no se basa ni en una idea mitológica de diosas jugando con nuestras vidas ni en la idea de un destino controlado por la colisión casual de los átomos. La predestinación está arraigada en el carácter de un Dios personal y justo, un Dios que es el Señor soberano de la historia. El que mi destino esté, en última instancia, en las manos de una fuerza indiferente u hostil es aterrador. Que esté en las manos de un Dios justo y amante es un asunto totalmente diferente. Los átomos no contienen justicia; en el mejor de los casos, son amorales. Dios es totalmente santo. Prefiero que mi destino esté con El.

La gran superstición de los tiempos modernos tiene que ver con el papel que se le da al azar en los asuntos humanos. El azar es la nueva deidad reinante en la mente moderna. El azar habita en el

castillo de los dioses. Al azar se le atribuye la creación del universo y la aparición de la raza humana a partir del cieno.

El azar es un sibolet. Es una palabra mágica que utilizamos para explicar lo desconocido. Es el poder favorito de la causalidad para aquellos que atribuyen poder a cualquier cosa o persona excepto a Dios. Esta actitud supersticiosa hacia el azar no es nueva. Leemos acerca de su atracción muy al principio de la historia bíblica.

Recordamos el incidente en la historia judía cuando el arca sagrada del pacto fue capturada por los filisteos. Aquel día la muerte visitó la casa de Elí y la Gloria fue traspasada de Israel. Los filisteos estaban jubilosos por su victoria, pero pronto aprendieron a lamentar el día. Dondequiera que tomaban el arca, la calamidad les sobrevenía. El templo de Dagón fue humillado. La gente fue devastada por tumores. Durante siete meses el arca fue enviada a las grandes ciudades de los filisteos con los mismos resultados catastróficos en cada ciudad.

Desesperadamente, los reyes de los filisteos se juntaron para tomar consejo y decidieron devolver el arca a los judíos con un rescate también, para calmar la ira de Dios. Sus palabras finales de consejo son dignas de mención:

Tomaréis luego el arca del Señor, y la pondréis sobre el carro, y las joyas de oro que le habéis de pagar en ofrenda por la culpa, las pondréis en una caja al lado de ella; y la dejaréis que se vaya. Y observaréis; si sube por el camino de su tierra a Bet-semes, él nos ha hecho este mal tan grande; y si no, sabremos que no es su mano la que nos ha herido, sino que esto ocurrió por accidente (1 S. 6:8,9).

Ya hemos notado que el azar nada puede hacer porque nada es. Permítaseme desarrollar esto. Utilizamos la palabra *azar* para describir las posibilidades matemáticas. Por ejemplo, cuando lanzamos una moneda al aire, decimos que hay un 50% de posibilidades de que salga cara. Si al lanzar la moneda elegimos cara y sale cruz, podemos decir que tuvimos mala suerte y que perdimos nuestra oportunidad.

¿Cuánta influencia tiene el azar en el lanzamiento de una moneda? ¿Qué hace que salga cara o cruz? ¿Cambiaría la situación si supiéramos con qué cara de la moneda se comenzó, cuánta presión fue ejercida por el pulgar, cuán densa era la atmósfera y cuántas vueltas dio la moneda en el aire? Con este conocimiento, nuestra capacidad para predecir el resultado excedería con mucho el 50%.

Pero la mano es más rápida que el ojo. No podemos medir todos estos factores en el normal lanzamiento de la moneda. Puesto que podemos reducir el posible resultado a dos, simplificamos las cosas hablando acerca del azar. La cuestión a recordar, sin embargo, es que el azar no ejerce influencia alguna en absoluto sobre el lanzamiento de la moneda. ¿Por qué no? Como estamos repitiendo, el azar nada puede hacer porque nada es. Antes que algo pueda ejercer poder o influencia debe ser primeramente algo. Debe ser alguna clase de entidad, bien sea física o no física. El azar no es ninguna de las dos. Es meramente una construcción mental. No tiene poder porque no tiene ser. Es nada.

Decir que algo ha ocurrido por azar es decir que es una coincidencia. Esto es simplemente una confesión de que no podemos percibir todas las fuerzas y poderes causales que actúan en un incidente. Al igual que no podemos ver todo lo que está ocurriendo en el lanzamiento de una moneda a simple vista, así los complejos asuntos de la vida están también fuera del alcance de nuestra capacidad de percepción. Inventamos, pues, el término *azar* para explicarlos. El azar realmente nada explica. Es meramente una palabra que utilizamos como taquigrafía por nuestra ignorancia.

Escribí recientemente sobre el tema de causa y efecto. Un profesor de filosofía me escribió quejándose de mi ingenuo entendimiento de la ley de causa y efecto. Me regañó por no tener en cuenta los "acontecimientos sin causa". Le di las gracias por su carta y dije que estaría dispuesto a abordar su objeción si me escribía citando sólo un ejemplo de un acontecimiento sin causa. Todavía estoy esperando. Esperaré por siempre porque ni aun Dios puede producir un acontecimiento sin causa. Esperar un acontecimiento sin causa es como esperar un círculo cuadrado.

Nuestros destinos no están controlados por el azar. Digo esto dogmáticamente, con todo el énfasis que me es posible. Sé que mi destino no está controlado por el azar porque sé que nada puede ser controlado por el azar. El azar nada puede controlar porque nada es. ¿Cuáles son las posibilidades de que el universo fuese creado por azar o que nuestros destinos sean controlados por el azar? No hay posibilidad alguna.

El fatalismo encuentra su más popular expresión en la astrología. Nuestros horóscopos diarios están compilados sobre la base del movimiento de las estrellas. La gente en nuestra sociedad sabe más acerca de los doce signos del zodiaco que acerca de las doce tribus de Israel. Sin embargo, Rubén tiene que ver más con mi futuro que Acuario, Judá más que Géminis.

¿No dice la Biblia que Dios no quiere que ninguno perezca?

El apóstol Pedro afirma claramente que Dios no quiere que ninguno perezca.

El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 P. 3:9).

¿Cómo podemos armonizar este versículo con la predestinación? Si no es la voluntad de Dios elegir a todos para salvación, ¿cómo puede decir la Biblia, pues, que Dios no quiere que ninguno perezca?

En primer lugar, debemos entender que la Biblia habla de la voluntad de Dios en más de una manera. Por ejemplo, la Biblia habla de lo que llamamos la *voluntad eficaz y soberana* de Dios. La voluntad soberana de Dios es la voluntad por la cual Dios hace que ocurran las cosas con absoluta certeza. Nada puede resistir la voluntad de Dios en este sentido. Por su soberana voluntad El creó el mundo. La luz no podría haber rehusado resplandecer.

La segunda manera en que la Biblia habla de la voluntad de Dios es con respecto a lo que llamamos su *voluntad preceptiva*. La voluntad preceptiva de Dios se refiere a sus mandatos, sus leyes. Es la voluntad de Dios que hagamos las cosas que El manda. Tenemos la capacidad de desobedecer esta voluntad. De hecho, quebrantamos sus mandamientos. No podemos hacerlo impunemente. Lo hacemos sin su permiso o aprobación. Sin embargo, lo hacemos. Pecamos.

Una tercera manera en que la Biblia habla de la voluntad de Dios se refiere a la disposición de Dios, a lo que le agrada. Dios no se deleita en la muerte del inicuo. Hay un sentido en que el castigo del inicuo no produce gozo a Dios. Escoge hacerlo porque es bueno castigar la maldad. Se deleita en la justicia de su juicio, pero le "entristece" que tal justo juicio deba ser llevado a cabo. Es algo así como un juez sentándose en un tribunal y sentenciando a su propio hijo a la cárcel.

Apliquemos estas tres posibles definiciones al pasaje en 2 Pedro. Si tomamos la afirmación general: "Dios no quiere que ninguno perezca", y le aplicamos la voluntad eficaz y soberana, la conclusión es obvia. Nadie perecerá. Si Dios decreta soberanamente que nadie perezca, y Dios es Dios, entonces ciertamente nadie perecerá jamás. Esto sería, pues, un texto probatorio no para el arminianismo, sino para el universalismo. El texto, pues, probaría demasiado para los arminianos.

Supongamos que aplicamos la definición de la voluntad preceptiva de Dios a este pasaje. Entonces el pasaje significaría que Dios no *permite* que nadie perezca. Esto es, prohíbe que la gente perezca. Es contra su ley. Si las personas, pues, siguieran adelante y perecieran, Dios tendría que castigarlas por perecer. Su castigo por perecer sería perecer más. ¿Pero cómo puede alguien perecer más que perecer? Esta definición no funciona en este pasaje. No tiene sentido.

La tercera alternativa es que Dios no se deleita en que la gente perezca. Esto encaja con lo que la Biblia dice en otros lugares acerca de la disposición de Dios hacia los perdidos. Esta definición podría encajar en este pasaje. Pedro puede estar diciendo aquí, simplemente, que Dios no se deleita en que alguien perezca.

Aunque la tercera definición es posible y atractiva para usarla en resolver este pasaje con lo que la Biblia enseña acerca de la predestinación, hay, sin embargo, otro factor a considerar. El texto dice más que, simplemente, Dios no quiere que nadie perezca. La cláusula entera es importante: "...sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento."

¿Cual es el antecedente de *ninguno*? Es claramente *nosotros*. ¿Se refiere *nosotros* a todos nosotros los seres humanos? ¿O se refiere a nosotros los cristianos, el pueblo de Dios? A Pedro le agrada hablar de los elegidos como un grupo especial de personas. Creo que lo que está diciendo aquí es que Dios no quiere que ninguno de nosotros (los elegidos) perezca. Si eso es lo que quiere decir, entonces el texto requeriría la primera definición y sería un fuerte pasaje más a favor de la predestinación.

De dos maneras diferentes el texto puede armonizar fácilmente con la predestinación. De ninguna manera apoya el arminianismo. Su otro único posible significado sería el universalismo, que lo haría entonces entrar en conflicto con todo lo demás que la Biblia dice en contra del universalismo.

¿Qué es el pecado imperdonable?

En nuestra consideración de la seguridad dè la salvación y la perseverancia de los santos, tocamos la cuestión del pecado imperdonable. El hecho de que Jesús advierte contra la comisión de un pecado que es imperdonable es incuestionable. Las preguntas que hemos de afrontar son, pues, éstas: ¿Cuál es el pecado imperdonable? ¿Pueden los cristianos cometer este pecado?

Jesús lo definió como una blasfemia contra el Espíritu Santo:

Por tanto os digo: todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero (Mt. 12:31,32).

En este texto Jesús no facilita una explicación detallada de la naturaleza de este terrible pecado. Declara que existe tal pecado y hace una ominosa advertencia acerca del mismo. El resto del Nuevo Testamento añade poco a manera de explicación adicional. Como resultado de este silencio, ha habido mucha especulación acerca del pecado imperdonable.

Dos pecados han sido mencionados frecuentemente como candidatos al pecado imperdonable: adulterio y asesinato. El adulterio es escogido sobre la base de que representa un pecado contra el Espíritu Santo, porque el cuerpo es el templo del Espíritu Santo. El adulterio era un crimen capital en el Antiguo Testamento. El razonamiento es que, puesto que merecía la pena de muerte e implicaba una violación del templo del Espíritu Santo, éste debe de ser el pecado imperdonable.

El asesinato es escogido por razones similares. Puesto que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, un ataque contra la persona humana es considerado un ataque contra Dios mismo. Matar al portador de la imagen es insultar a Aquel cuya imagen se porta. De igual manera, el asesinato es un pecado capital. Añadimos a esto el hecho de que el asesinato es un pecado contra la santidad de la vida. Puesto que el Espíritu Santo es la "fuerza vital" en última instancia, matar a un ser humano es insultar al Espíritu Santo.

A pesar de ser atractivas estas teorías para los especuladores, no han obtenido el consentimiento de la mayoría de los eruditos

bíblicos. Una idea más popular tiene que ver con la resistencia final a la aplicación por parte del Espíritu Santo de la obra redentora de Cristo. La incredulidad final es vista, pues, como el pecado imperdonable. Si una persona repudia el Evangelio repetida, plena y finalmente, entonces no hay esperanza de perdón en el futuro.

De lo que estas tres teorías carecen es de una consideración seria del significado de blasfemia. La blasfemia es algo que hacemos con la boca. Tiene que ver con lo que decimos en voz alta. Ciertamente, también puede hacerse con la pluma, pero la blasfemia es un pecado *verbal.*

Los Diez Mandamientos incluyen una prohibición contra la blasfemia. Se nos prohíbe hacer un uso frívolo o irreverente del nombre de Dios. A los ojos de Dios, el abuso verbal de su santo nombre es un asunto lo suficientemente grave como para incluirlo en su lista de los diez máximos mandamientos. Esto nos dice que la blasfemia es un asunto grave a los ojos de Dios. Es un pecado detestable blasfemar a cualquier miembro de la Divinidad.

¿Significa esto que cualquiera que haya abusado jamás del nombre de Dios no tiene posible esperanza de perdón, ahora o jamás? ¿Significa que si una persona maldice una vez, utilizando el nombre de Dios, está condenada para siempre? Pienso que no.

Es crucial notar en este texto que Jesús hace una distinción entre pecar contra El (el Hijo del Hombre), y pecar contra el Espíritu Santo. ¿Significa esto que esté bien blasfemar a la primera persona de la Trinidad y a la segunda persona de la Trinidad, pero que insultar a la tercera persona es traspasar los límites del perdón? Difícilmente tiene esto sentido.

¿Por qué, pues, haría Jesús tal distinción entre pecar contra El y contra el Espíritu Santo? Creo que la clave para responder a esta pregunta es la clave para la cuestión entera de la blasfemia contra el Espíritu Santo. La clave se encuentra en el contexto en que Jesús originalmente hizo esta severa advertencia.

En Mateo 12:24 leemos: "Mas los fariseos, al oírlo, decían: Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios." Jesús responde con un discurso acerca de una casa dividida contra sí misma y la insensatez de la idea de que Satanás obrase para echar fuera a Satanás. Su advertencia acerca del pecado imperdonable es la conclusión de esta discusión. El introduce su severa advertencia con la palabra *por tanto.*

La situación es, más o menos, la siguiente: los fariseos están

siendo repetidamente críticos con Jesús. Sus ataques verbales contra El se vuelven más y más feroces. Jesús había estado echando fuera demonios "por el Espíritu de Dios". Los fariseos cayeron tan bajo como para acusar a Jesús de hacer su santa obra por el poder de Satanás. Jesús les advierte. Es como si les estuviera diciendo: "Tened cuidado. Tened mucho cuidado. Os estáis acercando peligrosamente a un pecado por el cual no podéis ser perdonados. Una cosa es atacarme, pero guardaos. Estáis pisando tierra santa aquí."

Aún nos preguntamos por qué hizo Jesús la distinción entre pecar contra el Hijo del Hombre y pecar contra el Espíritu. Notamos que aun desde la cruz Jesús imploró el perdón de aquellos que le estaban asesinando. En el día de Pentecostés, Pedro habló del horrible crimen contra Cristo cometido en la crucifixión; sin embargo, aún dio esperanza de perdón para aquellos que habían participado en el mismo. Pablo dice: "Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, *la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria (1 Co. 2:7,8).*

Estos textos indican una cierta concesión a la ignorancia humana. Debemos recordar que cuando los fariseos acusaron a Jesús de obrar por el poder de Satanás, no tenían aún el beneficio de la plenitud de la revelación de Dios en cuanto a la verdadera identidad de Cristo. Estas acusaciones se hicieron *antes* de la resurrección. Sin duda, los fariseos *debieron* haber reconocido a Cristo, pero no lo hicieron. Las palabras de Jesús desde la cruz son importantes: "Padre, perdónalos, porque *no saben* lo que hacen."

Cuando Jesús hizo la advertencia y distinguió entre la blasfemia contra el Hijo del Hombre y la blasfemia contra el Espíritu Santo era en un tiempo cuando El no se había manifestado aún plenamente. Notamos que esta distinción tiende a desaparecer tras la resurrección, Pentecostés y la ascensión. Notemos lo que el autor de la carta a los Hebreos declara:

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de

Moisés, por el testimonio de dos y de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? (He. 10:26-29.)

En este pasaje la distinción entre pecar contra Cristo y contra el Espíritu desaparece. Aquí, pecar contra Cristo es insultar al Espíritu de gracia. La clave está en el pecado voluntario *después* de haber recibido el conocimiento de la verdad.

Si tomamos el primer renglón de este texto en sentido absoluto, ninguno de nosotros tiene esperanza en cuanto al cielo. Todos pecamos voluntariamente después de conocer la verdad. Aquí se considera un pecado específico, no todos y cada uno de los pecados. Estoy persuadido de que el pecado específico que se considera aquí es la blasfemia contra el Espíritu Santo.

Estoy de acuerdo con los eruditos del Nuevo Testamento que llegan a la conclusión de que el pecado imperdonable es blasfemar a Cristo y al Espíritu Santo diciendo que Jesús es un diablo cuando se sabe que no lo es. Esto es, el pecado imperdonable no puede cometerse por ignorancia. Si alguien sabe con certeza que Jesús es el Hijo de Dios y luego declara con su boca que Jesús es del diablo, esa persona ha cometido una blasfemia imperdonable.

¿Quién comete tal pecado? Este es un pecado común a los demonios y a personas totalmente degeneradas. El diablo sabía quién era Jesús. No podía argüir ignorancia como excusa.

Uno de los hechos fascinantes de la historia es la extraña manera en que los incrédulos hablan de Jesús. La inmensa mayoría de los incrédulos hablan de Jesús con gran respeto. Pueden atacar la Iglesia con gran hostilidad, pero hablan aún de Jesús como un "gran hombre". Sólo una vez en mi vida he oído a una persona decir en alta voz que Jesús era un diablo. Recibí un susto al ver a un hombre de pie en medio de la calle sacudiendo el puño contra el cielo y gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Maldijo a Dios y utilizó toda obscenidad que pudiera expresar para atacar a Jesús. Me asusté igualmente sólo unas horas más tarde cuando vi al mismo hombre en una camilla con el agujero de una bala en su pecho. Se había disparado a sí mismo. Murió antes de la mañana.

Aquel terrible espectáculo no me condujo a la conclusión de que el hombre hubiera cometido realmente el pecado imperdonable. No tenía manera de saber si él ignoraba la verdadera identidad de Cristo o no.

Decir que Jesús es un diablo no es algo que veamos hacer a la gente. Es, sin embargo, posible que la gente conozca la verdad de Jesús y caiga tan bajo. No es necesario nacer de nuevo para tener un conocimiento intelectual de la verdadera identidad de Jesús. Una vez más, los demonios no regenerados saben quién es El.

¿Qué de los cristianos? ¿Es posible que un cristiano cometa el pecado imperdonable y por ello pierda su salvación? Creo que no. La gracia de Dios lo hace imposible. En nosotros mismos somos capaces de cualquier pecado, incluyendo la blasfemia contra el Espíritu Santo. Pero Dios nos preserva de este pecado.

Nos preserva de una caída final y plena, guardando nuestros labios de este horrible crimen. Realizamos otros pecados y otras clases de blasfemia, pero Dios en su gracia nos refrena de cometer la blasfemia final.

¿Murió Cristo por todos?

Uno de los puntos más controversiales de la teología reformada tiene que ver con la *L* en TULIP. La *L* significica *expiación limitada*. Ha sido tal problema doctrinal que hay multitudes de cristianos que dicen abrazar la mayoría de las doctrinas del calvinismo, pero que se apean aquí. Se refieren a sí mismos como calvinistas de "cuatro puntos". El punto que no pueden tolerar es la expiación limitada.

He pensado a menudo que para ser un calvinista de cuatro puntos hay que entender mal, al menos, uno de los cinco puntos. Me resulta difícil imaginar que alguien pueda entender los otros cuatro puntos del calvinismo y negar la expiación limitada. Siempre existe la posibilidad, sin embargo, de la feliz inconsecuencia por la cual la gente sostiene ideas incompatibles al mismo tiempo.

La doctrina de la expiación limitada es tan compleja que tratarla adecuadamente demanda un volumen entero. No le he dedicado ni siquiera un capítulo entero en este libro porque un capítulo no puede hacerle justicia. He pensado no mencionarlo en absoluto porque existe el peligro de que decir demasiado poco acerca de ello es peor que no decir nada en absoluto. Pero creo que el lector merece al menos un breve resumen de la doctrina y, por tanto, seguiré adelante: con la advertencia de que el tema requiere un tratamiento mucho más profundo del que puedo proveer aquí.

El tema de la expiación limitada tiene que ver con la pregunta: "¿Por quiénes murió Cristo? ¿Murió por todos o sólo por los elegidos?" Todos estamos de acuerdo en que el valor de la expiación de Jesús fue lo suficientemente grande como para cubrir los pecados de todo ser humano. También estamos de acuerdo en que su expiación es verdaderamente ofrecida a todos los hombres. Cualquier persona que pone su confianza en la muerte de Jesucristo recibirá con toda certeza los beneficios plenos de esa expiación. Estamos también confiados en que cualquiera que responda a la oferta universal del Evangelio será salvo.

La cuestión es: "¿Para quiénes fue *designada* la expiación? ¿Envió Dios a Jesús al mundo meramente para hacer la salvación *posible* para la gente? ¿O tenía Dios algo más determinado en la mente? (Roger Nicole, el eminente teólogo bautista, prefiere llamar la expiación limitada "Expiación Determinada", extropeando el acróstico TULIP tanto como yo.)

Algunos arguyen que lo único que significa la expiación limitada es que los beneficios de la expiación están limitados a los creyentes que cumplen la necesaria condición de la fe. Esto es, aunque la expiación de Cristo era suficiente para cubrir los pecados de todos los hombres y satisfacer la justicia de Dios contra todo pecado, sólo *efectúa* la salvación para los creyentes. La fórmula dice: Suficiente para todos; eficiente para los elegidos solamente.

Esa observación simplemente sirve para distinguirnos de los universalistas, que creen que la expiación aseguró la salvación para todos. La doctrina de la expiación limitada va más allá de eso. Tiene que ver con la cuestión más profunda de la *intención* del Padre y el Hijo en la cruz. Declara que la misión y muerte de Cristo estuvieron restringidas a un número limitado: a su pueblo, a sus ovejas. Jesús fue llamado "Jesús" porque salvaría a su pueblo de sus pecados (Mt. 1:21). El Buen Pastor pone su vida por las ovejas (Jn. 10:15). Tales pasajes se encuentran abundantemente en el Nuevo Testamento. La misión de Cristo fue salvar a los elegidos. "Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero" (Jn. 6:39). Si no hubiera habido un número fijo planeado por Dios cuando designó a Cristo para morir, entonces los efectos de la muerte de Cristo habrían sido inciertos. Sería posible que la misión de Cristo hubiera sido un fracaso funesto y completo.

La expiación de Jesús y su intercesión son obras conjuntas de su

sumo sacerdocio. El excluye explícitamente a los no elegidos de su gran oración sumosacerdotal. "No ruego por el mundo, sino por los que me diste" (Jn. 17:9). ¿Murió Cristo por aquellos por los que no quiso orar?

La cuestión esencial aquí tiene que ver con la naturaleza de la expiación. La expiación de Jesús incluía tanto *expiación* como *propiciación*. Ex-piación implica que Cristo quita nuestros pecados "de" *(ex)* nosotros. Pro-piciación implica una satisfacción por el pecado "ante o en la presencia de" *(pro)* Dios. El arminianismo tiene una expiación que está limitada en valor. No cubre el pecado de la incredulidad. Si Jesús murió por todos los pecados de todos los hombres, si expió todos nuestros pecados y propició por todos nuestros pecados, entonces todos serían salvos. Una expiación potencial no es una expiación real. Jesús *realmente* expió los pecados de sus ovejas.

El mayor problema de la expiación determinada o limitada se encuentra en los pasajes que las Escrituras utilizan con respecto a la muerte de Cristo "por todos" o por el "mundo entero". El mundo por quien Cristo murió no puede significar toda la familia humana. Debe de referirse a la universalidad de los elegidos (gente de toda tribu y nación) o a la inclusión de los gentiles además del mundo de los judíos. Fue un judío quien escribió que Jesús no murió meramente por *nuestros* pecados sino por los pecados del mundo entero. ¿Se refiere la palabra *nuestros* a los creyentes o a los judíos creyentes?

Debemos recordar que uno de los puntos cardinales del Nuevo Testamento tiene que ver con la inclusión de los gentiles en el plan divino de salvación. La salvación era *de* los judíos, pero no estaba restringida a los judíos. Dondequiera que se dice que Cristo murió por todos, debe añadirse alguna limitación, o la conclusión sería el universalismo o una mera expiación potencial.

La expiación de Cristo fue real. Efectuó todo lo que Dios y Cristo se proponían con ella. El designio de Dios no fue ni puede ser frustrado por la incredulidad humana. El Dios soberano envió soberanamente a su Hijo para expiar por su pueblo.

Nuestra elección está en Cristo. Somos salvos por El, en El y *para* El. El motivo de nuestra salvación no es meramente el amor que Dios nos tiene. Está especialmente fundamentado en el amor que el Padre tiene por el Hijo. Dios insiste que su Hijo vea el fruto de la aflicción de su alma y quede satisfecho. Jamás ha habido la más mínima posibilidad de que Cristo pudiera haber muerto en vano. Si

el hombre está verdaderamente muerto en el pecado y en la esclavitud al pecado, una mera expiación potencial o condicional no sólo *puede haber* terminado en fracaso, sino con toda certeza *habría* terminado en fracaso. Los arminianos no tienen una sana razón para creer que Jesús no murió en vano. Se quedan con un Cristo que intentó salvar a todos, pero que realmente no salvó a nadie.

¿Cómo afecta la predestinación a la tarea de la evangelización?

Esta cuestión suscita graves preocupaciones acerca de la misión de la Iglesia. Es particularmente de peso para los cristianos evangélicos. Si la salvación personal está decidida de antemano por un decreto divino inmutable, ¿qué sentido o urgencia tiene la obra de la evangelización?

Nunca olvidaré la terrible experiencia de ser interrogado sobre este punto por el Dr. John Gerstner en una clase del seminario. Había unos veinte de nosotros sentados en un semicírculo en la clase. El planteó la cuestión: "Muy bien, caballeros, si Dios ha decretado soberanamente la elección y la reprobación desde toda la eternidad, ¿por qué deberíamos preocuparnos acerca de la evangelización?" Suspiré con alivio cuando Gerstner comenzó su interrogatorio por el extremo izquierdo del semicírculo, puesto que yo estaba sentado en el último asiento a la derecha. Me consolé con la esperanza de que la pregunta nunca llegara hasta mí.

El consuelo duró poco. El primer estudiante respondió a la pregunta de Gerstner: "No lo sé, Señor. Esa cuestión siempre me ha importunado." El segundo estudiante dijo: "Me doy por vencido." El tercero simplemente meneó la cabeza y dirigió la mirada al suelo. En rápida sucesión, todos los estudiantes se pasaban la pregunta. Las fichas del dominó estaban cayendo en dirección a mí.

"Bien, Sr. Sproul, ¿cómo respondería usted?" Quería desvanecerme en el aire o encontrar un escondite en las tablas del suelo, pero no había escapatoria. Tartamudeé y susurré una respuesta. El Dr. Gerstner dijo: "¡Hable en voz alta!" Con palabras tentativas dije: "Bien, Dr. Gerstner, sé que ésta no es la respuesta que está usted buscando, pero una pequeña razón por la que debiéramos aún preocuparnos acerca de la evangelización es que, bien, eh, sabe usted, después de todo, Cristo nos manda evangelizar."

Los ojos de Gerstner comenzaron a relampaguear. Dijo: "Ah, ya

veo, Sr. Sproul, una *pequeña* razón es que su Salvador, el Señor de gloria, el Rey de reyes lo ha mandado así. ¿Una pequeña razón, Sr. Sproul? ¿Le resulta apenas significativo que el mismo Dios soberano que decreta soberanamente su elección también mande soberanamente su implicación en la tarea de la evangelización?" ¡Oh, como deseé no haber usado jamás la palabra *pequeña*. Entendí lo que Gerstner quería decir.

La evangelización es nuestro deber. Dios ha mandado que lo hagamos. Esto debería ser suficiente para concluir el asunto. Pero hay más. La evangelización no es sólo un deber; es también un privilegio. Dios nos permite participar en la mayor obra en la historia humana, la obra de la redención. Oigamos lo que Pablo dice acerca de la misma. El añade un capítulo 10 a su famoso capítulo 9 de Romanos:

Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! (Ro. 10:13-15.)

Notamos la lógica de la progresión de Pablo aquí. El hace una relación de las condiciones necesarias para que la gente se salve. Sin enviar, no hay predicadores. Sin predicadores, no hay predicación. Sin predicación, no se oye el Evangelio. Sin oír el Evangelio, no se cree el Evangelio. Sin creer el Evangelio, no se invoca a Dios para ser salvo. Sin invocar a Dios para ser salvo, no hay salvación.

Dios no sólo preordena el *fin* de la salvación para los elegidos; también preordena los *medios* para ese fin. Dios ha escogido la locura de la predicación como el medio para llevar a cabo la redención. Supongo que El podría haber llevado a cabo su propósito divino sin nosotros. El podría publicar el Evangelio en las nubes utilizando su santo dedo para escribir en el cielo. El podría predicar el Evangelio por sí mismo, con su propia voz, gritándolo desde el cielo. Pero no es esa su elección.

Es un privilegio maravilloso ser utilizado por Dios en el plan de la redención. Pablo apela a un pasaje del Antiguo Testamento cuando habla de la hermosura de los pies de aquellos que traen alegres nuevas y anuncian la paz.

¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina! ¡Voz de tus atalayas! Alzarán la voz, juntamente darán voces de júbilo; porque ojo a ojo verán que el Señor vuelve a traer a Sion. Cantad alabanzas, alegraos juntamente, soledades de Jerusalén; porque el Señor ha consolado a su pueblo, a Jerusalén ha redimido (Is. 52:7-9).

En el mundo antiguo, las noticias de las batallas y de otros acontecimientos cruciales eran llevadas por corredores. La moderna carrera del maratón recibe su nombre de la batalla de Maratón debido a la resistencia del mensajero que llevó las noticias del resultado a su pueblo.

Se situaban atalayas para observar a los mensajeros que se acercaban. Sus ojos eran agudos y estaban adiestrados para observar los sutiles matices de las zancadas de los corredores que se acercaban. Los que traían malas noticias se acercaban con pies pesados. Los corredores que traían buenas noticias se acercaban rápidamente, corriendo con sus pies a través del polvo. Sus zancadas revelaban su emoción. Para los atalayas, la escena de un corredor aproximándose rápidamente en la distancia, deslizándose con sus pies sobre la montaña, era una magnífica visión que contemplar.

Así también, la Biblia habla de la hermosura de los pies de aquellos que nos traen buenas noticias. Cuando nació mi hija y el médico vino a la sala de espera para anunciarlo, quise abrazarle. Nos sentimos inclinados favorablemente hacia aquellos que nos traen buenas noticias. Siempre tendré un lugar especial en mis afectos hacia el hombre que me habló primero de Cristo. Sé que fue Dios quien me salvó y no aquel hombre, pero aún aprecio el papel de aquel hombre en mi salvación.

Conducir a la gente a Cristo es una de las mayores bendiciones personales que podemos disfrutar jamás. Ser calvinista no quita ningún gozo a esa experiencia. Históricamente, los calvinistas han estado fuertemente activos en la evangelización y la misión mundial. Sólo necesitamos señalar a Edwards y Whitefield y el Gran Despertamiento para ilustrar este punto.

Tenemos un papel muy significativo que jugar en la evangelización. Predicamos y proclamamos el Evangelio. Ese es nuestro deber y privilegio. Pero es Dios el que da el crecimiento. El no nos necesita para llevar a cabo su propósito, pero le agrada utilizarnos en la tarea.

En cierta ocasión conocí a un evangelista itinerante que me dijo: "Dame a cualquier hombre sólo por quince minutos, y obtendré una decisión por Cristo." Tristemente, aquel hombre creía realmente sus propias palabras. Estaba convencido de que el poder de la conversión descansaba solamente en su poder de persuasión.

No dudo que aquel hombre basaba su pretensión en su experiencia pasada. Era tan imperioso que estoy seguro de que había multitudes que tomaban decisiones por Cristo después de quince minutos de estar a solas con él. Sin duda, el podía cumplir su promesa de producir una decisión en quince minutos. Lo que él no podía garantizar era una conversión en quince minutos. La gente tomaría decisiones simplemente para librarse de él.

Nunca debemos subestimar la importancia de nuestro papel en la evangelización. Tampoco debemos sobrestimarlo. Predicamos. Damos testimonio. Aportamos el llamamiento externo. Pero sólo Dios tiene el poder para llamar a una persona a sí internamente. No me siento defraudado por eso. Por el contrario, me siento confortado. Debemos realizar nuestra labor, confiando en que Dios hará la suya.

Conclusión

Al principio de este libro relaté un poco de mi propia peregrinación personal con respecto a la doctrina de la predestinación. Mencioné el conflicto ferviente y duradero que implicó. Mencioné que fui finalmente llevado a someterme a la doctrina a regañadientes. Fui primero llevado a una convicción de la verdad del asunto antes de deleitarme en ella.

Permítaseme terminar este libro mencionando que, poco después de despertar a la verdad de la predestinación, comencé a ver su hermosura y a gustar su dulzura. Mi amor por esta doctrina ha crecido. Es muy reconfortante. Subraya el extremo al que ha llegado Dios en nuestro favor. Es una teología que comienza y termina con la gracia. Comienza y termina con una doxología. Alabamos a Dios, que nos levantó de nuestra muerte espiritual y nos hace andar en lugares celestiales. Encontramos a un Dios que está "por nosotros", dándonos ánimo para resistir a los que puedan estar contra nosotros. Hace que nuestras almas se regocijen de conocer que todas las cosas están cooperando para nuestro bien. Nos deleitamos en nuestro

Salvador que verdaderamente nos salva y preserva e intercede por nosotros. Nos maravillamos de su obra de arte y en lo que ha realizado. Saltamos de gozo cuando descubrimos su promesa de acabar lo que ha comenzado en nosotros. Consideramos los misterios y nos inclinamos ante ellos, pero no sin una doxología por las riquezas de gracia que ha revelado:

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!... porque de El, y por El, y para El, son todas las cosas. A El sea la gloria por los siglos. Amén (Ro. 11:33,36).